This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586490 4

NPD

Castelar y Ripoll

MISCELÁNEA

DE

ISTORIA, DE RELIGION, DE ARTE

Y DE

POLÍTICA,

POR

DON EMILIO CASTELAR.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN, Pta. del Sol, núm. 6. | AGUSTIN JUBERA, Calle de la Bola, 3.

1874

MISCELÁNEA

DE

HISTORIA, DE RELIGION, DE ARTE Y DE POLÍTICA.

WOR 19 FEB '36

la responsables. Los que allanaron el camino del imperio á Luis Napoleon; los que aplauden aquel abrazo fratricida con que ahogó la república romana; los que se acercaron despues de la funesta noche del 2 de Diciembre á saludarle como el Carlo-Magno del siglo XIX; los que han fiado á su brazo el amparo y la defensa del santuario; los que solo han tenido palabras de adulacion para su gobierno; los que han visto con la risa en los lábios caer la tribuna, destrozarse la imprenta, huir desbandados los grandes oradores que eran la gloria de la revolucion, y sobre tantas ruinas levantarse como una inmensa sombra la conciencia de un hombre; los cómplices de todas las violaciones del derecho cometidas en nuestro siglo, deben sentir caer sobre su cerebro, como gotas de plomo derretido, agudos remordimientos; enseñanza providencial que viene á mostrarles que nunca pasan por la tierra sin un gran castigo las grandes injusticias.

¡Cuestion pavorosa, cuestion tremenda, la que nosotros vamos á dilucidar aquí; pero cuestion que necesita el estudio de todos los que se interesan por la suerte de Europa! Nosotros no empezaremos haciendo protextas de religiosos, por-

que no necesitamos tales protextas, conocidos como son nuestros sentimientos y nuestras ideas. El cristianismo descendió del cielo con su santa virtud, para salvar al hombre y redimirle de la servidumbre de la naturaleza en que estaba postrado; ligó la conciencia humana al cielo, abriéndole los horizontes de la inmortalidad; vivificó santamente con el ideal absoluto de justicia nuestros códigos; borró las diferencias de casta, y fundió las cadenas de los esclavos; levantó en la creacion un altar para el fuego inextinguible del espíritu, encerrado antes en la fria materia; hermanó las razas enemigas en el sentimiento sublime de la humanidad; dió á la vida con su ley moral un impulso infinito hasta espaciarla en la eternidad; consoló al pobre, al desgraciado, santificando el trabajo y haciendo ver que cada lágrima es una gota de rocío celeste; puso la cuerda de lo infinito en la lira de las artes, y trajo las grandes verdades sociales de la libertad y la igualdad de todos los hombres, renovando así nuestra existencia, volviendo á crear nuestro espíritu. Es más: por las tradiciones del mundo antiguo, por la mayor facilidad de comunicar las grandes verdades al género humano, por la necesidad de no cortar

el hilo de la historia ni interrumpir la série misteriosa de los siglos, el cristianismo, para ser católico, para realizar la unidad misteriosa del género humano, debió tener su centro en Roma; porque así recogia el espíritu antiguo, levantaba sobre el altar abandonado la cruz, concentraba en un foco los rayos dispersos de la vida, atraía á todas las razas que hollaban el polvo del Capitólio, derramaba un solo espíritu en el cuerpo de la humanidad forjado por Roma en el yunque de sus grandes guerras, y decia al mundo que todos los pueblos no habian hecho más que preparar la tierra para el advenimiento del Verbo. Reconocido esto, preguntemos: El poder temporal de los papas, ¿es esencial, como pretenden algunos, al poder espiritual de los papas? Esta es la grave cuestion que debemos abordar. ¿De quién proviene el poder espiritual de los papas? De Jesucristo, que fundó la Iglesia. Ningun católico podrá negar la ortodoxia de esta proposicion. ¿De quién proviene el poder temporal de los papas? De Pipino, el padre de Carlo-Magno, que donó su patrimonio á la Iglesia. Lo que proviene directamente de Dios es esencial indudablemente al catolicismo, y por eso es esencial sin duda al catolicis-

mo la autoridad espiritual de los papas: lo que proviene de los hombres directamente es accidental, y por eso es accidental el poder temporal de los papas. Lo que es esencial subsiste siempre; lo que es accidental se muda y cambia, condicion precisa de todo accidente. El pontífice no puede ser pontífice sin tener autoridad espiritual; pero el pontífice puede ser pontífice sin ser rey. El fundador de la religion no tuvo más diadema que su corona de espinas, ni más cetro que una caña, ni más trono que una cruz. El primer pontífice anduvo errante, oró en las catacumbas, murió en un calabozo. Todos los papas primeros fueron humildes y desgraciados. Si la historia eclesiástica cuenta un Clemente de la familia de los césares, en cambio guarda un San Victor, hijo de un africano; un San Estéban, de familia plebeya; un Sixto II, oscuro filósofo ateniense; un Dionisio, fraile retirado á un desierto; un Cayo, originario de la Dalmacia, que solo daba esclavos á Roma; todos coronados con la aureola del padecimiento, santificados con el sello del martirio. Y si sostuviéramos que el poder temporal es la esencia en el pontificado, error grave en que ha caido la escuela neo-católica, tendríamos que convenir en que

ninguno de los ilustres pontífices antes nombrados fueron tales, porque léjos de ser señores, eran esclavos. ¡Oh! No, nunca nosotros caeremos en tan grande heregía. Como el poder temporal no ha sido declarado dogma en ningun concilio, ni transferido al papa por la palabra viva del Evangelio, el poder temporal está sujeto á nuestro debate, á nuestra controversia, á nuestro juicio, como la cuestion de Parma, Módena y Toscana, como los Principados Danubianos, como Polonia y Hungría, como todos los problemas políticos que piden soluciones á Europa.

Nuestra proposicion primera consiste en decir que el poder temporal del papa, léjos de servir á su autoridad espiritual, le es por extremo dañoso. La gran revolucion política que consumó inmediatamente despues de su triunfo el cristianismo, fué separar los dos poderes, temporal y espiritual, monstruosamente unidos en la sociedad antigua. El césar romano, además de ser cónsul para regir á su antojo la ciudad, pretor para animar con su propio espíritu los códigos, imperator para mandar los ejércitos segun su voluntad, censor para tener en sus manos el libro de la vida de Roma, tribuno para proyectar tan majestuosa

sombra en la puerta cerrada del Senado, dictador para condensar en su seno todas las fuerzas sociales; además de reunir las dignidades antes fraccionadas y esparcidas en la aristocracia, era pontífice, sí, pontífice máximo, y ponia sus manos en el ara de los dioses, y les ofrecia sacrificios, y explicaba sus decretos, y arbitrariamente interpretaba su voluntad; y de esta suerte, su poder, convertido en un despotismo gigante, quitaba á sus infelices víctimas hasta la esperanza, extendiéndose más allá del sepulcro, y agarrándose fuertemente á la raíz de la libertad interior, á la conciencia. Era necesario acabar con este mal que tenia postrado al mundo en una servidumbre sin esperanza y sin remedio. Y para acabar con este mal gravísimo, el cristianismo trajo la separacion entre el poder temporal y el poder espiritual, perfectamente deslindada. Jesucristo se sometió como hombre á las leyes de la sociedad. Los apóstoles, al mismo tiempo que llevaban el tributo de sus ideas al espíritu humano, llevaban el tributo de su trabajo al césar. Tertuliano pedia que los césares tuvieran su jurisdiccion en la sociedad, y que no intentaran extender esa jurisdiccion hasta el cielo. El gran servicio que Constantino hizo al

mundo fué desceñirse el manto de los pontífices paganos sobre el ara de los antiguos dioses; abdicar el poder espiritual que habia recibido de sus predecesores ante la conciencia representada por la religion. Osío, cuando el hijo de Constantino quiso por fuerza imponer un dogma á los cristianos, se levantó, y con aquel gigante valor que le daba la conciencia de su justicia y el espíritu de Dios, le recordó que, como césar, tenia sometido á su dominio el mundo, pero no el espíritu. Así, Athenágoras negaba al poder civil la facultad de perseguir á los cristianos, porque el cristianismo es puramente espiritual, y al espíritu no alcanza ningun poder; y Lactancio negaba que ningun poder fuese bastante fuerte para arrastrarle á los altares de los dioses antiguos; ¡á él, humilde y desvalido! Y esa gran tradicion se conservó en la Edad media; y sino, recuérdense las palabras de San Bernardo, en que declaraba que el pontífice debia ser en la tierra sacerdote y no rey, para dirigir así mejor á su fin las conciencias.

Y en efecto, el que tiene en sus manos á un tiempo mismo el poder temporal y el poder espiritual, tiene un arma terrible, y puede levantarse á un despotismo gigantesco. Cuando sonó en el

mundo la hora de la Reforma, muchos príncipes poderosos fueron á la Reforma, llevados, no del deseo de dar libertad al pensamiento, expansion al espíritu, sino del deseo más egoista, de reintegrar la unidad fraccionada de su poder; de arrancar al papa el dominio de las conciencias; y de esta suerte, hablando en nombre del cielo, aplastar bajo sus plantas el cerebro de sus vasallos, y tenerlos entre sus cadenas hasta allí donde sólo puede alcanzar el brazo de Dios, hasta la eternidad. Los más grandes tiranos han soñado muchas veces con un poder espiritual. Cuando se ve á Felipe II tan celoso de la integridad del dogma y tan altivo con Roma; cuando se le ve recluido en un convento, casi entregado á las prácticas sacerdotales, y sin embargo, dando órdenes á su embajador para tener á raya las pretensiones del pontífice; cuando se examina con profundidad aquella oscura conciencia, se siente que el rey de España, el dueño de Portugal, el señor de los Paises Bajos, el enemigo de Inglaterra, el dominador del Mediterráneo, el que ocultaba en su manto un nuevo mundo, el que enviaba sus legiones al Asia, el que veia caer á sus piés ciudades africanas, y surgir en el Pacífico islas esclavas suyas, el que heria en el cora-

zon al imperio turco, el que llegaba hasta aterrar la Francia, el que contaba al rededor de su trono las más hermosas provincias de Italia; desvanecido con tanto poder, habia soñado, allá en sus ilusiones de ambicion, con ser el Enrique VIII católico, el director de la conciencia de Europa; pues la autoridad del pontífice era el único límite contra el que se estrellaba el inmenso océano de su alma. La revolucion enciclopedista, que presidieron Aranda en España, Pombal en el vecino reino lusitano, Choisseaul en Francia, Leopoldo en Toscana, el emperador José en Austria, si bien por todas sus tendencias era liberal, en realidad no fué para los reyes más que un gran acrecentamiento de su dominacion; porque cercenando la autoridad del papa, disolviendo las órdenes religiosas, que eran el gran ejército permanente de Roma, arrogándose innumerables facultades en la esfera misma de la Iglesia, el mónstruo del despotismo se embriagaba de poder, cual si las grandes nubes que oscurecian los horizontes de aquellos tiempos le anunciase que estaba ya cercana la tempestad que habia de ocasionar su muerte. Y sabido es que Napoleon, muchas veces en medio de sus victorias, cuando más reyes veia

humillados y más pueblos vencidos, se dolia de no tener un poder espiritual para su dominacion sobre algo más real y más duradero que la conquista; sobre la conciencia, sobre los espíritus.

Pues bien: si la separacion del poder temporal y del poder espiritual es la gran obra del catolicismo; si todos los doctores de la Iglesia convienen en que esta debe ser la norma de los tiempos modernos; si el progreso exige que no se levante ningun poder arrogándose derechos sobre todas las facultades del hombre; si la autocracia fué ahogada al pié de los pontífices cuando Constantino declaró libre la Iglesia, ¿por qué el papa, reuniendo al eterno poder espiritual el frágil poder temporal, ha de ejercer la autocracia en Roma? Lo decimos con la más profunda conviccion: el soberano de Roma, con una guardia pretoriana francesa, y otra guardia pretoriana austriaca, reintegrado en su poder por bayonetas extranjeras, obligado á reformas por consejos extranjeros, conmovido siempre, siempre amenazado por contínuas revoluciones, envuelto hoy en el incendio que devora la Italia, sujeto á un Congreso europeo, despojado de las más feraces provincias de su reino, elegido para presidente de una ilusoria

confederacion italiana sin consultar su voluntad, desconsolado por la publicacion de un folleto, padece amárguras que no padeceria seguramente si, ejerciendo solo sus derechos religiosos, levantándose sobre todos los gobiernos, pusiera su trono mucho más alto que esta baja region de las tempestades, y arrojara de sí con menosprecio ese corto pedazo de tierra donde han querido encerrarle los reyes, pedazo de tierra amasado con las lágrimas de sus predecesores, y con sus propias lágrinas.

Recuerde el pontificado los tiempos gloriosísimos en que no tenia poder temporal. Sin poder temporal sube hasta el trono de los césares; vé de rodillas á sus plantas á Roma y á Constantinopla; salva del huracan que venia del Norte las últimas pavesas de la civilizacion; derrama sobre el ideal del arte clásico el bautismo; contiene ante su templo al bárbaro Alarico, ébrio de sangre, harto de matanza; hace retroceder al feroz Atila á sus bosques, á sus montañas de hielo, envolviendo así bajo la égida de su manto la ciudad eterna; amansa el indomable génio de Odoacro, reconciliándolo con la civilizacion antigua; vé al sicambro de hinojos ante su poder; convierte á

los visigodos; lleva la verdad á la Germania y á los áridos desiertos del África; extiende el calor de la nueva vida del cristianismo por toda la tierra. ¿Y qué ha hecho con su poder temporal? Lo veremos en otros artículos.

Enero 7 de 1860.

EL PAPA Y EL CONGRESO.

II.

En nuestro anterior artículo, tratamos de probar que la confusion del poder temporal y el poder espiritual desmentia la obra política del cristianismo, que, segun confesion de la misma Iglesia, consistió en separar esas dos esferas de la sociedad, para que no volviese á ser posible jamás la tiranía derrocada por el espíritu del Evangelio. Hoy nos proponemos probar que el poder temporal es dañoso al pontificado. La sociedad que el cristianismo naciente fundó, fué una sociedad destinada solo á contener el espíritu; todo amor, toda caridad, sin más lazo que la union de los corazones, sin más gobierno que el patriarcal génio de los ancianos, sin más fuerza coercitiva que la

virtud de la doctrina de Cristo, sin más fin que caminar hácia las riberas de nuestra pátria que se esconde en los resplandores del cielo. El ideal de esta vida santísima será siempre Jesucristo. Nacido en humilde condicion, educado en el trabajo, exento del orgullo que aqueja á los poderosos de la tierra, sin más afan que el bien de la humanidad, sus lábios no se abrieron sino para bendecir, su corazon no latió sino para amar, su voluntad no se movió sino para persuadir; y á pesar de que sintió en sí la eterna fuente de la vida, el espíritu de Dios, se confundió con las últimas clases sociales, vivió la vida amarga del pobre, bajó la frente al dolor, y no quiso más poder que el de su palabra, ni más reino que el de la verdad y del espíritu, venciendo á la terrible autocracia que dominaba al mundo, y quebrando la diadema de oro en la frente de los césares con el poder de su idea y el ejemplo santísimo de su muerte. Esta tendencia natural del cristianismo á la vida del espíritu, movió de tal suerte el ánimo de las gentes, que muchos de sus primeros sectarios menospreciaron la sociedad, huyeron al fondo oscuro de las cavernas y de los desiertos, se entregaron á la contemplacion de Dios y á las oraciones, y avi-

varon con el dolor y la penitencia la llama del espíritu, como si quisieran consumir en su fuego hasta los átomos de esta baja tierra. Y para fines puramente espirituales y divinos fundó Jesucristo el pontificado.

¡Qué hermosa fué aquella época en que el poder temporal no se habia mezclado al carácter sublime del pontífice! Entónces fué cuando de todas las regiones de la tierra, con las señales aun recientes del martirio, corrieron aquellos grandes mantenedores de la nueva doctrina, aquellos hombres que habian definido la libertad, que habian afirmado la idea de Dios en la conciencia humana, que habian unido nuestro espíritu al cielo, deseosos de formular la verdad depositada en su mente, á reunirse en el Concilio de Nicéa, escribiendo, ántes que se disolviera el imperio en la catarata próxima á desplomarse del polo, el símbolo de la fé, que aun hoy repiten todas las generaciones bajo las bóvedas de nuestras iglesias. Entónces fué cuando, disuelto el imperio, caidas en el polvo sus leyes, roto el cetro de la tierra, en medio de aquella inundacion de pueblos, que unos venian del Rhin, otros del Danubio, todos igualmente bárbaros, devorados por sed de san-

gre y hambre de carne cruda, el pontificado se levantó á iluminar la conciencia en tan oscura noche, á salvar la humanidad en tan deshecha tormenta, llevando en sus manos el fuego sagrado de la nueva vida.

El papa entónces dejaba los cuidados del poder temporal á los emperadores, y tomaba para sí solamente los árduos cuidados del espíritu. Y esto es tan cierto, que si alguno de los dos poderes predominaba, era más bien el poder civil que el poder religioso. Los papas pedian su confirmacion á los emperadores, aunque eran elegidos por la voluntad de todo el pueblo romano. El ideal de este tiempo en que el pontificado no tenia poder temporal, es Gregorio Magno. Rodeado de pueblos idólatras; bajo la tutela de emperadores dados á las distinciones teológicas del Oriente; con un clero corrompido por la simonía; amenazado de los longobardos, siempre en armas contra Roma, dolorida por la peste negra, que azotaba á la tierra y convertia en cementerios las ciudades; embargado con las contínuas turbulencias de Constantinopla; dominando entre aquellas corrientes de pueblos bárbaros que aun no habian fijado su planta en un punto ni su conciencia en un dogma;

preocupado por el vuelo que la heregía donatista tomaba en África, región siempre querida de la Iglesia; contradicha su autoridad por mil voces que del seno de lo pasado se levantaban á contener el progreso del mundo; su espíritu, como el águila que vuela sobre las nubes y vé la luz del sol cuando la tierra está sumida en las sombras, contemplaba su idea, la esparcia por todos los pueblos, conquistaba para la Iglesia á los borgoñones, á los anglios, á los visigodos, á los feroces lombardos; limpiaba de heregías la conciencia humana, reunia en un mismo pensamiento las iglesias, empujaba los obispos del Norte á que penetráran en los hielos de la Germania á contener con la dulzura de la idea cristiana la barbárie; componia entre aquellos quejidos de la sociedad herida, el cántico sublime de la Iglesia, que aun hoy inunda de dulce sentimiento religioso nuestras almas; y para obrar tantas maravillas, para convertir tantas razas, no necesitaba ser rey de Roma, sino humilde servidor de los servidores de Dios.

Pero sonó, por fin, la hora en que el papa tuvo poder temporal, y al par sonó la hora de amargas aflicciones para la Iglesia católica. El que consulte con severa imparcialidad la historia, se con-

vencerá de que el poder temporal es dañoso al poder espiritual del pontífice. Y no se diga la antigua y acreditada vulgaridad de que la historia es el arsenal á que van á proveerse de armas todas las escuelas. Este grosero error no puede caber en la mente de los que hayan estudiado la historia en nuestro siglo. La historia, como la naturaleza, como el espíritu, tiene sus leyes reales é incontrastables. Cada hecho es una gran idea que se levanta del fondo del espacio, y que en sí contiene su razon como las flores contienen las semillas y el agua el vapor. Dejemos, pues, hablar á los hechos, que son los grandes raciocinios grabados en el espacio. La Europa habia caido tanto, que, á pesar del gran trabajo del mundo romano y de la gran revelacion del cristianismo, llegó á creer que el derecho estaba, como el árbol y el mineral, pegado al suelo, y el poder á la tierra. De aquí nació en los reyes la idea de tomar por patrimonios suyos los pueblos, y en los nobles la idea de fundar en la propiedad la soberanía, y en toda Europa la idea del feudalismo. El papa, que podia, depositario como era de la verdad, haber recordado al mundo que el derecho está en la conciencia, en el espíritu, por un pe-

dazo de tierra que le dió un usurpador, fundó tambien una soberanía temporal, y se dejó arrastrar de la corriente hácia el feudalismo. El rey de Roma comprendió su error, y presintiendo de cuantos males la donacion de Pipino estaba preñada, para cohonestar aquella humillacion, fingió que desde el tiempo de Constantino era suyo su nuevo patrimonio, como si alejando su orígen, fuera posible sancionar el mal. El error de que la donacion de Roma provenia de Constantino, se acreditó tanto, que un espíritu levantado, como el Dante, no se libertó de él, y en su Divina Comedia se lamenta de que Constantino amenguara el poder divino de la Iglesia con aquel pobre fragmento de tierra, cuando el poder espiritual de la Iglesia no há menester ningun territorio, rebosando, como rebosa, en los espacios.

Aun no habia Pipino donado al papa sus Estados, aun no le habia libertado del lombardo Astolfo, y ya se vieron y se palparon los males de la donacion. Las nobles familias romanas, que miraban antes con respeto, pero sin codicia, la alta dignidad del pontificado, desde el punto en que vieron unida á ella un fragmento de tierra, escitadas por la idea feudal que se respiraba en los

aires, y movidas de ambiciones que se explican aunque no se justifiquen, se propusieron escalar aquel poder, que hàbian menospreciado cuando era una pobre barca entregada á las tempestades hirvientes de la vida, y no tenia más ornato que la luz del cielo, ni más tesoro que la verdad, ni más fin que la direccion de la conciencia humana. Totin de Nepis, patricio romano, llama á uno de su familia que era seglar, le inviste del manto de los pontífices, le ordena por la mano de un obispo de Palestina, y lo levanta en la cátedra de San Pedro; y en tal anarquía, los lombardos vuelven, toman á Roma, se extienden por sus calles y plazas, y un general llamado Valdiberto, saca de un claustro á un pobre monje, lo eleva á la silla pontificia, y el papa legítimo, el papa elegido con arreglo á los cánones, huye sin tener un asilo en aquella Roma en que sus predecesores habian casi siempre encontrado, aun en los dias de más amargura, el respeto del pueblo y el reconocimiento de su espiritual autoridad.

Se levanta en seguida un hombre extraordinario, á quien la historia dá con razon el dictado de grande. Con una mano contiene en el Pirineo las hordas del Mediodía; con la otra contiene en

el Norte las irrupciones de los pueblos bárbaros; su mente abraza todo el ideal de la Edad media; su voluntad indomable tiende á fundir las razas cristianas; su brazo reduce á polvo la soberbia de los poderosos; su fantasía busca instintivamente los recuerdos de la edad clásica en la tumba de la historia, para dar unidad á su imperio; su conciencia, al ver en desolacion el mundo, en guerra las sociedades, en tinieblas los espíritus, arrastrados por las corrientes y por la tempestad todos los campos donde era posible fijar la planta, dá el ósculo filial con amoroso respeto al pontificado, único sol que podia volver á su natural gravitacion en aquella edad la tierra desquiciada. Más la obra de Carlo-Magno fué frágil y transitoria. Cuentan las crónicas que un dia el emperador, mirando desde las ventanas de uno de sus palacios que daba sobre el mar las ondas alteradas, vió acercarse las blancas velas de las naves de los normandos, y un negro presentimiento cruzó como siniestro relámpago por su alma, revelándole que aquellos piratas iban á romper el dique por su mano alzado á la inundacion contínua de los bárbaros. Si hubiera podido mirar el espíritu con la misma facilidad con que miraba la

naturaleza, hubiese descubierto que la obra de la unidad sostenida por su espada, se iba á destruir, y que el imperio romano por él resucitado, en vez de contribuir á la paz del pontífice, estaba destinado á darle á beber el cáliz de todas las amarguras, y á poner su mano sacrílegamente en el rostro de uno de los más altivos papas. Grandes disturbios agitaron al pontificado, disturbios cuyo recuerdo pone dolor en el corazon y sombra en la inteligencia. Los príncipes, que miraban con envidiosos ojos Italia, se repartian los girones del manto del pontífice; Luis II llegaba jadeante á Roma, veia al papa en una procesion, y, sin respeto á tan religioso acto, hería á los sacerdotes con su hambrienta espada: el cadáver del pontífice Formoso era desenterrado por sus sucesores, y sus dedos, que tantas veces habían bendecido al pueblo, arrojados con ignominia á las cenagosas aguas del Tiber; las Marocias y las Teodoras, nobles pero prostituidas damas, pretendian elevar al sólio á sus amantes; y Juan XII, aquel jóven que habia escandalizado al mundo, volvió á Roma capitaneando una turba de musulmanes, que llevaban por do quier la desolacion y la muerte.

Y en verdad, despues de estos tristes dias, sobre los cuales corremos un velo, porque, como dice un gran poeta, la historia tambien tiene su rubor, crece la lucha entre el pontificado y el imperio. Lo decimos sin vacilar, en esta gran contienda, nosotros estamos de parte del pontificado. Nosotros creemos que su autoridad era más progresiva que la bárbara autoridad de los emperadores; creemos que su idea era más humanitaria que la idea de los Barbarrojas y los Othones; creemos que sus esfuerzos conducian á la humanidad á más seguro puerto, que los esfuerzos coaligados del feudalismo y la monarquía; creemos que el papa amparaba con amor bajo su manto, aquellas repúblicas italianas que sus enemigos de Alemania hubieran destruido, conteniendo un gran movimiento de libertad; creemos que en esta lucha el pontificado representa el espíritu y el derecho, mientras el imperio solo representa la tradicion y la fuerza. Nó somos en Italia gibelinos, como el Dante; somos güelfos, como Mateo Villani. Hemos admirado muchas veces á Gregorio VII, la gran idea que ocupa su vasta mente, la fuerza indomable de su voluntad que se sobrepone hasta á las fuerzas ciegas de la naturaleza,

poder temporal. Un hecho de nuestra misma historia lo probará evidentemente. Pocos pueblos del mundo habrán contribuido en la Edad media á la civilizacion universal como la gran corona de Aragon. Baja del Pirineo, rescata las más hermosas ciudades de las cadenas en que las tenia oprimidas la gente musulmana, redime á Mallorca, toca con sus enseñas victoriosas en África; y el papa, en pago de tantos servicios á la cristiandad, la excomulga, la tiene separada del gremio de la Iglesia, sella su frente con el anatema de reprobacion religiosa, sólo por servir los intereses de la casa enemiga de nuestros grandes monarcas, de la casa de Anjou, y sirve los intereses de la casa de Anjou porque le reconoce esta unos derechos mentidos é ilusorios que Martin IV pretendia tener sobre Nápoles y Sicilia. Por eso, cuando el gran Pedro III, rodeado de sus almogávares, se levanta en el collado de las Panizas como el génio de la victoria, y arroja sobre los soldados de Francia las piedras de los montes, y los aplasta á pesar de su acendrada piedad, se burla desdeñosamente del legado del papa, que se creia, por llevar en sus manos la enseña de San Pedro, bastante poderoso para derrocarle en el polvo; como

si los aragoneses todos no alcanzaran y conocieran que en aquella contienda sólo libraba Roma livianos intereses mundanales, que empañaban el brillo de la tiara.

Y esto mismo se ve, para abreviar, en mil ocasiones de la historia. El brillo del poder temporal obligó al papa á arbitrar, por todos los medios posibles, el acrecentamiento de sus rentas, y este acrecentamiento fué la causa ocasional del gravísimo hecho que rompió la unidad religiosa de Occidente. Ofensas recibidas de Cárlos V, y el interés de su poder temporal, movieron al papa á levantar á Francisco I el juramento que habia prestado ántes de salir de su cautiverio de Madrid; y este hecho le atrajo la rabia del ejército imperial, que asaltó los muros de Roma, vertió á torrentes la sangre de sus ciudadanos, profanó los templos, arrastró los cardenales, y cometió atentados que no habian cometido en los asaltos de la ciudad eterna, ni los galos, ni el mismo Genserico. El interés de su poder temporal obligó al papa á ligarse, unas veces con los turcos de Constantinopla, otras con los protestantes de Suecia, para domeñar á paises eminentemente católicos. El interés del poder temporal forzó al papa á

consentir en la expulsion de los jesuitas, que habian sido los ejércitos permanentes de su monarquía.

No lo olvide el pontífice. La teoría de su poder temporal inspiró á los reyes la idea del derecho divino, y se imaginaron tener una corona forjada con el rayo del cielo, y crecieron en soberbia, y menospreciaron al pontífice, que hubiera podido sostener en sus manos siempre la balanza del mundo, protextar contra todas las injusticias, amedrentar á todas las tiranías, ponerse al frente del movimiento social y político de los siglos, si no hubiera tenido ese poder temporal, polvo de la tierra, que debe sacudir como sacudian los apóstoles sus sandalias cuando se apartaban de Jerusalen, la ciudad de lo pasado, para extender el reino de Dios por toda la tierra.

Enero 7 de 1860.

ÚLTIMA FASE DEL CESARISMO.

Todavía reina el cesarismo en Francia; pero su hora ha sonado ya, y todas las señales que se ven aparecer en nuestros horizontes, anuncian su próxima ruina. Así como ántes de la guerra de Italia el cesarismo francés moria por falta de actividad, y por su apego á lo pasado, y sus pactos con el espíritu de los antiguos tiempos, hoy muere por haber tomado sobre sí una obra muy superior á sus fuerzas; que cuando una institucion viola constantemente el derecho, cuando una idea se opone á la corriente invencible de todos los progresos de un siglo, por cualquier camino, va á dar en su perdicion, sin poder rehuir la sentencia que la condena á muerte. El césar de ayer

moria porque la revolucion de nuestro siglo, y el espíritu de la democracia, vivo en todas las conciencias, le pedia estrecha cuenta de sus tendencias reaccionarias; y el césar de hoy muere tambien porque el espíritu del progreso, á que se ha entregado, arroja de sí instrumentos que sólo pueden servir para el triunfo de la injusticia. Nosotros comprendemos que los hombres de lo pasado, los caractéres flacos y miserables que adoran una idea muerta y corrompida, se prosternen ante el césar, como la aristocracia romana se prosternaba ante Tiberio y le besaba la mano manchada con la sangre de sus padres; pero no podriamos comprender que hombres que adoran una idea tan viva, una causa que está protegida por todas las fuerzas del siglo, el principio generador de toda esta civilizacion, fueran á saludar á un tirano, porque vencido de una evidencia irresistible, haya caido ante sus altares de hinojos, como caia el fiero sicambro ante los altares del verdadero Dios. Nosotros, ni ayer transigimos, ni mañana, ni nunca transigiremos con el que ha diezmado nuestros ejércitos, y roto nuestras leyes, y proscrito á nuestros grandes oradores y poetas, y creido en un momento de

orgullo poder decir, al revés de Luis XIV: «Yo sólo soy la revolucion.» Pero hecha esta protexta, innecesaria en nosotros, levantemos un poco la púrpura que envuelve el cesarismo, á ver si es posible comprender el misterio que encierra entre sus pliegues ese gran sudario teñido en la sangre de los mártires del 2 de Diciembre.

La lógica es real; la lógica es la ley de los hechos y la ley de las ideas. Reconocido un principio en el espíritu, de ese principio se deducen necesariamente todas sus conclusiones por una ley inquebrantable. Asentado un principio en el espacio, ese principio dá todas sus consecuencias, como el tallo dá la espiga, y la espiga dá el grano de trigo. El proceso lógico de una idea se ve siempre en los hechos, aunque las sombras en que se oculta la impura realidad, no dejen alcanzar su encadenamiento, ni el eslabon que une un hecho con otro hecho. Desde el punto que se ha asentado esta idea capital de la realidad de la lógica, idea madre de grandes problemas, la historia se ha elevado á ser una filosofía, la ciencia social ha tomado un carácter tan sistemático y rigoroso como las puras matemáticas, y la economía política ha bebido un espiritualismo, de que

nunca se gloriará bastante este gran siglo que ha reconciliado la naturaleza con el espíritu, y las ciencias experimentales y prácticas con la más sublime y ethérea metafísica. Y la realidad de la lógica se ve más clara que nunca en ese gran hecho aún no explicado, aún no comprendido, en el hecho trascendental del cesarismo. El cesarismo, que aparentemente subia contra la revolucion las gradas del vacío trono de Francia, al sentarse en ese trono, vió que el espíritu de la revolucion que imaginaba hollado por sus piés, se cernia sobre su cabeza. En tal momento invocó para legitimarse el principio que desde 1789 trae agitadas las sociedades humanas, como la inspiracion agitaba á la pitonisa de Delfos en su hermosa trípode. Los hombres que no han creido nunca en la realidad de la lógica, espíritus apocados, creyeron que la palabra revolucion se habia desvanecido en lo vacío, como arrojada sólo para cohonestar la más negra de las traiciones. Pero los que han creido siempre en la Providencia, aguardaron á que la palabra revolucion, proferida por el césar, diera sus frutos, con la misma fé con que el labrador espera ver brotar la semilla que ha arrojado en la tierra, á pesar de

que el frio invierno la cubre con una sábana de nieve. Las esperanzas no fueron vanas. La revolucion se sirve de Luis Bonaparte como el guerrero se sirve de la maldecida espada que en el campo de batalla ha arrancado del cadáver de su enemigo.

Es imposible hoy, absolutamente imposible, evitar la universalidad de la idea democrática que reina sobre todos los espíritus. Todo cuanto á nuestros ojos pasa y sucede, tiende á unir una clase con otra clase, un pueblo con otro pueblo, en el hogar del derecho universal. La imprenta ha hecho descender el espíritu de la ciencia, guardado antes para séres privilegiados, sobre todas las frentes, é iluminado la conciencia del pueblo; la tribuna ha sido el eco de todos los deberes sociales; el vapor y la electricidad condensaron en una el alma de todas las naciones; las máquinas, extinguiendo la servidumbre del trabajo, logran que el pobre obrero levante al cielo su frente, inclinada hácia las sombras de la tierra; el sentimiento de la dignidad individual ha mostrado á todas las clases sociales la igualdad fundamental de nuestra naturaleza, destruyendo los absurdos privilegios de la sangre y de

la cuna; y las dos formas del arte más propias de nuestro siglo, la música y la elocuencia, que hieren á todos los corazones, han poderosamente contribuido á esta gran fusion de los espíritus, preparada ya hace siglos en la esfera religiosa por la divina revelacion del cristianismo. Y esta revolucion que ha pronunciado en la esfera de la ciencia la palabra «libertad del pensamiento,» y en la esfera de la política la palabra «libertad del ciudadano,» y en la esfera de la economía la palabra «libertad del trabajo,» esta revolucion tan sintética, tan universal, es servida por sus mismos enemigos.

El que dude que la revolucion se lleva tras sí á sus enemigos, mire cómo Napoleon la sirve con su dictadura, y la sirve con su voluntad. No se puede prescindir, cuando se estudia la historia, del carácter fisiológico de ciertas razas, que muchas veces detiene al espíritu como barro de la tierra caido sobre sus gigantes alas. Nuestra raza latina ha llegado en todas las épocas de su historia á sus más maravillosas conquistas por la unidad. Esto no puede negarlo el que estudie su larga vida á través del tiempo y del espacio. La unidad romana le sirvió para fundir todas las

razas y para dar ese carácter de universalidad á su derecho, que lo ha levantado sobre el movible oleaje de los siglos. La unidad católica reunió el pensamiento con la vida, en su moral; la religion con la ciencia, en su teología; el espíritu griego con el espíritu moderno, en sus artes. La unidad monárquica reunió el noble con el pechero, haciendo bajar al uno de su aislado castillo, y salir al otro de su privilegiado municipio. Y esta tendencia á la unidad tiene tales raices en nuestra raza, que cuando vino el gran dia de la revolucion, el [illegible] de 1793, la república democrática, á pesar de [illegible] proclamaba la libertad, erigia una dictadura inmensa, gigantesca [illegible] tiempo hacia rodar por el suelo la cabe[illegible]cratas con una crueldad cesárea, y lan[illegible]itos contra todos los reyes del mundo, [illegible] con una prontitud dictatorial, y levan[illegible] los materiales calcinados por la tempestad el nuevo edificio, como si obedeciera á un solo pensamiento, como si tuviese una sola conciencia. Y en una raza de esta naturaleza, si es difícil la atonía, el decaimiento, es muy fácil, facilísimo, el cesarismo. Napoleon vió que la revolucion zozobraba, que la revolucion estaba vacilante, y

En la revolucion que últimamente agitó á la Francia se repitieron circunstancias muy semejantes. Los legitimistas creyeron que iba á renacer la antigua monarquía de las cenizas amontonadas por la revolucion. La clase media, vencida en 1848, volvió á levantar su cabeza amenazadora en la Asamblea legislativa. Los orleanistas cada dia arrojaban una nueva piedra en la corriente del progreso para detener su majestuoso curso. La escuela neo-católica lograba un triunfo viendo la espada de la República francesa asestada al pecho de la República romana. Cavaignac y sus compañeros de armas habian ametrallado al pueblo. La libertad de la prensa habia sido violada en periódicos de gran crédito en la opinion. El espíritu propagandista, que es el alma y la vida de las revoluciones francesas, habia sido ahogado por las funestas palabras de Lamartine. El sufragio universal, la conquista de 1848, habia sido adulterado por la mayoría reaccionaria de una Asamblea que debia al sufragio universal su vida. El partido democrático, ahogado en el seno de su propia madre, de la república, ni podia unirse á la mayoría de la Asamblea, porque se unia á la reaccion orleanista, ni podia separarse de la

grandes tribunos, ni morir como habian muerto los grandes aristócratas. Allí se levantó un César que mató la república en el paso del Rubicon; pero que tambien mató á la clase media en la batalla de Farsalia; un Augusto que desarmó al tribuno, pero tambien desarmó al eterno enemigo del pueblo, al Senado; un Tiberio que arrancó la tribuna de los Rostros, pero tambien arrancó la lengua á la aristocracia; un Neron que sustituyó su voluntad á la voluntad de la ley, pero tambien hizo gratuita la justicia; un Domiciano que segó las cabezas de todos los privilegiados, pero tambien estableció la igualdad de todos los ciudadanos; y el pueblo, prostituido, como todos los esclavos, aplaudia desde la cávea la muerte del eterno tirano que habia hollado su cabeza, y el enaltecimiento de un nuevo amo que, si le quitaba libertad, le daba pan. Y sin embargo, el cesarismo, con toda su fuerza, aunque se creia eterno y omnipotente, no hizo más que preparar con la aplicacion de la filosofía estóica al derecho, el advenimiento de la idea cristiana; y con la gran latitud dada á los derechos de la familia contra el cesarismo antiguo, la libertad individual que traian del Norte las razas germánicas.

representantes del pueblo, faltó á todos sus juramentos, ametralló en las calles de París á inocentes niños, á infelices ancianos; derramó el terror por todas partes; alejó del suelo de Francia á sus más ilustres hijos; pero proclamó con arrogancia los principios revolucionarios; consagró el sufragio universal, último resto de la soberanía del pueblo; mató las esperanzas de los doctrinarios; puso su planta sobre la frente de la clase media, que se creia ya de nuevo coronada con la diadema que cayera de la frente de Luis Felipe, y tendió su manto sobre la clase obrera, tan maltratada y tan herida, buscando un fundamento para su política en el amor del pueblo. A pesar de esto, el emperador, al dia siguiente de su victoria, no sabia qué destino cumplir, ni qué idea personificar. La sombra de su predecesor pasó un instante por sus ojos, y amenazó á Inglaterra. Esta fué una fase de su vida, y pronto se persuadió á creer que la herencia de Napoleon era un legado muy lleno de peligros. Pensó despues en captarse la benevolencia de la escuela doctrinaria; mas vió que sus pontífices le volvian la espalda en el Instituto y en la Universidad, y que sus esfuerzos solo conseguirian traer aquella monarquía que para él solo fué

un calabozo. Halagó más tarde los institutos de la escuela neo-católica; aspiró á ser el Carlo-Magno de nuestra época, y á que el papa ungiera su frente con el óleo sagrado de la Edad media. Pero conoció que el derecho divino era como una áspid en la frente de un Bonaparte. Y, por fin, despues de buscar vida en todos los principios políticos, ha decidido que la electricidad de la revolucion de un movimiento, si quier sea galvánico, á ese imperio que se viene á tierra á impulsos de su propio peso. Esta es la última fase de su vida.

Esta última transformacion del cesarismo es la transformacion cercana de la muerte. Poco antes que el imperio romano se convirtiese al cristianismo, habia una cruz en el palacio de un emperador: despues de convertido el imperio romano al cristianismo, la cruz se levantaba sobre el sepulcro del imperio. La libertad podrá ser invocada por Napoleon como un elemento de vida; pero la libertad le dará muerte. El imperio no puede servir á la revolucion sino suicidándose. La revolucion no puede querer, ni aun como instrumento, el imperio, porque necesita tener puras y limpias sus manos, para consagrarse al culto de la libertad. A la justicia sólo se vá por la justicia;

el derecho sólo puede triunfar por el derecho. Luis Napoleon, aunque haya libertado á Italia, nunca, nunca será amnistiado por la conciencia humana. Cuanto hay de malo en él es suyo, exclusivamente suyo. Si algo ha hecho de bueno, es del espíritu de su tiempo. La dictadura bonapartista toca á su término, y dice, como Juliano el Apóstata en el lecho de su agonía: «Vencistes, revolucion, venciste; y yo, tu verdugo, he sido tu instrumento.»

¿Qué ha hecho el imperio que no hubiera hecho la democracia? La democracia hubiera fortificado el sufragio universal sin convertirlo en instrumento de tiranía; hubiera elevado al pueblo, no por el privilegio y la guerra, sino por la asociacion y la libertad; hubiera reconciliado todas las clases en el derecho; hubiera abierto de par en par las puertas de Francia á todas las ideas, y hubiera dado el ideal de la revolucion á todos los pueblos, sin alarmar á las nacionalidades, sin turbar los horizontes europeos con amenazas de dominacion universal, sin violar un derecho, sin verter una gota de sangre. Y en la política exterior la democracia hubiera desarmado á la Rusia, mas no para sostener un imperio cadu-

co y fatalista que emponzoña el Bósforo; hubiera resuelto la cuestion de los principados danubianos que vanamente piden de rodillas el derecho á sus príncipes; hubiera roto las cadenas de Italia, sin cometer la inconsecuencia de emancipar á Milan y Bolonia, y dejar en la esclavitud á Venecia y Roma.

Por consiguiente, la democracia para nada quiere, para nada necesita del césar. ¿Qué ha dado Napoleon á la Francia? Una esclavitud sin ejemplo, el silencio de los sepulcros, el rebajamiento moral, la pérdida de su dignidad como pueblo, artes materialistas, un millon de esbirros, una cadena para todos los que trabajan por la libertad, una mordaza para todos los que profieren la palabra derecho, el olvido de todas las nociones de justicia, las guerras insensatas, la inseguridad de no saber qué pensamiento cruzará por la mente del césar, un delirio, una fiebre de vida sensual, una poesía materialista y atea; porque si arrojan el resplandor del cielo almas como la de Victor Hugo, ese resplandor es para el Faraon frances el fuego celeste en que vá envuelta la cólera de Dios.

Enero 28 de 1860.

LA POLÍTICA NACIONAL.

Cuando los grandes acontecimientos suceden, los pueblos se levantan de la triste realidad á un ideal superior de justicia y de derecho. Cuando se acometen con fortuna grandes empresas, los ánimos se sienten movidos á dilatar el horizonte de sus esperanzas, y el deseo del bien inspira nuevos proyectos de engrandecimiento y de progreso. Por eso nada hay más triste y desconsolador que el estado de postracion en que se encuentran los pueblos, cuando se creen incapacitados de toda obra grande, rendidos bajo el peso del infortunio, y bajan la frente, y aceptan la desgracia, y declaran que su presente se consume en la impotencia y que en lo porvenir sólo esperan la muerte. Algo de esto sucedia últimamente en España.

Nuestra tribuna sólo repetia el quejido del dolor de la nacion; nuestra prensa era un continuado lamento; nuestra literatura cantaba en perpétua elegía el destronamiento de la reina de dos mundos, y la mostraba mal envuelta en su rota púrpura, rodeada de sus hijos exánimes, sin más destino que llorar, como la antigua Niobe, el gran dolor que laceraba sus entrañas.

Mas de pronto nuestra pátria se levanta, y muestra con cuánta sinrazon se dudaba de su pujanza y de su grandeza. Y así como despues de Guadalete tuvo Covadonga; y despues de los tiempos congojosos del último de los Enriques el descubrimiento del nuevo mundo, la reconquista de Granada; y despues de los tristes dias de Cárlos IV la guerra de la Independencia, que asombró á Europa; despues de su última postracion, despues de aquellos dias de luto, en que el extranjero holló nuestro hogar, y el génio del mal destrozó las tablas de nuestros derechos, se ha levantado, y en dos guerras titánicas ha conseguido soterrar el absolutismo que la envilecia, y poner su planta vencedora en África, para cumplir el testamento de las generaciones pasadas, y llevar á cima la portentosa obra de su civilizacion.

¿Quién nos hubiera creido capaces de tanta gloria? Pues á pesar de nuestra desconfianza, hemos entrado, rompiendo por todo, en África; hemos desafiado las ideas de un pueblo indómito y de la naturaleza contra nosotros rebelada; hemos sufrido, sin desmayar, dias de prueba; y allí donde fué vencido tantas veces el genio ibero, donde encontraron la muerte grandes héroes, así de Portugal como de España; allí donde se eclipsó la estrella de Cárlos V, y fué desgraciado el heroismo de Pedro Navarro, y encontró Cárlos III menguada rota, cual si la adversa suerte se empeñara en cerrarnos nuestro camino natural, y en impedir la obra que nos confió la Providencia, allí ondea el pabellon español, coronado con los laureles de la victoria y bendecido por el génio de la civilizacion.

Pues bien: nuestra obra no está mas que comenzada, nuestra actividad tiene muchas esferas, nuestro pensamiento es múltiple, nuestra vida necesita muchos cáuces, nuestra política nacional es inmensa. Y es preciso que la prensa recuerde un dia y otro dia nuestros deberes, para aguijonear la actividad de los gobiernos, de suyo conservadores, y poco aptos para las grandes reformas y

las grandes empresas. Es necesario que la prensa un dia y otro dia, diga lo que debemos hacer, y derrame en el país el sentimiento de sus propias fuerzas, y le dé la conciencia de sus maravillosos destinos. Es necesario recordar que por nuestra posicion entre el Oceano y el Mediterráneo; por los restos de conquistas que tenemos dispersos en África, en Asia y en América; por las grandes tradiciones históricas; por amor á la raza de que somos hijos, debemos, hoy que el sentimiento nacional se halla escitado y vibrante, recordarle que si la guerra de África está comenzada, la unidad nacional no está concluida, y que ni siquiera está ideada la confederacion de la raza latina en América; deberes todos que ha de cumplir más tarde ó más temprano la nacionalidad española.

Los periódicos enemigos del liberalismo, es decir, enemigos del siglo, enemigos de la Providencia, han querido aprovechar el entusiasmo público en su pró, y han clamado para que concluyeran las ardientes pero saludables luchas de la sociedad moderna, la libertad del pensamiento, la libertad de la palabra; para que se cerraran por siempre las Asambleas, y volviéramos á vestirnos el sayal de la Edad media, que hemos roto con

nuestras propias manos, y nos sepultáramos en las cenizas de nuestros antepasados, que nos engendraron para que gozáramos de la vida, y siguiéramos eslabonando la cadena de oro del progreso. Han creido que era posible aprovechar en favor de una idea mezquina un acontecimiento grande, y han clamado por la esclavitud antigua. Nosotros, que hemos abrazado la guerra de África con entera abnegacion, no clamaremos hoy por la libertad que deseamos, pero clamaremos por una política grande, por una política nacional. A tres se reducen nuestras ideas: Primera. A la guerra de África, que está ya comenzada. Segunda. A la union de España y Portugal. Tercera. A la union de nuestra raza en América. Esto debemos pedir al sentimiento nacional. Estas ideas debemos recordar, como el ideal que flota sobre nuestra pátria. Hablemos hoy de la unidad ibérica.

¿Quién no desea la union de España y Portugal, que debe ser uno de los grandes fines de nuestra vida nacional? Nacidos los dos pueblos bajo un mismo cielo, arrullados por las ondas de los mismos mares, hablando lenguas muy parecidas, por su natural elocuencia y su lujoso orientalismo, educados por las mismas doctrinas, unidos

en los dias de los grandes infortunios, con una literatura idéntica en sus aspiraciones y hasta en sus formas, con largos siglos de una vida comun muchas veces, siempre semejante, con el mismo destino histórico y el mismo carácter nacional, los dos pueblos ibéricos deben unirse, deben realizar el ideal que hoy acarician todos los pueblos europeos, deben confundir sus almas en un mismo pensamiento, como se unen al par en un mismo cielo purísimo los aromas de sus bosques y los vapores de sus rios y de sus mares. Así como la tendencia á la libertad es la ley de los pueblos en la esfera de la política, la tendencia á la unidad es la ley de los pueblos en la esfera nacional en el siglo XIX. Alemania hace todo linaje de sacrificios para unir en una gran confederacion sus pueblos, y si no se opusieran los infinitos príncipes que tienen allí encontrados intereses, la unidad no se perderia en los celajes de un porvenir oscuro; la unidad, que es el deseo de todos los que aman la pátria alemana, y recuerdan la potente voz de Fichte, y los cantos sagrados de Schiller, de Ulham y de Koerner. Los Principados Danubianos, contra los intereses de Turquía, de Austria y de Rusia, á las orillas del gran rio por donde entraron

al imperio romano los pueblos que habian de ser como el fuerte cuerpo de la historia moderna, juran su unidad, que bendicen las almas de sus héroes y de sus mártires. La raza escandinava, allá, en sus desiertos helados, á pesar de su carácter histórico y de las inclemencias de la naturaleza que la rodea como para encerrarla en sí misma, tiende sus brazos á sus hermanos y busca anhelante ese ideal de unidad que debe acrecentar su vida y sus glorias. Italia, la nacion del fraccionamiento, ese pueblo en que cada ciudad tiene su historia, sus oradores, sus poetas, sus recuerdos, su vida separada; ese pueblo, que desde la Edad media se ha dividido en pequeños átomos bajo las herraduras de los caballos de los bárbaros; ese pueblo, que no pudo tener unidad ni con la barbárie de Teodorico, ni con la disciplina de Carlo-Magno, ni con el patriotismo de Federico II, ni con el espíritu universal de los papas, ni aun bajo la espada victoriosa de Cárlos V. Italia hoy, para llegar á ser nacion, olvida sus antiguos fueros, sus tradiciones particulares, sus glorias de un dia, fundiéndose en un sentimiento nacional; y Génova, la república mercantil, y Turin, la ciudad realista, y Florencia, la república literaria, y Ve-

necia, la república aristocrática, y Roma, la gran Roma, y Nápoles, la dormida Nápoles, que parece envenenada por el aroma de sus jardines, y Sicilia, esa perla griega caida á las plantas de Italia, se acercan á la unidad, porque presienten que sólo así podrán un dia llegar á ser un pueblo, y á quebrantar para siempre la coyunda ignominiosa del Austria, que quiere atar á su carro á la nacion que, si ha perdido la soberanía del mundo, no perderá nunca la soberanía del arte y del génio.

¿Y con cuánta más razon no debíamos ser Portugal y España un solo pueblo? Unas mismas montañas han sido nuestra cuna; de unos mismos árboles hemos cortado los techos de nuestros hogares; en unos mismos montes hemos encontrado el hierro para forjar nuestras lanzas; en unos mismos altares hemos vertido nuestra sangre; las quillas de nuestros barcos han hollado unos mismos mares; y Roma, cuando se vió herida, no sabia distinguir entre lusitanos, astures y cántabros, porque todos eran iberos; y el árabe enemigo no sabia si eran portugueses ó castellanos los que le vencian en Calatañazor y en el Salado, porque todos eran cristianos; y el Asia y América no distinguia si partian de Lisboa ó de Cádiz

las naves que les llevaban la civilizacion, porque todas eran españolas; y los últimos guerreros que hollaron nuestra nacionalidad, no acertaban á distinguir qué mano habia abierto sus anchas heridas en el pecho, porque todos eran patriotas; y la naturaleza no sabe aún que hay dos pueblos, pues hasta los rios se tornan más profundos y más estrechos al tocar las fronteras de las dos naciones, como si quisieran ser un lazo de la fraternidad natural que debe reinar en la península, en la estrella de la tarde, en la reina de Occidente.

Tended los ojos por la historia hasta donde se dilatan los tiempos, y os convencereis de la union que ha existido entre España y Portugal. En la lucha con los romanos, unidos estuvimos al pié del árbol de la pátria; unidos peleamos, unidos caimos bajo el peso del destino. Viriato, aquel pastor, aquel guerrero audaz, era fuerte como un astur, constante como un cántabro, ágil como un vacceo, decidido como un numantino, flexible como un lusitano, de ardiente carácter como un hijo de la Bética, tan hábil en manejar la honda como un balear, tan incansable en la pelea como un celtíbero; y así concibió el pensamiento de

protextar en nombre de una patria comun contra Roma, pues su inmensa alma tenia todos los matices del carácter de nuestro pueblo. Mas ¿para qué cansarnos? El historiador que escriba los anales de Portugal hasta el siglo XII, sólo hablará de España, pues en realidad hasta entonces no se desgaja esa rama del árbol de nuestra nacionalidad. Juntos sufrimos la terrible rota del Guadalete. Juntos comenzamos la obra inmensa de la reconquista. Reyes portugueses redimieron á Badajoz; reyes castellanos á las ciudades portuguesas. En los muros de Viseo murió Alfonso V de Castilla, el de los claros fueros. Fernando I es un héroe á un tiempo castellano y portugués. Huestes portuguesas nos auxiliaron á vencer á los árabes en Calatañazor, á los almohades en las Navas, á los berimerines en el Salado. Mientras nosotros íbamos á América, y Ercilla cantaba las glorias del descubrimiento de un nuevo mundo, los portugueses iban al Asia, y Camoens cantaba la renovacion de un mundo antiguo. Cuando la nueva creacion surgia entre las ondas, el papa, haciendo la señal de la cruz como para bautizar aquella region que renovaba los dias del Eden, la dividió entre Portugal y España. Sin Vasco de

Gama, Europa no hubiera aspirado las esencias de las Indias Orientales; sin Colon, Europa no hubiera aspirado las esencias de las Indias Occidentales; desde la cuna hasta el ocaso del sol se extendian las dos alas de nuestro génio.

Y en la empresa hoy acometida, en la empresa de África, el génio portugués nos ha precedido como enseñándonos que tambien allí estaba la estrella de nuestro comun destino. En tiempo de D. Juan I, las naves portuguesas tenian la llave del imperio marroquí, Ceuta, que aún está hoy en nuestras manos. En tiempo de D. Duarte, las naves portuguesas llegan á Tánger, y si la suerte les fué adversa, ofrecieron un testimonio eterno de su heroismo en el príncipe Constante, que inspiró el génio patriótico del gran Calderon de la Barca. Alcazar, Larache, Mogador, vieron ondear en sus muros la bandera portuguesa, el signo de nuestro génio y de nuestra civilizacion. Mil veces el génio africano, al ver á lo lejos rizada por el viento la lona de las naves portuguesas, lanzaba un gemido, porque sabia que en ellas iban guerreros dispuestos á lavar con sangre mora la afrenta del Guadalete. Y cuando en el siglo XVI, el rey D. Sebastian, alentado por

ese génio ibero que ama lo imposible, se vió rodeado de abrasadas arenas y de enemigos, herido por el dardo emponzoñado en el veneno de la ardiente Libia y por los rayos del sol, que despiadados caian sobre su frente, si al morir tuvo esa vision profética que Dios concede á sus mártires, se le apareceria el génio español arrancando al eterno enemigo de las manos la espada con que habia herido al génio portugués. Por eso ahora podemos recordar al portugués que hemos tenido una misma historia; que hemos peleado en unos mismos campos; que somos de una misma raza; que acariciamos un mismo ideal; que sus Melos y otros grandes escritores, trazaron sus obras en nuestra lengua; que nuestros Calderones y nuestros Herreras cantaron á sus héroes; que la fraternidad de nuestras almas es indisoluble, porque nace de la naturaleza, y que, unidos, podemos volver á ser una de las primeras naciones de Europa.

Así como en la cuestion de África se necesitan las armas, en la cuestion de Portugal sólo se necesita la razon y la justicia. Los tiempos de conquistas en los pueblos civilizados pasaron para no volver. Nosotros debemos querer de Portugal el

amor, no la sumision. El pueblo portugués debe unirse al pueblo español, usando ámplia, libremente, de su propia soberanía. Sabe muy bien que sin nosotros es un pueblo insignificante, dominado unas veces por los ingleses, otras por la Francia, y con nosotros es un pueblo grande, temido, cuya voz resonará en los consejos de Europa. Hace poco tiempo vió, con lágrimas en los ojos, arrancado de sus tribunales por la fuerza, un buque y una tripulacion que habia quebrantado las leyes marítimas. ¿Hubiera visto esta afrenta, hubiera contado este dia de amargura, si hubiese sido español? Nosotros no debemos descansar ni un solo dia en esta empresa de acercarnos á Portugal; ni un solo dia, porque es el porvenir de nuestra raza.

Todo gobierno que dé un paso en esta senda de salvacion, merecerá bien de la pátria. Unamos las inteligencias de los dos pueblos, uniendo sus universidades; unamos los intereses de los dos pueblos uniendo sus aduanas; estrechemos las distancias que nos separan por los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, que reparten la electricidad de la vida por todo el cuerpo nacional. La union de Italia es difícil, la union de Ale-

mania imposible hoy; sólo es fácil la union ibérica. Procurémosla. Digámosle á Portugal, enseñándole á Tetuan: «El dia que estemos unidos, nadie podrá violar nuestro derecho, ningun poder dejará de saludarnos, y nuestro voto pesará incontrastablemente en la balanza de los destinos de Europa. Unámonos, olvidemos preocupaciones de la Edad media; unámonos en el santo, en el inefable amor de la patria, y las generaciones venideras dirán que hemos dado cima á una obra de gigantes, y pondrán el nombre de esta generacion afortunada en las páginas de oro del inmortal libro de la historia. Esta, y no otra, es la política nacional.

Febrero 18 de 1860.

LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

I.

Enmedio de las tempestades que han agitado al presente siglo, nunca se ha perdido la voz plañidera de Italia, que se duele de sus acerbos, de sus antiguos males. Todo cuanto debió ser su grandeza, se ha convertido en su daño. El dominio del mundo en la antigüedad, el dominio de la conciencia en los tiempos modernos, su inagotable inspiracion, sus paletas, sus pinceles, el cincel que tiene siempre en su mano para modelar sus estátuas, el templo inmenso que ha levantado bajo la idea sagrada del catolicismo, su amor á la humanidad, la misma hermosura de sus cielos y de sus campos, la misma claridad de sus ma-

res, la mágia de sus cánticos, que han dado una armonía á todos los sentimientos; si han servido á su grandeza religiosa, á su grandeza artística, á su grandeza moral, no la han dejado nunca ser nacion, porque en vano hubiera pretendido pertenecerse á sí misma, la que por sus recuerdos pertenecia á todo el mundo. Contemplemos un instante los dolores históricos de Italia. Los hechos hablarán mejor que nuestras palabras.

Se abren los tiempos modernos, cuando la antígua Roma cae, y entran en el templo de la humanidad los bárbaros. Casiodoro escribe desde su retiro el epitáfio católico sobre el sepulcro de la Roma pagana, como Teodosio habia levantado ántes la cruz sobre sus cenizas. Desde lo alto de la roca Tarpeya, los sacerdotes del antiguo culto, vestidos de blanco, cual sombras que hubieran rasgado su sudario, arrojan su tirso y su corona de verbena á los abismos. La voz que se oia en los mares de Sicilia, y que turbaba el dulce cántico de los navegantes griegos, vuelve á anunciar que el dios Pan ha muerto, que se ha quebrado aquella lira de oro trasmitida de mano en mano desde Homero á Virgilio. Italia, la riente Italia arroja la copa de sus festines, la gloriosa lanza

de sus combates, y se encierra en el cláustro, mientras los bárbaros se reparten sus despojos. No se oye entonces la palabra pátria. Si algun respeto se ofrece en holocausto á Roma, es el respeto de Atila; si algun príncipe intenta levantar el derecho perdido, ese príncipe se llama Teodorico. Los bárbaros, deslumbrados por el ideal del imperio, no se atreven á levantar el hogar de la pátria donde estuvo antes el hogar de la humanidad. La idea de nacion es una idea pequeña delante de la idea de humanidad, que guardaba Roma en su mismo sepulcro. El italiano baja la frente al destino, y entrega su alma á los bárbaros. Por unos desfiladeros bajan los godos y los lombardos, por otros los francos; todos son bárbaros. Tan extranjero es en Italia Carlo-Magno, como Federico Barbarroja. Solo, á las orillas del mar, al dulce beso de las brisas, viendo el contínuo movimiento de las ondas y lo infinito en la naturaleza, puede nacer la idea de libertad, que aún más que el viento, hincha las lonas de Génova y de Venecia. Pero Génova y Venecia son ciudades que nunca miran á toda la pátria italiana, son ramas llenas de sávia, que, desgajadas de un árbol seco, caen sobre las ondas.

La idea del antiguo imperio fué el tormento de Italia. Pero ¿qué mucho, si fué tambien el tormento del mundo? El bárbaro Alarico soñaba con un imperio godo tan poderoso como el imperio romano; Ataulfo no creia en la legitimidad de la fuerza, que era su único derecho, y se llevaba consigo para sentarse sin remordimiento en el trono, una sombra de imperio; Teodorico intentaba hacer de Italia, de Francia y de España, una nueva Roma á lo Augusto, y Carlo-Magno, cuando interrogaba con ávidos ojos la cartilla de su maestro Alcuino, no queria la ciencia que no alcanzaba, sino el secreto de aquel poder de la Ciudad Eterna, que sólo era conocido por sus ruinas, y asombraba aún al universo. Italia, acostumbrada á unir su grandeza á su imperio, se contentaba con guardar el nombre de sus cónsules, de su república, de su sacro Senado; entregaba la custodia de todas estas sombras sin cuerpo, de estos símbolos sin idea, de estas palabras sin sentido, á un emperador feudal, á un descendiente de Armonio, al que tenia las manos manchadas con la sangre de los antiguos romanos, y se hallaba bien con su servidumbre, y se gozaba en ver al fantasma del imperio errar por sus horizontes, y

quería á toda costa un amo, un dueño; porque la cadena de la esclavitud se habia hundido en su cuerpo como parte de su sér, y habia penetrado hasta su espíritu. Para el pueblo que se acostumbra á la esclavitud, la libertad es un imponderable peso que no pueden resistir sus hombros. El paganismo no muere por eso en Italia. Dante invoca á Virgilio; Rafael encierra el alma de sus vírgenes en las líneas armónicas de la estátua griega; Benvenuto Cellini imita en sus Cristos los Apolos clásicos; los escolásticos ajustan su ciencia al génio de Aristóteles; Marsilio Ficino habla bajo los plátanos del Arno, como hablaba Platon bajo los plátanos del Pireo; Bembo expresa las ideas católicas en los rotundos períodos de Marco Tulio, y Miguel Angel corona la Basílica del catolicismo con la rotonda del Panteon, donde habian dormido el último sueño todos los dioses del paganismo. El imperio, pues, debia tener una gran virtud en un pueblo que no habia olvidado su ideal. Mas su error consistió principalmente en confiar la custodia de su imperio á un extranjero, á un bárbaro.

Dos elementos parecian destinados á contrastar la fuerza del imperio aleman; el sentimiento mu-

nicipal, tan vivo en Italia, y el pontificado, tan querido á la sazon en Europa. El sentimiento municipal era la ley de la variedad y de la libertad, el pontificado era la ley de la unidad y de la autoridad. Todo podia esperarse en favor de la libertad y de la patria, de aquellas ciudades, comerciales unas, artísticas otras, en que el feudalismo no habia clavado sus garras, en que se agitaba un pueblo tan libre como el pueblo de las antiguas repúblicas griegas, en que el trabajo era nobleza y no servidumbre, en que el poeta, el pintor, recibian inspiraciones de todos los ciudadanos; en que cada iglesia era un museo, cada cementerio un panteon de hermosas esculturas, cada plaza una academia, cada calle una galería artística, cada casa un taller; ciudades sin duda elegidas por Dios para templo de la idea de la personalidad humana que brotaba entonces, como pequeño tallo en la raiz de la vida. Y todo podia esperarse en favor de la unidad de Italia, ciertamente, del pontífice, más justo y más humano que los antiguos césares, ornado de una autoridad divina, ascendido por el consentimiento de todas las conciencias y por la eleccion de la Iglesia á una region, donde no podian llegar las

tempestades del mundo, árbitro entonces de todos los poderes, encarnacion viva de la unidad espiritual que el cristianismo habia traido á la historia. Mas ¡oh fatalidad! Las ciudades que debian ser la libertad de Italia, nunca llegaron al sentimiento de una patria italiana. Todas pulverizaron bajo sus plantas la unidad nacional. Casi todas se dieron á un tirano, y por conservar la independencia de su municipio, perdieron la independencia de la patria. Nápoles se entrega á la casa de Anjou, Palermo á la casa de Aragon, Milan al emperador, Brescia á Lanfranco y á los Escalas, la orgullosa Florencia al duque de Atenas, Arezzo á Pedro Sacconi, que la vende por treinta dineros; todas á sus podestás, que las esclavizaban, sin acordarse ninguna de reconstituir el ideal de la patria. Y si sucede esto con el municipio, algo semejante sucede, aunque en sentido opuesto, con la política del pontificado. Es verdad que Roma se oponia á la Alemania, que el pontífice era enemigo del emperador, que extendia su manto para cobijar las pequeñas repúblicas, que armaba ligas contra el gran tirano germánico, que sostenia en cuanto le era dable el espíritu democrático de Italia; es verdad todo esto,

pero tambien es verdad que el papa, por su carácter sagrado, y sus relaciones con el mundo, y su tendencia natural á la universalidad de su dominio, y su catolicismo, que rebosaba en los estrechos límites de la nacionalidad, y sus ideas cosmopolitas, aunque era el papa de todas las Iglesias, el jefe espiritual de los cristianos, tenia que sacrificar muchas veces su Italia, en aras de la humanidad, como aquel rey que sacrificó su hermosa hija coronada de flores en aras de la Grecia. Así el pontífice se vió obligado á encender la hoguera de Arnaldo de Brescia con la tea que le diera el emperador; de Arnaldo de Brescia, mártir, que fué el primer ciudadano de la Roma moderna, como Bruto habia sido el último ciudadano de la Roma antigua. De suerte que ni las ciudades por su tendencia al fraccionamiento, ni el pontificado por su tendencia á la universalidad, pudieron realizar la unidad de Italia, eterna mártir de su propia grandeza.

Un dia, en el siglo x, creyó el mundo que iba Italia á redimirse á sí misma, y á redimirse para siempre. Pavia y Milan juraron un tratado para juntarse en eterna guerra con el emperador. Alrededor de aquel tratado se unian todas las demás

ciudades lombardas, formando una inmensa liga. Con grandes clamores pedian sus antiguos derechos, libres elecciones de sus magistrados y de sus cónsules al toque de campana, propia jurisdiccion, facultad de caminar libremente por toda Italia, exencion de mil pechos que las gravaban con inmensa pesadumbre, constituciones ámplias y tradicionales basadas en su propia libertad, demolicion del palacio del emperador que parecia con sus negruzcos torreones como el carcelero de la patria, alejamiento perpétuo de todo soldado imperial. Y este pacto, que hubiera podido ser la Carta Magna de Italia, es archivado en los municipios, escrito en las banderas, jurado en presencia de Dios bajo las bóvedas de las iglesias, y sostenido por mil espadas que brillan desnudas, reflejando los resplandores del sol de los combates; y para que nada faltase, bendecido por el papa, que alienta con su voz las legiones de la libertad, como armadas por la justicia, y depositarias del eterno espíritu de Italia. Llega la hora de la lucha, y el emperador Federico I vence á los italianos con la fascinacion del antiguo nombre del imperio. Pasa los Alpes, y los italianos no le oponen resistencia, porque respetan al césar. Es

vencido en el sitio de Alejandría, y los italianos abren sus filas para dejarle pasar, porque ven con acatamiento en su vencido al césar. Se presenta en las conferencias de Roncaglia, y los domina, porque ha nacido para domeñar la voluntad de los italianos. Firma la paz de Constanza, y el emperador, vencido, impone condiciones al pueblo vencedor. Y el papa Alejandro III entrega la Italia á su eterno enemigo, y algun tiempo despues, Enrique VII habla en la Roma católica con la misma arrogancia con que hablaba Tiberio en el antiguo Senado. El esfuerzo habia sido inútil. Italia cayó bajo el peso del recuerdo de su antigua grandeza, como si Dios la hubiera condenado, en castigo de su pasada soberanía, á eterna servidumbre. Y el emperador no tenia más título al dominio de Italia que su orígen estranjero, los grandes tributos que imponia, la capitacion con que se lucraba, un impuesto sobre cada niño al nacer, la cuarta parte del salario de los obreros, todo decorado con el nombre y la majestad de la antigua Roma.

¡Mísera Italia! Por todas partes se levantan enemigos contra tu poder. Los mismos que recibieron tu luz te niegan. Los mismos que sin tí jamás hu-

bieran salido de la barbarie, quieren sepultarte en eterna noche. Los mismos á quienes has alegrado con tus cánticos, te aprisionan, para que regales sus oidos y arrulles el sueño de sus orgías. Nosotros hemos sentido siempre como propios tus dolores, y te hemos seguido, con los ojos arrasados en lágrimas, por el camino sembrado de espinas, donde has dejado tu sangre y tu vida. Pero sigamos contemplando tus dolores, á ver si es posible esperar, al lado de tu sepulcro de mármol, donde todos los genios de la tierra han depositado una corona de laurel, el dia feliz de tu resurreccion; porque los tiranos pasan, y los pueblos sobrevíven á todas las trasformaciones de la tiranía, y tarde ó temprano quebrantan sus cadenas.

Marzo 3 de 1860.

LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

II.

Grandes y poderosos han sido los elementos conjurados en daño de Italia; recuerdos de antiguos tiempos, más propios para enflaquecer los ánimos que para levantarlos á nueva vida; extraños emperadores con la planta puesta sobre la cerviz de la nacion guerrera, y el pensamiento puesto en su total ruina; altos poderes forzados á dilatar su poderío por todo el mundo, y dispuestos á sacrificar Italia en aras de la humanidad; aristocracias altivas, cuyas voluntades oscilaban entre el emperador y el papa, sujetando á su medro toda idea política, natural achaque de

las oligarquías; repúblicas pequeñas, desgarradas por celos contínuos y por envidias nunca extinguidas, siempre guerreando, siempre con la maza de Cain en las manos contra las demás repúblicas; grandes brechas abiertas por do quier á la nacionalidad italiana. Nápoles por donde entraba Francia, Sicilia por donde entró primero la casa de Suavia, despues la casa de Aragon, Milan por donde entraban los emperadores, Roma por donde asaltaban á Italia todos los poderes de la tierra; el problema social, siempre planteado, nunca resuelto; el problema político, escrito con términos falsos, usados, perdidos ya en la memoria de la humanidad; el pueblo demasiado pronto á derramar su sangre en la lucha, y demasiado rehacio para aprovecharse de la victoria: hé ahí los elementos que arrastraban á Italia de despeñadero en despeñadero, para hundirla en el abismo de que sólo puede levantarla el espíritu democrático de nuestro siglo.

Y esta turbacion general de Italia habia llegado hasta la mente de los grandes pensadores, de los grandes poetas, de os grandes génios. Amanece la luz del arte, y la luz del arte no puede ahuyentar la sombra de la política que cubre todos los

horizontes italianos. El Dante, majestuosa estátua que corona la Edad media; profeta que escribe en el cielo del arte el pensamiento de las generaciones que deben sucederle; audaz pensador que conquista para la poesía, no sólo el Universo, sino lo absoluto y lo eterno; maravilloso artista que ve surgir del polvo la estátua clásica con la sonrisa de Grecia en los labios y la copa de una nueva vida en las manos; soñador ideal que presiente la resurreccion del platonismo cuando el mundo estaba entregado á la adoracion de Aristóteles, y encierra su pensamiento en la angélica figura de Beatriz, hermosa y vaga como una ilusion de amor que se pierde entre los arreboles del cielo; el Dante, cuya lira tiene las cuerdas de todos los dolores y de todas las alegrías de la humanidad, cuyo genio se sumerge como el ave nocturna en las tinieblas, y se levanta como la alondra á la eterna luz; el Dante, tan gran pensador, tan gran poeta, cuando va á contemplar el mundo de la política, cuando quiere salvar su Italia, la entrega atada al emperador de Alemania, y no duda desde las riberas oscurísimas de su infierno ideal, en maldecir los únicos elementos nacionales que flotan en aquel gran naufragio; por-

que el destierro ha cubierto de negras sombras su alma perdida en las tempestades y conturbada como la golondrina que al atravesar los mares se ve arrastrada por el huracan, como la paloma que pierde en una inundacion su nido de lirios y de palmas.

Los males de Italia crecian, mientras sus grandes genios pedian al extranjero un remedio. Verona luchaba con todas las repúblicas, y se atraia los rayos del Vaticano. Génova y Venecia ensangrentaban con sus continuas rivalidades las celestes ondas del Mediterráneo. La aristocracia se levantaba sombría en las hermosas lagunas del Adriático, despues de haber llevado el espíritu latino hasta los más remotos climas de Oriente. El poder político del pontífice, que llegó al último extremo con Inocencio III, bajaba las gradas de su trono temporal con Bonifacio VIII, abofeteado por la mano de hierro de la monarquía. Clemente V muestra que el pontífice cae siervo del rey de Francia, encerrándose de grado en la cárcel de Avignon. En tan tremenda época, el genio italiano, genio inmortal, no piensa, sueña; no trabaja, se macera y acepta la privacion del derecho y de la justicia, resignado á su triste

suerte. El quejido de Petrarca, que parece el quejido de un alma enamorada, es el quejido de todo un pueblo. Jamás la gran individualidad reflejó mejor la pasion de una raza; jamás la subjetiva poesía lírica fué imágen más real del dolor de una gran nacion. Los sonetos de Petrarca son como los lamentos que lanzaban las liras bíblicas colgadas de los sauces en las orillas del Eufrates, suspirando por la patria. Aquel amor sin esperanza, que ve en agenos brazos el objeto amado, que no aguarda un premio; que se satisface con una mirada, con una sonrisa, con una aparicion tan rápida como el suspiro del aura, es cual el amor de Italia á la independencia, amor inmenso, infinito, ideal; pero que consiente ver la patria tendida en extraño lecho, entre los brazos de extranjeros reyes. Cuando el gondolero de Venecia ó el marinero de Nápoles y de Génova entona, á la luz de la luna, acompañado por el murmullo de las brisas, al compás de los remos que caen unísonos sobre las aguas, abandonados entre el cielo y el mar, una de esas canciones en que Petrarca encerró el acento de un amor sin esperanza, su voz tristísima, su cadencia melancólica como el eco de las olas en las sonoras pla-

yas, es el gemido que exhala tristemente el alma dolorida de la dulce Italia. Sin embargo, un dia el genio de Petrarca se despierta á la vida política. Pero va en pos tambien de una sombra. No conoce que el secreto de la vida en los pueblos está en lo porvenir, y el secreto de su muerte en lo pasado. Y así como Dante habia saludado en el débil Enrique VII, un César, un Trajano, el antiguo imperio; Petrarca saluda en Rienzi á Bruto, á Cincinnato, á Caton, la antigua república. Bien pronto aquella república erudita, aquel cadáver iluminado por el fuego fosfórico de los sepulcros, cae en el polvo, y Petrarca vuelve á lanzar un lamento por su república clásica, especie de fantasma que va errante por su imaginacion como la sombra de Laura.

Los pensadores que miraban los problemas políticos de estas edades, los resolvian con dos criterios, que ninguno encerraba la fórmula verdadera del progreso y de la redencion de Italia. San Bernardo, Hugo de Florencia, el Dante, el venerable Gerson, aunque no todos son italianos, se oponen al predominio político del poder pontificio, que más de cerca tocaba á la Italia; pero no ofrecen ningun ideal que pudiese sustituirlo,

y si lo ofrecen, es el ideal, ya perdido y eclipsado, del imperio. En cambio Gregorio VII, Hugo de San Victor, Juan de Salisbury, quieren sostener aquella antigua teocracia que cegaba todas las fuentes de la vida política, y contenia con freno inquebrantable toda verdadera actividad humana, y profanaba los grandes principios religiosos arrojándolos en el polvo donde luchaban las facciones, y destruia la idea del cristianismo, que fué la separacion absoluta del poder temporal y del poder espiritual, sellando con la marca de una servidumbre parecida á la servidumbre oriental, la frente de la humanidad. Estos dos grandes problemas no pudieron interesar á Italia, porque el uno la sacrificaba al emperador, el otro la sacrificaba al mundo entero. Así, poco á poco, se fué apoderando del espíritu italiano lo que debia ser consecuencia de sus grandes y pertinaces dolores, el indiferente escepticismo. A las orillas del Arno, entre montones de cadáveres, al envenenado aliento de la peste negra, cuando Florencia era como un inmenso cementerio, cuando las campanas callaban por no poder contar las almas que se alejaban de la tierra, Bocaccio, aquel génio ligero, burlon, se despedia con una carcajada

de la Edad media, de sus órdenes monásticas, de sus conventos, de sus prácticas severas, de sus maceraciones y ayunos; sacudia aquel terror que ántes obligara al mundo á creer que el ángel del Apocalipsis aplicaba sus lábios á la trompeta del juicio; y se dabaá la vida fácil, sensual, sin curarse de ningun problema, sin sentir ninguna de las grandes desgracias sociales; riéndose de todo, y preparando con esta risa despreciativa el camino á los tiranos, que dan juegos, y fiestas, y bufones á los pueblos, para que no se acuerden de sus derechos. La risa de Bocaccio es la indiferencia, y la indiferencia presagiaba que los males de Italia habian llegado á tal intensidad, que habian hecho de aquella nacion artística y dolorida, una desgraciada nacion insensible. No hay síntoma de muerte tan seguro como esa indiferencia en un pueblo que yace en el dolor. Su resignacion consiste en su falta de fuerza y de aliento para luchar por la vida.

Y siguen los males de Italia recrudeciéndose en el siglo xv. Todos los antiguos elementos van muriendo. La aristocracia sólo tenia sepulcros de mármol, palacios casi desiertos, sus escudos heráldicos, sus títulos, símbolos que eran sobre el

recuerdo de su poder antiguo, como las estátuas de sus abuelos sobre sus sepulturas en las catedrales. Pulci, poeta pagado por la mercantil casa de los Médicis, ponia en ridículo todos los antiguos blasones, la poesía caballeresca, los grandes señores, y sus guerras, y sus tradiciones, riéndose á todo reir de las dueñas, de los castillos encantados, de los caballos amigos de los héroes, y presagiando la gran revolucion contra la Edad media, que habia de coronar con su inmortal poema el sin par Cervantes. Y si la aristocracia moria, no quedaba ciertamente en pié el poder político de los papas. Las llamaradas de la heregía por todas partes asomaban, como anuncios del gran volcan que iba á estallar en Alemania. Los repetidos cismas habian quebrantado la unidad de la Iglesia. La esclavitud de Avignon habia arrancado al pontífice gran parte de su antiguo poder político en Italia. Los concilios de Basilea y de Constanza se sobreponian al papa, pidiendo amenazadores la reforma de la Iglesia. Los reyes, á su vez, por separar el poder temporal del poder espiritual, llegaban hasta tocar el sagrado depósito de la religion confiado á Roma. El antiguo imperio no andaba más pujante por esta época.

El predominio de Francia en los consejos de Roma, y el predominio de España en Nápoles y en Sicilia, habian arrancado al imperio su influencia. Todo se trasformaba, todo, ménos los males de Italia. Los extranjeros iban entrando por todas partes. Nunca se ha pertenecido ménos á sí misma la gran nacion. Los españoles, los franceses, los alemanes, se arrojaban ya el guante de desafío en los campos de Italia. Sonaba la hora en que habian de romperse todas las vallas que contuvieron algo la inundacion de las razas estrañas. Iban á comenzar aquellas guerras, que habian de enrojecer las plácidas aguas del Arno, y habian de convertir en sangre coagulada el cieno del Tíber. Y mientras tanto, Italia, como el ruiseñor prisionero, entonaba sus más dulces cantares, soñaba plácidos sueños en su lecho de rosas, bebia el veneno que le daban sus enemigos, esculpia estátuas para sus vencedores, encantaba con las hermosas imágenes ideadas por sus artistas los palacios de sus carceleros, llenaba de armonías los perfumados aires de sus jardines, como para atraer más á sus perseguidores, forjaba los eslabones de la cadena de oro que iba á caer sobre sus hombros, despertaba á la antigüedad

para tener más hechizos á los ojos de los bárbaros que intentaban convertirla en su manceba; y sin advertir los peligros que la cercaban, la esclavitud que iba á caer sobre sus hijos, se lanzaba fuera del mundo real, en pos de fantásticas visiones, de conquistas ideales, olvidando que los pueblos, como el héroe de la fábula, deben fijar el pié en la tierra y en la realidad de la vida para crecer, y coronarse con sus santas libertades.

Además, nunca el pueblo tuvo en Italia libertad bastante para resolver la pavorosa cuestion social, que ha sido el fantasma de la raza latina, sin duda porque Dios ha destinado á esta raza, como en la antigüedad al errante Edipo, á resolver el enigma de la pavorosa esfinge. El Oriente nos ha dado siempre resueltos los problemas religiosos. Allí nació el panteismo, allí el judaismo, allí el mahometismo, allí se meció la cuna de los dioses paganos y se levantó el signo de nuestra redencion, el suplicio de Jesucristo. La Grecia nos ha dado en la antigüedad los problemas filosóficos y políticos. Ella creó la monarquía europea, que es muy distinta de la monarquía oriental; creó la república aristocrática de los dorios, la república democrática de los jonios, los imperios absorbentes,

inmensos, en la poética y romántica figura de Alejandro. Y lo que hizo en la esfera política, hizo tambien allá en la alta esfera filosófica. Suyo fué el empirismo naturalista de los jónicos, el idealismo de los eleáticos, la protexta socrática de la conciencia individual, la armonía platónica del espíritu con Dios, y la armonía aristotélica del espíritu con la naturaleza, el particularismo epicúreo, el humanismo estóico, el grandioso sincretismo alejandrino, y de esta suerte ha dominado la conciencia humana, aun despues de diez y nueve siglos de cristianismo. Pero los grandes problemas sociales, los que tocan á la raiz de la vida real, han quedado siempre para esta gran raza latina, que ha puesto hilos de amianto en la trama de la vida moderna. El esclavo arrastra su cadena resignado por toda la tierra; su cadena, que se le ha hundido hasta tocar en el espíritu, y sólo cuando llega á pisar el polvo sagrado de la ciudad eterna se levanta con Espartaco, y pide lo que nunca habia soñado, su derecho, su libertad. Buscad algo que se parezca en la historia, y sólo encontrareis las pálidas sombras de Enus y Athenion. La historia antigua no cuenta otros Gracos. Cuando el griego Plutarco ha querido buscarles un semejante, Plu-

tarco, que habia encontrado un Rómulo en Teseo, un Numa en Licurgo, un Publícola en Solon, un Camilo en Temístocles, un Paulo Emilio en Timoleon, un Sertorio en Cumenes, un Caton en Focion, un Bruto en Dion; cuando Plutarco, decíamos, quiso buscar un parecido á los Gracos en Grecia, tuvo que contentarse con resucitar á Agis y Cleomenes, dos reyes que, como él mismo confiesa, en vez de intentar una revolucion progresiva y resolver un problema social, se habian contentado con sostener leyes tradicionales y antiguas. El problema social será siempre el trabajo de la raza latina. Cuando, merced á las cruzadas, los buitres se lanzaban desde los castillos feudales al Oriente, el pueblo resolvió el primer término de la série de los problemas sociales, creando las comunidades y rompiendo la coyunda del siervo, eterno mártir, que levantó la frente encorvada sobre el terruño para recibir la luz del cielo. Pero en el siglo XV trató de resolver el problema social contra la clase media, como en el siglo XIII lo habia resuelto contra la aristocracia, y fué vencido. Los obreros se levantaron en Sienna, los lazzari en Nápoles, los cappelti en Génova, y en todas partes el principio que representaban fué vencido

por los grandes comerciantes, que tiñeron, como los Médicis, púrpuras reales para su familia en la sangre de los pueblos, aplastados bajo las ruedas del carro donde se daban la mano la oligarquía usurera de los nobles nacidos del polvo y el feroz absolutismo.

¡Oh! confesamos que es muy triste recorrer así el calvario de un pueblo. Los ojos se nublan, y se rasga el corazon. Pero no temamos. Sigamos mirando las desgracias históricas de Italia. Las aristocracias teocráticas han pasado como los fantasmas de un sueño; las aristocracias militares han perdido sus espadas, y han visto rodar bajo sus piés las piedras de sus castillos feudales; las oligarquías mercantiles, á pesar de haber comprado con oro tronos para sus hijos, no han podido comprar la inmortalidad; los reyes absolutos han visto caer la corona del derecho divino que habian querido en su orgullo usurpar al Eterno; el imperio austriaco se desangra por todas sus gangrenadas venas; y el pueblo vive, y la Italia se levanta transfigurada de su sepulcro.

Marzo 16 de 1860.

LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

III.

La Edad media, que habia comenzado con una revolucion religiosa triunfante, concluyó con una revolucion social abortada. El pueblo no pudo tocar con segura mano el último término de sus libertades y sus derechos. Pecó de confiado, y fué traidoramente vendido por la clase media. Los municipios, que en toda Europa murieron gloriosamente á manos de la monarquía, murieron en Italia, en la pátria del régimen municipal, en la nacion de las grandes ciudades, á manos de la oligarquía. Pero al concluir la revolucion social, como el espíritu italiano es inagotable, comenza-

ba la revolucion artística. La antigüedad, ántes de hundirse Bizancio en su sepulcro, despidió su último destello, y al reflejo de aquella luz brillante, postrer resplandor de una lámpara que se apagaba, Pico de la Mirandola y Landini interrogan las ruinas y oyen la voz que se exhala del sepulcro de Grecia; Lorenzo Valla y Filelfo resucitan el ideal de la poesía clásica; Pulci y Ariosto entierran el cadáver de la Edad media, envolviéndole en sudarios de oro; Andrés del Sarto, Ticiano, Rafael, á las orillas del Arno, ó entre las celestes lagunas de Venecia, coronan con la diadema de estrellas de las vírgenes cristianas la estátua griega, que se despierta radiante de hermosura; Miguel Angel, inspirado por su gigantesca fantasía, encierra en moles de mármol, atrevidamente cinceladas, la expresion de la escultura cristiana, que, rompiendo la armonía antigua, se alza á lo sublime; Marsilio Ficino, resucitando la hermosa Atenas, explica el idealismo de Platon, bajo los árboles floridos, al zumbido de las abejas áticas y al eco de los ruiseñores que gorgeaban, como en el bosque de Colonna; Galileo mide, con el péndulo en la mano, el movimiento de la tierra, y escucha extático las armonías de las esferas; y Colon, pro-

tegido por las alas del inmortal númen de España, busca con ávidos ojos, perdido en las soledades del Atlántico, un nuevo mundo; porque es necesario que hasta la naturaleza se renueve en este instante sublime de la renovacion del espíritu. Pero ¡ay! mientras los platónicos sueñan, y los poetas pueblan de fantasías los aires, y los escultores embellecen con estátuas clásicas los jardines, y los pintores retratan el cielo en las bóvedas de las catedrales, y los astrónomos miden el concertado movimiento de los mundos, y los sábios vuelven del Bósforo con las manos cargadas de reliquias de Grecia, y los arquitectos levantan al cielo la cúpula del Panteon, cuyo peso á duras penas sostenia la tierra; Italia, la eterna artista de la historia, vé por todas partes soldados de Cárlos VIII, de Maximiliano, de Francisco I, de Cárlos V, y en las mismas salas del Vaticano que acababa de inundar con los celestes colores de su fantasía el divino génio de Rafael, los soldados del protestantismo y del catolicismo, unidos en un ódio comun á Italia, celebran una inmunda orgía de sangre, eterna afrenta de estos siglos. Por todas partes aparece el génio, pero en ninguna parte aparece Italia. Aquel coro de ruiseñores que inun-

daba de armonías los aires de Florencia, miraba la luz que descendia del cielo, y volando en una region superior, no se acordaba del pequeño nido en que naciera, completamente destrozado por los caballos de los extranjeros, de los bárbaros.

Sólo un hombre tan grande como desgraciado presintió todos los males de la hermosa Italia. Educado en el claustro, su alma unia al ardor político del tribuno, el génio místico del profeta. Observaba que Italia, corrompida por los Médicis y los Bórgias, iba cayendo sin fuerzas en el lecho de sus placeres, y queria despertarla por la penitencia y para el arrepentimiento. Su idea era arrancarle, de las manos la lira y el pincel, de las sienes la corona de verbena; cubrir con negra gasa las estátuas y las pinturas, quebrar contra el suelo la copa de los festines, y arrastrar la Italia al pié del crucifijo para que orase y se macerara, pues sólo de esta suerte podia cobrar las fuerzas perdidas en sus contínuas orgías. Aquel hombre desesperado, vestido de sayal, cubierto de ceniza, iluminado como los antiguos profetas por una vision celeste, enardecido por el amor á la pátria tan olvidada en su tiempo, dotado de una palabra dura como una maldicion y entrecortada como un

sollozo, sectario de aquellos monjes, verdadera democracia de la Iglesia, odiaba con toda su alma á los poderosos de la tierra; febrilmente sobreescitado siempre por el ayuno y la penitencia, soñador como todos los génios, pero dispuesto á modificar con su idea la vida real, embebecido en contemplar y en seguir la imitacion de Jesucristo, y por lo mismo, queriendo imponerla á todo un pueblo, odiaba todas las aristocracias, despreciaba la propiedad de todos los bienes de la tierra, se dolia del sensualismo en que estaba sumida la córte pontificia, anhelaba con ardiente sed la igualdad evangélica, y despertaba en el pueblo, que le seguia como sigue siempre á los tribunos, el amor á la libertad y hasta el deseo del sacrificio. Pero Savonarola podia modificar el espíritu moral y no podia modificar el espíritu político de Italia. Su palabra, encaminada á matar el ideal artístico, sólo despertaba un ideal religioso, cuando Italia habia menester un ideal político. A medida que los espíritus se iban tras la libertad ideal de Savonarola, los tiranos se apoderaban de la libertad política, corrompiendo los pueblos. Pero la ardiente palabra del monje era como la conciencia de Italia, que aguijoneaba á los perversos con eternos

remordimientos. Necesitaban, pues, ahogar la conciencia de su pueblo. Un dia en la plaza pública se encendió una hoguera, y en aquella hoguera fué arrojado el tribuno religioso, que, como Jesucristo en la cruz, levantaba entre el humo y las llamas, sin vacilar un instante y sin proferir un gemido, la sagrada mano para bendecir á sus verdugos. La profecía de Savonarola se cumplió. Italia fué crucificada. Las esculturas de aquel tiempo, que representan un hermoso Apolo griego tendido sobre la cruz latina, además de ser un símbolo religioso, evocan á los ojos del historiador una imágen verdadera de las desgracias de Italia.

La grande astucia de la clase media, la triste rota de los plebeyos, las contínuas intrigas de las mil córtes de pequeños régulos que pululaban en Italia, la guerra incesante, las persecuciones, la venganza, la presencia del extranjero, el antagonismo entre el emperador y el papa, todos estos elementos habian de tal suerte envenenado la desgraciada Italia, que todas las conciencias perdian absolutamente la idea del derecho, la nocion de la justicia. No podia haber derecho en aquellos pueblos vendidos por Roma, esclavizados por Ale-

mania, entregados siempre á la fuerza, desceñidos de todos los lazos de fraternidad, acostumbrados á las intrigas, á los envenenamientos, á los engaños de pequeñas córtes, descoyuntados en el potro del tormento, siempre con la cerviz puesta bajo la planta del extranjero, siempre acariciando esperanzas imposibles; pueblos artistas, generosos, grandes, que habian sido sepultados en el crímen, negra noche del alma, por sus injustos señores, atentos sólo á dominarlos y escarnecerlos: triste consecuencia de la esclavitud, que asi quebranta el cuerpo como oscurece el espíritu.

Entónces la revolucion de Italia llegó fatalmente á la época del vértigo, del terror, no en el espacio, sino en la conciencia, porque la verdadera revolucion italiana nunca descendió de la mente de los grandes pensadores al pueblo. El terror de la revolucion, el vértigo de la revolucion ideal con que habian soñado todos los grandes hijos de Italia, fué Maquiavelo. No ha habido una gran revolucion en el mundo, que no haya tenido su época de terror, época en que las nuevas ideas se abren paso, á traves de todos los obstáculos amontonados por los antiguos tiempos, época en que la vida produce una embriaguez, un vértigo. Ti-

berio fué el terror de la revolucion cesárea y plebeya contra la aristocracia romana; Atila, el terror de la revolucion germánica contra el mundo latino; Pedro el Cruel, Pedro IV de Aragon, Luis XI, el terror de la revolucion monárquica contra el feudalismo; Marat, el terror de la revolucion popular contra los reyes. Maquiavelo fué el terror de la conciencia, el terror en el espíritu. Vió que nada habia podido, para salvar la patria, el generoso y caballeresco imperio del Dante; nada la ideal república de Petrarca; nada el ardiente misticismo de Savonarola; nada la política del pontificado; y al contemplar su Italia amenazada en el Mediterráneo y en los Alpes; el imperio pisoteándola como si fuera un lagar de donde sólo se propusiese extraer vino para sus festiñes: los Médicis convirtiéndola en una propia factoría para su medro y particular engrandecimiento; los Bórgias jugando á los dados con las más preciosas ciudades y vertiendo el veneno por todo el cuerpo de la hermosa península, como víboras escondidas entre sus flores; los italianos convertidos en condottieros de todos los príncipes: en un vértigo de amor nacional, apeló á la infamia, á la apología del crímen, para salvar á su pátria; como aque-

llos arquitectos de la Edad media, que entregaban el alma al diablo para levantar una catedral magnífica á su Dios, Maquiavelo es la desesperacion de Italia, que no confia en la política del pontificado, la cual se sirvió de Carlo-Magno para arrojar á los lombardos, de los franceses para contener á los venecianos y á los españoles, de los suizos para arrojar á los franceses, y que nunca pudo salvar la Italia del vértigo de un alma que no encontrando salvacion en ningun medio humano, en vez de arrojarse como Savonarola en brazos de Dios, se arroja en brazos del crímen. Así sus máximas son abominables. Así os dirá que el fin justifica los medios; que la virtud es buena cuando es útil; que el bandido César Bórgia debe ser un ideal; que el simoniaco, el adúltero, el incestuoso Alejandro VI merece una sonrisa; que Agathocles fué cruel pero bueno, pues sus crueldades eran necesarias; que Rómulo procedió bien matando á Remo para fundar su monarquía; que Baglioni, tirano de Perusa, fué un torpe y un cobarde porque no asesinó á Julio II cuando le tenia en sus manos; que Ciro debió engañar para vencer; que Soderini es acreedor á la reprobacion de la historia por no haber esterminado en un solo

dia á todos los partidarios de los Médicis; que un pueblo debe segar todas las cabezas cuyas sombras empañen la igualdad: máximas horribles que han causado largos dias de luto á la Italia y han oscurecido sus hermosos horizontes. La libertad no necesita del puñal, ni del veneno, ni de los patíbulos. Su arma debe ser la justicia, como su fin es la justicia. Lo pueblos no han menester los crímenes como los tiranos. El que por defender la libertad ha manchado de sangre su blanca túnica, la ha herido más que sus perseguidores. El lodo que cae sobre las álas de la justicia, no la deja volar al cielo. El bien siempre, el bien como medio, el bien como fin, el bien como principio, debe ser nuestra divisa.

La muerte de Sócrates será siempre envidiable. ¿Quién envidiará la vida de sus verdugos? El pensamiento de Maquiavelo ha arrojado una negra sombra en el riente cielo de Italia. Todos han creido que la nacion artística, la gran nacion, ocultaba siempre en los pliegues de su manto un puñal, y en la copa de oro donde tenia la vida del espíritu un veneno. Muchos de sus hijos han acudido al asesinato para salvar su Italia, como si sobre el crímen pudiera levantarse nada grande,

nada sublime. La desesperacion de Maquiavelo fué la señal de la completa ruina de Italia. La gran nacion, que ántes agonizaba como la Julieta de Shakespeare, hermosa hasta en la muerte, desde este instante se corrompe é inficiona los aires. Detengámonos ántes de contemplar esta época más triste que las anteriormente contempladas. Lo único que nos consuela en este largo tormento, es pensar que á nosotros, hijos del siglo XIX, está reservado presenciar la resurreccion de Italia.

Marzo 24 de 1860.

EL DERECHO DE ASOCIACION.

Consagremos algun espacio á la exposicion y á la defensa de las ideas democráticas que vienen á resolver los problemas planteados por la civilizacion moderna. El fundamento de nuestra doctrina es el derecho, ley superior de la naturaleza humana. Y entre las varias manifestaciones del derecho, ninguna tan sagrada como el derecho de asociacion, en el cual se encarna todo nuestro espíritu. No lo olvidemos: la libertad es una, idéntica siempre á sí misma; sus manifestaciones no pueden separarse ni dividirse; pero ciertamente este principio de asociacion, que viene á unir los espíritus, á reparar en cuanto es posible la debilidad de nuestra naturaleza, será siempre una de

42329B

las bases más fuertes de una sociedad democrática. Examinémosla en su sentido filosófico y en sus varias manifestaciones.

El hombre no puede vivir solo; la inclemencia de los elementos, la debilidad de su naturaleza, serian parte á quebrantar ó destruir bien pronto su vida. Como Dios ha querido que realizára el hombre por sí mismo su vida, le ha mandado débil á la tierra, para que se debiese á sí desde el sustento hasta la vestidura que le resguarda de las asechanzas de la naturaleza. El animal puede vivir aislado, porque, como su vida tiene un sólo fin, y está organizado para este fin, fácilmente lo cumple en su limitada y reducida esfera. Mas la misma riqueza de su sér, la variedad de sus facultades, la trama de su existencia, el espacio inmenso abierto á su devoradora actividad, su inclinacion á subir de esfera en esfera hasta lo infinito y abrazar en sí lo limitado y contingente, obligan al hombre, si ha de cumplir todos los fines de su existencia, y de consiguiente realizar el bien, á unirse á sus semejantes, para encontrar en sus corazones amor que justifique y engrandezca su sentimiento, fuerzas que aumenten su voluntad, ideas que iluminen su alta inteligencia, condicio-

nes, medios con que realizar y cumplir toda su naturaleza.

La primera asociacion, la asociacion fundamental, es la que tiene por objeto realizar el derecho; la asociacion fundamental es el Estado. Pero el Estado no debe fundarse contra nuestra naturaleza, sino en nuestra naturaleza; no debe fundarse contra nuestro derecho, sino en nuestro derecho. Por consiguiente, el Estado debe respetar la libertad y la igualdad natural de todos los hombres, su pensamiento y su accion. Sólo concretándose á este fin, podrá el Estado vivir en armonía con la naturaleza humana y realizar su fin primordial, su fin único, el derecho.

Pero el derecho, en su sentido concreto, es sólo uno de los fines de la naturaleza humana, una de sus leyes. Y la naturaleza humana es rica, es vária, es múltiple en sus manifestaciones. El hombre es la armonía de la creacion, la síntesis de lo finito y de lo infinito, el lazo que une el cielo con la tierra, el sacerdote que levanta á Dios las mudas oraciones de todos los séres, el intérprete del pensamiento divino, el hermoso y sagrado santuario donde se une el espíritu y la naturaleza. Por lo mismo tiende á unirse á la naturaleza, á participar

de su fuerza, á fundirla nuevamente en el crisol de su pensamiento, á despojarla de abrojos y darle el aroma de su alma; y tiende tambien á espaciar su espíritu, inquieto, sediento de amor, ansioso de luz, en las regiones celestes y puras de lo absoluto, en el seno inmenso de ese mar sin riberas, de ese gran sér, que todo lo contiene y todo lo vivifica, de Dios. Por lo mismo, el Estado debe contribuir á que el hombre cumpla y realice su noble naturaleza física y moral. Mas para realizar en toda su variedad la ley de su naturaleza, el hombre necesita principalmente del derecho de asociacion. Pedimos, pues, el derecho de asociacion, las asociaciones del Estado; pero asociaciones que respeten la libertad del indivíduo y la autonomía de la sociedad; asociaciones que se funden, como se funda el Estado, en su base primordial y única, en la idea del derecho.

Hemos dicho que los fines del hombre son físicos y morales. Y estos fines los cumple el hombre por la asociacion, que completa la armonía de su sér. La primer tendencia del hombre es á extraer su vida por su trabajo del seno de la naturaleza. Por este medio, el hombre torna dulce y amorosa la dura tierra, le arranca la zizaña;

busca en su seno la fuente de la vida como el niño busca el pezon del pecho maternal; produce flores, frutos, nuevos séres, como ideas caidas de su mente, y desarrolla todas las fuerzas que el Creador encerró en la creacion. Mas este trabajo aislado seria un trabajo inútil. Por eso pedimos derecho de asociacion para los propietarios y los trabajadores del campo; derecho que podrá crear el crédito personal para el jornalero; derecho que podrá libertar al infeliz de la miseria; derecho que podrá realizar pacíficamente las reformas económicas que guarda el porvenir.

Mas el trabajo no es sólamente agrícola, es tambien industrial. La asociacion es necesaria, indispensable en este trabajo. Un hombre, por rico que sea, no puede por sí solo emprender grandes industrias. Reducido á sus fuerzas, su actividad chocaria á cada paso contra mil obstáculos. La explotacion de las minas, de los caminos de hierro, la fabricacion de todos los artefactos necesarios á la vida humana, exigen la concurrencia de muchos capitales. La asociacion, pues, será siempre una fuerza económica que centuplicará la fuerza del capital. Si es necesaria para el capitalista, no es ménos necesaria para el trabajador. La asocia-

cion tambien aumenta sus fuerzas, le dá independencia, le dá libertad; le evita ser esclavo del capitalista; le acorre en sus necesidades, en sus desgracias; impide que se muera de hambre cuando le falta el trabajo; le alivia si enferma; le sostiene contra los efectos de las perturbaciones económicas, y concluye así radicalmente con la dañosa explotacion del hombre por el hombre.

Pero el hombre no vive sólo en la naturaleza, si no que se eleva á otras regiones más puras y serenas. La idea de la hermosura es innata á su alma, porque el hombre es artista. Por medio del arte destruye las disonancias de su sér, y se une en suave armonía con lo creado y con Dios. Por medio del arte serena la tempestad de sus pasiones y abre su corazon y su conciencia á la luz, al rocío del cielo. Por medio del arte levantà una creacion espiritual sobre la creacion material; pero creacion viva, libre, hermosa como el alma. Para cumplir este fin de la naturaleza humana, los artistas deben tambien realizar el principio de asociacion, que es el gran principio de la fraternidad humana. Así, léjos de ser enemigos, léjos de ser entre sí rivales, conocerán que deben ser como un coro de ángeles suspendido sobre la tierra.

Vosotros, poetas, artistas, hijos privilegiados de la naturaleza, séres que Dios envia con un resplandor de su corona en la frente, con un eco de su palabra en los lábios; vosotros que llevais en vuestra mano una lira para endulzar todos los dolores, en vuestro corazon bálsamo para cerrar todas las heridas; vosotros, que sembrais de rosas este áspero, largo y trabajoso camino; vosotros, que nos descubris y nos enseñais desde léjos las riberas de nuestra pátria, que se oculta entre los árboles del firmamento; vosotros, que sois la armonía de todas las armonías; vosotros, no adormezcais á los tiranos, ni arrastreis vuestras blancas álas por el lodo del mundo; porque el génio, que es la libertad en su mayor grandeza, en su expresion más magnífica, debe vivir de sí mismo, y debe consagrarse á la santa causa de la humanidad y del progreso, y así alcanzareis vuestro gran destino, que es hermosear y engrandecer al hombre; destino que podeis cumplir asociados, porque de otra suerte sereis como ruiseñores perdidos en un desierto, regalando vuestros cánticos al vacío. Los hombres, pues, pueden y deben asociarse para emplear sus fuerzas físicas, y pueden y deben asociarse para realizar la idea de la

hermosura, dulce armonía de sus sentimientos.

Mas no es sólo el apropiarse la naturaleza física y el realizar el arte el destino todo del hombre. Pueden y deben unirse tambien los hombres para contribuir á la realizacion de su fin moral, ora con la predicacion, ora con el ejemplo, ora con la práctica de las buenas obras. La caridad individual, aunque arda en vehementes deseos de curar el mal, de socorrer al desgraciado, de amparar y consolar al afligido, poco alcanza; pero unidos todos los corazones en un mismo sentimiento, pueden realizar el bien, y cerrar muchas heridas y enjugar muchas lágrimas. Así como admitimos la asociacion de las fuerzas individuales para apropiar la naturaleza al hombre, y admitimos la asociacion de los sentimientos para extender y propagar el arte, admitimos la asociacion de las voluntades para cumplir y realizar el bien. El hombre puede realizar, ejercer sus fuerzas asociado al hombre, y realizar asociado la idea de la hermosura y la idea de la bondad en todas sus manifestaciones.

Pero la hermosura, la bondad, se completan con la verdad, tercer término de esta misteriosa trinidad, que el hombre lleva encerrada en su con-

ciencia. Para alcanzar la verdad y grabarla con mano fuerte en el espacio, el hombre necesita de la asociacion, sí, de la asociacion para aprender, de la asociacion para enseñar. Reunidas las inteligencias libremente, se dividen las esferas de la ciencia, penetran en todas ellas, y conservando la unidad armónica, tan necesaria para el conocimiento como para la vida, llegan á comprender y alcanzar ese fin sagrado de la ciencia, la verdad, y á repartirle entre los hombres, como el pan bendito del alma. Deseamos tambien las asociaciones científicas. En la asociacion industrial ejerce el hombre sus fuerzas; en la asociacion artística, realiza y completa su sensibilidad; en la asociacion moral, su voluntad; en la asociacion científica, su razon.

La idea de la hermosura, de la bondad, de la verdad, no viven abstractamente, sino en la sociedad, donde se realizan todas las grandes ideas. Por eso no debe oponerse la sociedad á las tendencias que el hombre tiene á influir en ella con su voluntad y su inteligencia. El hombre puede expresar libremente en asociacion los pensamientos y proyectos que tiendan á mejorar la condicion de los pueblos. En Inglaterra y en los Estados-

Unidos, las asociaciones políticas han realizado todas las reformas, que son el poder y la gloria de estos grandes paises. La palabra de Cobden abrió la isla nebulosa y oscura al amor de la humanidad. Un ciudadano desconocido, llamando á sí la atencion de los pueblos, abrió las puertas de los Estados-Unidos al comercio de todas las naciones. Hoy mismo por la asociacion se aproxima Inglaterra al sufragio universal y á la reforma administrativa, último golpe asestado á la frente de la nobleza; piedra que derribará al Goliat del feudalismo.

Pero el hombre no vive sólamente en la tierra: sus ideas, sus sentimientos se pierden, como la esencia de las flores, en el cielo. La verdad de la existencia de un Dios personal, infinito, eterno, la encuentra el hombre, lo mismo en las maravillas de su alma que en las maravillas de la naturaleza. Cuando presta oido á la armonía de los mundos, busca instintivamente, con los ojos arrasados de lágrimas, al gran artista que concierta las esferas y las inunda con los reflejos de su eterna luz. Cuando convierte su mirar á la tierra, ve en la tierra un templo, y en todos sus rumores, en el murmullo de las brisas y las olas, en el can-

to de las aves, en el susurro de los bosques, una eterna plegaria religiosa. Pero esa oracion, ese reconocimiento de Dios, todos los séres lo hacen sin conciencia, y sólo el hombre sabe y conoce que debe á su Creador sus ideas y sus sentimientos, y por eso el hombre sólo es el sér religioso de la creacion. Nosotros, pues, admitimos las asociaciones religiosas, porque admitimos que la sociedad debe cumplir todos los fines de la naturaleza humana.

Hemos concluido. Resumamos las ideas capitales. La libertad se divide en libertad de pensamiento y de accion. La primera se consagra principalmente en la imprenta; la segunda, en la asociacion. Toda asociacion debe ser libre, y como libre, debe fundarse en el derecho. Toda asociacion debe respetar al Estado y á la ley. La asociacion tiene por objeto realizar toda la naturaleza humana, abrir espacio á su desasosegada actividad. En las asociaciones agrícolas é industriales, el hombre derarrolla todas sus fuerzas; en las asociaciones artísticas, su imaginacion, su sensibilidad; en las asociaciones políticas, su voluntad, su derecho; en las asociaciones científicas, su inteligencia; en las asociaciones religiosas, su aspi-

racion á lo infinito; en la sociedad democrática, toda su rica naturaleza, sin sombras que la oculten, sin manchas que la empañen; su naturaleza, la obra predilecta del Creador. La asociacion es uno de los derechos que consagrará la democracia.

Febrero 26 de 1860.

LA GUERRA DE ÁFRICA.

I.

En el gran plan de la historia, cada pueblo cumple su fin providencial, como en el gran sistema de la naturaleza cada sér tiene su destino. Cuando los pueblos, despues de haber trabajado por largo espacio, han cumplido su obra providencial, se hunden para siempre en los abismos del tiempo. Los imperios de Oriente, despues de haber disciplinado las razas primitivas, se hundieron, y sobre sus esfinges, sus dioses y sus templos se extiende el desierto; Grecia arrojó al fondo de sus mares su cincel de artista que habia modelado al hombre; Roma vió fundirse su invencible espada en las hogueras encendidas por los bárbaros, y Alejandría y Constantinopla, que tegieron gran

parte de la trama de nuestra vida, son como inmensas ruinas que las nuevas ideas se van llevando en sus impetuosas corrientes. Cuando veais en uno de esos grandes y pasmosos desiertos, que son como el sepulcro de un pueblo, ruinas esparcidas, no pregunteis por la espada del conquistador que las ha hacinado; preguntad á la historia por el secreto de su destino y de su idea, y vereis que no mueren los pueblos sino despues de haber repartido su alma inmortal entre los hombres y haber dejado á las generaciones su vida, y que, cumplido su destino y realizada su idea, si desaparecen, es para abrir paso á nuevas generaciones, á nuevos pueblos, que vienen armados de otros instrumentos á continuar el gran templo de la civilizacion universal.

Los pueblos van trasmitiéndose de mano en mano la copa de la vida, y todos la llenan con sus lágrimas, con sus ideas, con la esencia misteriosa de sus almas. Sólo así, sólo considerando que todo sucede para el progreso de la humanidad, podríamos cruzar con ojos enjutos ese inmenso campo de batalla que se llama historia del mundo, y ver tantos héroes desgraciados, tantos génios heridos cuando abrian sus alas para volar

al cielo, tantos altares destrozados, tantas obras maravillosas del arte rotas, tantas civilizaciones hundidas, tantos mártires, tanta desolacion y universal ruina. Cuando vemos que cada siglo que pasa deja una estela en la conciencia, y cada pueblo que se hunde un suspiro de su alma en los aires, y cada génio un rayo de luz que disipa las tinieblas, y cada obra de arte una armonía que consuela los dolores, y cada civilizacion una nueva vida que las civilizaciones venideras recogen, comprendemos que la idea divina que precede como una estrella al largo viaje de la humanidad por el tiempo y el espacio, luce entre las mayores borrascas, y señala á cada pueblo la ruta por donde ha de llegar al cumplimiento de su ideal, á la realizacion de su destino; y así, ningun esfuerzo se pierde, ningun pensamiento se evapora, ningun sacrificio se esteriliza, y todo contribuye á las grandes armonías de la Providencia.

Por eso cuando un pueblo está llamado á grandes y maravillosos destinos, cuando le queda que cumplir alguna parte del ideal de la humanidad, aunque le cerquen todos los dolores, aunque se conjuren contra su existencia todas las tempestades del mundo, aunque pretendan aniquilarlo

todos los pueblos, se queda en pié, guardando solícito el fuego inextinguible de su idea para iluminar á los mismos que le persiguen y le atormentan. La idea de un pueblo es su vida, vida más real, más positiva, más grande que todos los tesoros y todos los dominios del mundo; porque la idea tiene más fuerza que las espadas, como que es el alma del alma. Y esta consideracion nos lleva como de la mano á explicar por qué nuestra pátria, la esforzada nacion española, todavía está sobre su pedestal con su lanza en la mano y su corona en la frente. La nacion española ha sufrido muchos dolores; ha pasado por grandes y dolorosas angustias; ha sostenido el inmenso peso de larga servidumbre, que hubiera agotado la vida de otro pueblo ménos grande; ha luchado al principiar el siglo por su independencia, y durante todo el siglo por su libertad; y á pesar de haber recorrido este largo calvario, donde ningun dia le ha faltado un nuevo dolor, una nueva angustia, no se ha rendido al peso de sus graves infortunios, porque la ley, que preside á la historia, la conserva para civilizar sus continentes, para llevar la libertad y la salud al espíritu de razas encorvadas baja el fatalismo, esa

estúpida negacion del hombre, para grabar la idea de justicia, de humanidad, de derecho en el fondo del África, y desbastar así un mundo sumido en la degradacion, á fin de que se extienda el espíritu de nuestro siglo por más extensos y dilatados horizontes.

Al recordar que este es el gran destino de nuestra pátria, el corazon se ensancha de orgullo y de alegría. ¿Quién no ama á la pátria? ¿Quién no siente derramarse por el corazon un fuego sagrado, cuando se trata de la honra de la nacion en que ha nacido? La pátria nos recuerda nuestra inocencia, nuestra cuna, las primeras dulces palabras que balbucearon los lábios, las primeras oraciones que desde el seno purísimo del alma se perdieron en el cielo, el primer amor que agitó nuestro corazon; la pátria nos ha dado de su misma tierra los átomos que componen nuestro cuerpo, de su mismo jugo la sangre que corre por nuestras venas, de su sol el calor de nuestra vida; la pátria nos une con los tiempos que ya no son, porque guarda amorosa las cenizas de nuestros padres y los recuerdos de nuestra historia; la pátria cobija todos los séres que amamos, y guarda todos los que lloramos; y unida á todos nuestros

recuerdos, identificada con nuestro mismo espíritu, siendo parte de nuestra misma vida, se aparece siempre, en todas ocasiones, á nuestros ojos como dulce y cariñosa madre. Por eso, todos los pueblos, en los supremos trances de su historia, cuando la pátria ha peligrado, han tenido héroes que la salvaron, mártires que murieron en su defensa. Compuesto el hombre de espíritu y naturaleza, como que es la síntesis suprema de la creacion, no puede nunca dejar de sentir que la tierra en que ha nacido es parte de su mismo sér, de su propia sustancia. Y las glorias de la pátria, y su explendor y su grandeza, dan al pensamiento ese libre vuelo, ese ardor, esa grandeza que no puede nacer del seno de una pátria envilecida.

Hace ya mucho tiempo que España padece un mal gravísimo. Creen sus hijos que esta nacion tan grande, ha perdido su pujanza, ha olvidado sus glorias. Creen que el peso de su cadena le ha quitado las fuerzas. Creen que, descendiendo de dia en dia, ha tocado ya en el último límite de la degradacion y de la miseria. Así es que de nuestra tribuna, de nuestra prensa, del fondo de nuestra literatura, se eleva un grito agudísimo de ese dolor, de esa desesperacion que aqueja á

los pueblos irremisiblemente perdidos; á los pueblos que no vislumbran una esperanza; á los pueblos, que gimen bajo el látigo de sus opresores, y que han perdido hasta el sagrado hogar de la pátria. Es necesario curar de raíz este mal, que quita sus álas al corazon, su vigor á la inteligencia. Vosotros, los que desconfiais de España, habeis olvidado que cuando en el mundo sólo habia esclavos, aún daban nuestras montañas hombres libres; habeis olvidado que cuando los bárbaros todo lo dominaban, España dominaba con su espíritu á los bárbaros; habeis olvidado que cuando el desierto vomitaba ardientes guerreros, más impetuosos que el huracan, España les atajaba el paso para que no extinguieran la civilizacion cristiana; habeis olvidado que cuando África se rehizo y amenazó al mundo entero, sólo España la detuvo, la confundió en las Navas de Tolosa; habeis olvidado que cuando la sociedad áun dormitaba al pié del castillo feudal, España se habia lanzado á los mares y habia descubierto un mundo á los ojos atónitos de Europa; habeis olvidado que en medio de nuestros reveses nos levantamos á ser el modelo de los pueblos; habeis olvidado, en fin, el grito de la guerra de la inde-

pendencia, que todavía se oye en los aires, las ruinas de Zaragoza y de Gerona, que aún humean la sangre de nuestros mártires, la lucha gigante por nuestra libertad, que aún hace vibrar la tierra bajo nuestras plantas; todos, todos esos milagros que llenan las páginas de la pátria historia.

La nacion española guarda ese carácter emprendedor, audaz, que nace del gran predominio que la fantasía tiene en todos sus hijos. Volved los ojos á todas las regiones de la tierra, y no encontrareis una donde el génio español no haya dejado su huella. El Mediodía de la Francia, recuerda la pujanza de nuestras legiones, que dejaron allí impreso el sello de la civilizacion española. Alemania fué en el siglo XVI arrebatada en las á las de fuego de nuestro génio. Hungría recuerda que eran caballeros españoles los que detenian á la media luna, cuando amenazaba esclavizarla como á Constantinopla. Polonia sabe que sólamente la voz de nuestra nacionalidad se levantaba á protextar cuando los déspotas se repartian, como una presa de caza, sus ensangrentados despojos. Italia, dice que Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, la misma Roma, bajaron mil veces su frente al ver ondear en los aires nuestras gloriosas banderas. Ate-

nas, Constantinopla, debieron al génio español tal vez un siglo de libertad fuera de los serrallos mahometanos. África, en sus costas del Atlántico y del Meditarráneo, guarda por do quier recuerdos de las glorias españolas. El Asia, el Asia misma, aún hoy presenta monumentos de nuestra grandeza y de nuestro poder. Y cuando las olas del inmenso Océano se entrechocan para besar un nuevo mundo, dicen que aquella creacion rasgó sus velos al conjuro del inmortal génio español. Así, por todas las risueñas costas del Mediterráneo, en el Bósforo, en el antiguo Ejeo, en las risueñas riberas donde dormia Cirene, como en las grandes costas del inmenso Océano, por do quier volvemos los ojos, encontramos, como los restos de un gran naufragio, recuerdos inmortales, monumentos imperecederos, pedazos del alma de la gran nacionalidad española. Y si esto es cierto, si más de treinta siglos significan que el carácter español es el más audaz y emprendedor de todo el mundo, ¿seremos tan menguados nosotros, los hijos del siglo XIX, que imaginemos haberse agotado ya aquel espíritu que recibimos de nuestros padres?

Y no sólamente tiene este carácter aventurero,

audaz; tiene tambien un carácter civilizador. Dios ha hecho á ciertos pueblos sensibles, artistas, de imaginacion viva y pensamientos elevados, prontos á la guerra y al sacrificio, capaces de iluminar una idea para más extenderla y prolongarla, con el fin de que sirvan para educar á los pueblos sumidos en las tinieblas, que poco á poco deben despertarse á la vida. Al Occidente del Asia, al principiar la historia antigua europea, se levantaban aquellas razas que recojian los oráculos del Oriente, los nombres de los dioses, los ecos de las artes, para trasmitirlos al Nuevo-Mundo, que se despertaba en Grecia. Y lo qne sucedió al principiar la historia antígua europea, sucedió al comenzar la historia moderna europea. Dios elevó en el último límite de Occidente un gran pueblo, el pueblo español. En la hora en que era más necesario su trabajo en la civilizacion universal, cayeron á sus piés todos sus enemigos, se juntaron bajo un mismo pabellon sus más ricos reinos, y pudo, fuerte y poderoso, lanzarse á las empresas más gigantescas que guarda la memoria de la humanidad. Era aquella época en que Dios habia dado al hombre la brújula para que dominara los mares, el telescopio para que explorase los cielos,

el renacimiento del mundo antiguo para que se identificara con todos los siglos, la imprenta, para eternizar su pensamiento, la conciencia de su propia libertad para que entrara en una nueva fase de su vida; y como todas estas ideas no cabian en los viejos continentes, se necesitó para la nueva humanidad un nuevo mundo, y surgió América. El destino de descubrirla, de civilizarla, de abrir su naturaleza al trabajo del hombre, y la conciencia de sus hijos á la idea de Dios, fué encomendado á España, que agotó en América sus fuerzas, su inteligencia, la vida de sus más preciadas generaciones, para producir una civilizacion cuya fuerza, cuya grandeza no podemos medir hoy, que esa civilizacion pasa por los grandes dolores propios de todas las revoluciones, pero que acaso esté destinada á resolver en una armonía los grandes antagonismos de razas y las grandes contradicciones de ideas que aún hoy atormentan á la sociedad y á la naturaleza.

Nuestra pátria tiene los dos grandes caracteres que se necesitan para emprender una guerra como la guerra de África; tiene esa fuerza, esa grandeza, esa tenacidad propia de los guerreros, que no cejan por ningun obstáculo, y tiene al mismo

tiempo el espíritu propagandista, que la hace muy propia para educar y enaltecer á un pueblo inculto, postrado en la humillante degradacion del fatalismo, que ha perdido con la idea de lo justo la nocion de la libertad y de la dignidad humana, sin las cuales no pueden existir los pueblos. Por su carácter guerrero, España se precipitará en la pelea con ese ardor, con ese entusiasmo, que es propio de sus hijos, y por su ardor y por su entusiasmo logrará una segura victoria. Y despues, cuando se hayan extendido sus fronteras por el África, cuando pueda ondear su pabellon sobre una de esas grandes ciudades que sometieron á nuestro dominio reyes como Cárlos V, no se llevará la estrecha mira de tener una ciudad más, sino que irá, con la perseverancia, que es su mayor blason, derramando la luz de sus ideas, de su civilizacion, el espíritu del cristianismo en esos pueblos esclavos, para que, levantándose de su abatimiento, adquieran con la idea de Dios la idea de la libertad del hombre, y puedan trabajar en la civilizacion universal, y en el cumplimiento de los altos fines de la Providencia.

¿Y no se oye hácia el Asia y hácia el África como el sordo ruido de pueblos que se mueven

para entrar en la gran escena de la vida? El pensamiento de nuestra civilizacion es tan vário y tan grande, que, como al comenzar la historia moderna, no cabe en los dos continentes civilizados, en Europa y América. El espíritu vuelve á remover los templos del Asia, y busca entre sus ruinas, no sus dioses de bronce y sus ídolos que ya han muerto, sino el hombre; sí, el hombre, artífice necesario de la gran obra, cuyo modelo está en el pensamiento de Dios. Bastante tiempo ha dormido el Asia sobre sus aras destrozadas; bastante tiempo ha tenido para engendrar nuevas razas. Es necesario que la madre de los dioses y de los hombres se levante, y con la voz de sus tempestades, con el murmullo de sus bosques sagrados, que aún conservan el aliento creador, nos diga á qué destino la llama la voz de Dios, que resuena en sus desiertos y en las cavernas de sus destrozados templos. Y lo que sucede en Asia, sucede en África. Esta region inmensa parece un geroglífico escrito sobre la tierra. El mundo ignora aún qué quieren esas razas que pasan por sus desiertos sin manifestar la lucha de una idea y sin dejar una débil huella. Y sin embargo, entre la historia primitiva y la historia clásica, se levan-

ta el Egipto, como entre la historia antigua y la historia de la Edad media se levantan los grandes califatos, cuya influencia es semejante en la vida moderna á la influencia del Egipto en la vida antigua. El África es un término medio en el desarrollo dialéctico de la idea humana, es el nexo que une las premisas de la civilizacion asiática con las conclusiones de la civilizacion europea. Hoy parece que esa region gigante se ha agotado, parece que ha ido descendiendo, como Cleópatra, las gradas de su tumba, para enterrarse con todas sus joyas, y que ha apagado la lámpara de su antigua idea para que ningun pueblo profane su cadáver ni conozca los misterios de su muerte. Y sin embargo, se siente como el rumor de nuevos pueblos que se levantan, como el anuncio de una nueva revolucion en su historia. Dios llama á esos pueblos á la vida; Dios quiera que no se pierdan ni sus esfuerzos ni su inteligencia. Mas si la inspiracion posee á los individuos, no posee á los pueblos. Los pueblos no pueden levantarse de súbito á la vida y á las grandes ideas; necesitan otros pueblos que los eduquen. ¿Quién llamará al Asia para que entre en la vida universal? ¿Quién llamará al África?

En los dos extremos de Europa hay dos naciones, que Dios impulsa á cumplir unos mismos destinos. Estas dos naciones son Rusia y España. Rusia, por su carácter oriental, por sus tradiciones, por los recuerdos del imperio bizantino, que le dió al morir su alma, por su espíritu de asimilacion, por el vigor de sus diversas razas, está llamada á unir, á condensar el alma de todos los pueblos dispersos en el Asia, que van perdiendo la memoria de sus antiguos dioses, y hasta la conciencia de sus propias fuerzas, y que, acaso en las grandes catástrofes venideras, en las grandes revoluciones que agitan y trastornan el mundo, sea necesario para encerrar el oloroso bálsamo de una nueva idea; porque Dios dá un nuevo cuerpo á la humanidad siempre que necesita darle un nuevo espíritu. Y si el destino de Rusia evidentemente es civilizar el Asia, el destino de España y Portugal, porque no podemos hablar de estos pueblos separadamente, es civilizar el África. España, por su carácter, por sus tradiciones, por su posicion geográfica, por su espíritu asimilador, por la idea que se cierne constantemente sobre toda su gran historia, por el recuerdo sagrado de sus padres, de sus héroes y de sus mártires,

debe civilizar ese país, donde el despotismo domina con todos sus horrores, y la esclavitud con todo su envilecimiento; donde el hombre duerme entregado al estúpido fatalismo, sin conciencia ninguna de su personalidad; donde se pierden y evaporan grandes torrentes de vida, que el Creador ha destinado para acrecentar las maravillas de la naturaleza y las ideas del espíritu; y si la nacion española no cumple este su destino, si se empeña en degradarse hasta el extremo de consentir esa afrenta siempre, su nombre será borrado del mapa de las naciones civilizadas, ó cuando ménos, será uno de esos pueblos que nada significan, que nada valen; pobres plantas parásitas, sin luz, sin vida propia, vegetando sobre el sepulcro de su historia.

Esta materia es de suyo tan vasta, que há menester de mayor espacio para su exámen. Lo remitiremos á otros artículos. En esta cuestion no hay, no puede haber partidos. Todos somos españoles. El amor á la pátria une todos nuestros corazones, identifica en una idea comun todas nuestras inteligencias. Al pensar en que se acerca el dia anhelado de concluir la obra comenzada por nuestros padres, se ensancha el corazon y se di-

lata el espíritu. Bajo nuestras plantas el polvo que alza el aire, es polvo de nuestros héroes, de nuestros mártires sacrificados en aras de tan gran causa. El espíritu gigante que animó todas las hazañas de nuestra historia, se despierta como para apoderarse del brazo de nuestras legiones y llevarlas á la victoria. Si cuando comencemos esa obra providencial; cuando vuelva á resonar el grito de nuestros héroes en las líbicas regiones; cuando volvamos á estrechar las ciudades que han sido nuestras desde luengos tiempos; cuando grabemos la idea de la civilizacion cristiana en los ardientes desiertos del África, podremos, inclinándonos sobre el sepulcro de nuestros mayores, decirles: «Dormid en paz; hemos concluido vuestra obra, y somos dignos de llamarnos vuestros hijos, porque hemos enaltecido á nuestra amada España.»

Setiembre 20 de 1859.

mismo que estimar en los astros las irregularidades que puedan tener en su órbita ántes que el curso eterno y sosegado que produce las concertadas armonías de las esferas. Y la verdad es que esos grandes pensamientos, encerrados en el fondo de una civilizacion, que toman mil transformaciones, pero que nunca mudan su esencia en la sucesion de los siglos, provienen de las leyes de la historia, que son tan inquebrantables como las leyes del espíritu, tan reales como las leyes de la naturaleza.

Y al abrir las páginas de la historia, y al registrar cualquiera de las grandes catástrofes que la humanidad ha sufrido, se siente el calor de la terrible guerra encendida entre dos razas; que es una guerra entre dos civilizaciones contrarias, entre dos ideas antitéticas. La forma que todo pensamiento tiene en la conciencia, tiene toda civilizacion en el espacio, como reflejo fiel que es del pensamiento. Y así como el pensamiento reviste la forma de una contradiccion, de una antinomia ántes de llegar á la armonía, á la síntesis, las civilizaciones se oponen, luchan hasta que suena la hora de su reconciliacion en un nuevo pensamiento. Y si algo hay manifiesto, clarísimo en la

historia universal, es el continuo combate entre la raza indo-europea y la raza semítica, que ha cubierto de cadáveres los desiertos, que ha enrojecido los rios más caudalosos del antiguo mundo, que ha iluminado con sus siniestras hogueras el camino de la humanidad por la tierra.

Allá, en la noche de los tiempos ásiáticos, se sienten crugir los palacios de Babilonia bajo las pisadas de los caballos persas que han sorprendido á los sátrapas en sus eternos festines; al principiar la historia europea, el griego maldice desde sus islas al fenicio que lleva en sus ligeras barcas el aliento del Asia al Occidente; al concluirse la historia griega, Alejando se levanta y vierte toda la ira de su alma sobre las ruinas de Tiro; cuando Roma combate por vez primera en los mares, combate á los semitas que se han levantado en Cartago; y los godos, que se asientan tras de la ruina del imperio romano en el Pirineo, vuelven á luchar con los semitas que entran por el Estrecho, y renuevan la guerra de los persas con los asirios, de los griegos con los fenicios, de los romanos con los cartagineses, desde Covadonga hasta Granada.

La raza semítica es una raza negativa, antité-

tica en la historia de la humanidad. Su carácter es un carácter puramente religioso. La idea de Dios único, tan uniforme como sus desiertos, llena toda su vida. El mundo es á sus ojos una obra que Dios ha arrojado con menosprecio en los infinitos y solitarios espacios. Así tienen horror á todo politeismo, á todo culto que pueda dar alguna exaltacion á la maldecida y sedienta naturaleza. Su carácter es intolerante; su fé es imperiosa y ciega. El espíritu de pueblo, de raza, ese espíritu universal tan propio de los indo-europeos, decae en los semitas, siendo reemplazado por un empedernido egoismo que aisla al hombre en su familia y á la familia en su serrallo. De vez en cuando aparece un profeta que habla en nombre de una pasion superior á los pueblos, y esa pasion los mueve, los agita como el viento mueve y agita las arenas de sus tristes playas. La voluntad desaparece bajo el peso del fatalismo, absurda negacion del hombre. A todos los hechos favorables ó adversos contesta: «Dios lo quiere,» olvidando ó desconociendo que la libertad es tambien de orígen divino. Y si en la esfera de las obras dice siempre: «Dios lo quiere,» en la esfera de las ideas dice: «Dios lo sabe,» y su ciencia,

cuando la ha tenido, léjos de poseer originalidad, ha sido como una reaccion de los elementos de la raza progresiva indo-europea sobre la inmóvil raza semítica. Su espíritu es refractario al progreso. Las generaciones se suceden, y nunca una nueva idea política amanece en su conciencia. Todos sus hijos están pagados del ideal primero de su raza, como esas piedras que se levantan inmóviles sobre los sepulcros. La poligamia les quita el amor, esa segunda vida, esa alma del alma; y la severa prohibicion de reproducir la naturaleza, les ha imposibilitado para aspirar á dos de las más bellas artes, á la pintura y á la escultura. La música y la poesía lírica, artes eminentemente subjetivas, son sus artes, y los cánticos que exhalan sus almas agobiadas bajo el peso del fatalismo, se parecen al gemido, al lamento del cautivo en su mazmorra. A pesar de esta esclavitud y servidumbre de su espíritu, cuando sus pasiones se encrespan, cuando se levantan en torbellino sus ideas, el semita difícilmente tasca el freno, resiste á toda obediencia, aguza su puñal contra el pecho de sus señores, y destruye cuanto toca en su ódio y en su venganza. Así su Dios es el Dios de las grandes vengan-

zas y de los grandes terrores. Todavía parece descubrirse aquel Dios de un profeta, airado, encendido en cólera, que baja de la montaña con la túnica remangada, teñido de sangre hasta las rodillas, encrespado el cabello por la ira, pisando á los pueblos como el vendimiador pisa en el lagar las uvas. Y de aquí, de esta idea pavorosa de Dios, nace en el semita aquella servidumbre cuando obedece, y aquella fiereza cuando se rebela. Y á pesar de los consejos del profeta y del espíritu vengativo del Coran, su indisciplina, su contínuo afan de rebeliones, le dá una inferioridad militar que seria inútil desconocer. Algunas gotas de sangre de esta raza semítica, intolerante, encorvada bajo el fatalismo, egoista, indócil al progreso, inmóvil como sus dogmas, sin sentimiento de su personalidad, llena de pasiones vengativas y atroces, sierva unas veces hasta caer en la última servidumbre, rebelde otras hasta tocar en los últimos excesos de la anarquía, se han mezclado con la sangre de aquellos antiguos mauritanos, terror, ya de Roma, ya de Cartago; de aquellos númidas feroces que, áun presos y rendidos, asustaban á los señores del mundo; de aquellos berberiscos que ensangrentaron los emi-

ratos españoles; de otros mil pueblos del interior del África, salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin nocion de justicia, dados al robo, recluidos en inmensas soledades ó en cavernosas grutas; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones; que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que aún vagan perdidos por los arenales, por las cordilleras, sin civilizacion alguna, á pesar de los civilizadores que desde Omar hasta Almamun han pasado por sus desiertos; y de este cruzamiento de pueblos distintos han nacido nuestros enemigos, que están llamando á voces una nueva raza más privilegiada que les lleve la luz de la civilizacion, el néctar precioso de la verdadera vida, y los levante por una educacion superior del fondo de la barbarie, á ser pueblos verdaderamente humanos capaces de libertad y de derecho.

La necesidad de civilizar á estos pueblos es evidente, y esta necesidad sólo puede ser satisfecha por la nacion española. Desde los primeros tiempos de la reconquista, el pensamiento de lavar con sangre africana la afrenta del Guadalete, flota sobre las banderas de nuestros ejércitos, sobre

la frente de nuestros héroes. Apenas Alfonso VI pone su planta vencedora en Toledo, cuando reta á uno de aquellos combates caballerescos de la Edad media á los Almoravides, que triunfaban en todas las ciudades árabes de la Península, con aquel primer esfuerzo de los africanos tan temible como el primer sacudimiento de un huracan. Apenas el bravo conquistador de Zaragoza huella los altos picos de Sierra-Morena, en aquellas inmortales correrías, en que su espada brillaba como el rayo de la guerra, cuando al sentir en su rostro las brisas de las playas andaluzas siente en su corazon el deseo de toda nuestra raza, el deseo de pasar al África á grabar allí la idea de nuestra civilizacion. Adelantan los tiempos, el África redobla su fecundidad, un nuevo profeta desciende, inspirado de la cima del Atlas, y con su palabra, más ardiente que el Simoun del desierto, llama á una nueva guerra santa á todas las razas africanas, que se aperciben á llevar sus victoriosas enseñas, espanto de mil pueblos, á Roma, á la cúspide del mundo cristiano, y cuando se mueven á cumplir su intento, el espíritu español se levanta, se transfigura, saca de sí uno de los grandes recursos, de que nunca ha carecido en sus amargos trances,

y obliga á morder el polvo á los incontrastables guerreros almohades en la inmortal batalla de las Navas, inmarcesible triunfo del cristianismo y de la amenazada civilizacion.

Desde este momento España se apresta á convertirse de invadida en invasora. Los reyes de Aragon no se contentan con haber arrojado de Valencia, de Mallorca, á los africanos, sino que pasan á sus mismas guaridas y llevan la guerra al seno del África, para mostrar que aquellos soldados, que humildes bajaban del Pirineo á reconquistar el pátrio suelo, ya han crecido hasta enseñorearse de sus antiguos señores. Díganlo si no Pedro III y Alfonso V.

Y lo que sucede en Aragon, sucede en Castilla. Conquistada Toledo, conquistada Cuenca, vencido el terrible paso de las sierras de Andalucía, redimida la córte de los califas, acorralada en sus montañas y desfiladeros Granada; cuando el rey Fernando III respira las balsámicas áuras de Sevilla, cuando liberta el Guadalquivir, le falta tiempo para aprestar una gran escuadra que pase el Estrecho y vaya al África á cortar en su orígen aquel gran rio de razas que, inundando de contínuo nuestras campiñas, amenazaba la obra sacro-

santa de la reconquista, llevada á cima á costa de la vida de nuestros más heróicos mártires. La muerte sorprende á Fernando III cuando estaba próximo á ver cumplido su deseo, y Alonso X, aquel varon clarísimo, tan conocedor de la ciencia y del movimiento civilizador de su siglo, nacido para mirar á las altas esferas de la política y no á las miserables pasiones qne hervian bajo sus plantas, hubiera cumplido su pensamiento, si sus hijos, si sus hermanos, si sus nobles, no le hubieran cortado el paso, precipitando á Castilla en amargas disensiones, que fueron ocasion de tristes desventuras. Sin embargo, un siglo más tarde, Alonso XI, rey más poderoso para vencer á sus enemigos que para vencerse á sí mismo, llama con el puño de su espada á las puertas del África, apenas vencidas las últimas tríbus invasoras en el maravilloso encuentro del Salado.

Desde este punto sucede el advenimiento de la casa bastarda al trono español, y con el advenimiento de la casa bastarda, la bastardía de nuestra política. Se olvida la idea de nuestra política interior, aquella idea que habia tenido en constante anhelo al pueblo, la idea de la humillacion de la nobleza; se olvida la idea de nuestra políti-

ca exterior, la idea de la expulsion de los moros y de la conquista de África. Pero amanecen dias más felices. Isabel I sube al trono, y no contenta con haber acallado á la nobleza, rendido á Portugal, impulsado la reconstitucion de la nacionalidad, reconquistado á Granada, y descubierto un Nuevo-Mundo en el ignorado Atlántico, al morir recomienda en su testamento á sus hijos la conquista de África. Cisneros, el génio más español de toda nuestra historia; que tenia todas nuestras prendas y todos nuestros defectos; enemigo irreconciliable de la nobleza; sincero amigo del pueblo; fiel á todas las ideas de la pátria; apasionado de todo lo grande; algo impetuoso, impetuosidad que rayaba en violencia; tan idóneo para amar como para aborrecer; fraile ascendido á las más altas dignidades, que habia conservado siempre el carácter eminentemente democrático de nuestras órdenes mendicantes; guerrero á la usanza de su tiempo, clava en los altos muros de Orán el sagrado signo de la cruz. Pero, desde este punto, los piratas mahometanos, léjos de cejar, infestan las riberas del Mediterráneo y traen amedrentadas á Génova y á Venecia y Barcelona. Cárlos V se ciñe sus armas y mar-

cha á África, y vence á Dragut y á Barbarroja, y se ciñe en Túnez uno de sus más preciados laureles. La empresa sigue, y sobre los muros de Túnez vuelve á dibujarse la figura de Cárlos I reproducida en aquel D. Juan de Austria, su hijo, que sumergió la media luna en las hirvientes aguas de Lepanto. Pero despues, nuestras fuerzas se disipan. Guerras en Francia, guerras en la Gran-Bretaña, guerras en Flandes, guerras en el Rosellon, guerras en la Valtelina, guerras en Alemania, guerras en Italia, guerras en todas partes, hacen que nuestro ánimo enflaquezca, que nuestro ejército se agote, pues si bien no faltan expediciones muy esforzadas contra África, como no tienen un propósito ni un fin firme, destruyen muros, queman escuadras, ciegan puertos, borran poblaciones enteras, inutilizan el comercio, castigan á muchos piratas, pero no dejan ninguna huella indeleble de nuestra idea, ningun recuerdo de nuestro génio. En los tiempos más cercanos á los nuestros ha habido tambien expediciones como la afortunada de Felipe V, y la desgraciadísima de Cárlos III.

Hemos concluido por hoy. El pensamiento de la guerra de África es un pensamiento nacional;

lo reclama la civilizacion, lo pide nuestra honra, lo exige el fin providencial á que Dios llama al África, lo impone como una vivísima necesidad toda nuestra historia. ¿Faltaremos á lo que de nosotros exige la pátria? No. España nunca se ha abatido, y en los más supremos instantes, cuando parecia próxima á perecer, ha mostrado un ardimiento que la ha hecho respetable á los ojos de todas las naciones.

Octubre 8 de 1859.

LA GUERRA DE ÁFRICA.

III.

Hemos sostenido que la guerra de África interesa á la civilizacion universal, que la guerra de África es una idea viva en toda nuestra historia. Hoy vamos á concluir recordando que la guerra de África es justa, es civilizadora, es patriótica, es providencial, es la base de nuestra restauracion en los consejos de Europa, es la ley fatal de nuestra posicion geográfica y de nuestro carácter histórico, es la fianza que debemos dar á los pueblos cuyas ideas representamos, de que tenemos fuerza bastante para sostener sus gloriosas enseñas, ánimo bastante para cumplir y realizar sus maravillosos destinos.

La guerra de África es justa. El africano ene-

tificado con su libertad y con su derecho, vá á la India; el francés que ha crecido entre las tempestades de sus revoluciones, vá á la Argelia; y todas las razas civilizadas que han crecido, van á llevar su idea, el alma de la civilizacion, á las razas dormidas, aletargadas en el seno de la naturaleza. Así lleva Dios el soplo de sus ideas, de gente en gente, de region en region, levantando á la vida, al derecho, á razas encorvadas bajo el peso del fatalismo. Y hoy, en que la civilizacion ha creado tanto, en que la libertad ha llevado su benéfico influjo á las razas del continente europeo, la nueva idea que se cierne sobre todos los hechos de la historia necesita nuevos espacios, y es preciso, indispensable, desbastar el África, extender por sus desiertos nuestro espíritu, modelar para el bien aquellas razas, á fin de levantar en ese país privilegiado que el Mediterráneo y el Atlántico besan, que los griegos creian fuente de su primitiva civilizacion, que la iglesia cristiana contaba entre sus paises predilectos, que Alejandro eligió para fundar la ciudad que debia ser el lecho imperial del Oriente y de Europa, en aquel país hermosísimo, un santuario digno del hombre, para que deje de ser una vil generacion de esclavos.

Y esta es una cuestion tambien de patriotismo. Dios no ha separado á España del África sino por un pequeño Estrecho, que parece cantar la union de los dos continentes. Desde los tiempos del imperio romano, España formaba un solo país con una gran porcion del África. Cuando vinieron los bárbaros, juntos caimos, juntos lloramos la insaciable crueldad de Genserico. La primitiva Iglesia española se unia en sus grandes persecuciones con la primitiva Iglesia africana, y nuestros mártires eran adorados en aquel sublime altar donde San Agustin ofrecia á Dios el incienso de sus pensamientos. Nuestro suelo es parecido al suelo del África. Aquí crece el olivo; aquí el azahar perfuma los aires; aquí, entre las piedras, nace el nopal africano; aquí la orgullosa palmera, trasplantada por Abderraman el Grande, ostenta su copa oriental en los claros horizontes inundados por un sol abrasador, como el sol de los desiertos. En nuestra misma literatura se ve que el orientalismo africano es una planta expontánea, natural de nuestro suelo. Antes que vinieran los árabes, ya habia brotado el génio ardoroso del África con Lucano en Roma. Despues que los árabes se alejaron, el génio oriental, derramado en Sevilla, en

Córdoba y en Granada, inspiró, al gran poeta, al pueblo, sus romances moriscos. Las razas del Norte serán en África eternamente extranjeras; pero el hijo del desierto verá en la tez morena, en los ojos negros y centellantes del heróico soldado español, los rasgos de un hermano. Las demás razas podrán conquistar al África, como los ingleses han conquistado la India, como los franceses han conquistado la Argelia, por el esterminio, nosotros podemos conquistar el África por la asimilacion de la raza. Por eso todos nuestros grandes repúblicos han pensado en la guerra de África. Fernando III murió aprestando una escuadra; el legado que Isabel I dejó á sus hijos fué la guerra de África; Cisneros, Cárlos V, Pedro Navarro, D. Juan de Austria, todos nuestros más esforzados guerreros, nuestros más atrevidos marinos, han recogido en África las hojas más bellas de la corona de sus glorias; y en esta empresa, el génio de Portugal ha sido como nuestro génio, porque en los arenales del África murió D. Sebastian y fueron heridos sus ejércitos, para manifestar que hay un sólo espíritu y un sólo pensamiento en toda la raza ibera.

Esta guerra de Africa es necesaria para la li-

bertad de los mares. Mientras esas razas bárbaras posean puertos tan importantes en el Atlántico y en el Mediterráneo, será imposible, de toda imposibilidad, que aquellos mares no estén amenazados de contínuas piraterías. Aún no están léjos los tiempos en que nuestras costas eran inseguras, en que el pirata berberisco bajaba á arrancar á nuestros campesinos y á nuestros marineros del fondo de sus cabañas. El porvenir del mundo exige que cada raza ocupe su puesto y cumpla su destino, y el puesto de centinela avanzado de la civilizacion en el África le toca al eterno guerrero que ha derramado su sangre desde Covadonga hasta Lepanto, sin darse punto de reposo y sin desmayar en su empresa, al heróico pueblo español. De otra suerte, ¿qué vá á ser de nosotros? Los pueblos que no cumplen una mision civilizadora, pronto desaparecen, pronto son esclavos de otros pueblos. El África no puede continuar como está, y de consiguiente, algun pueblo europeo se ha de posesionar de sus más importantes puertos. Entonces, colocada una gran potencia en Tánger, las puertas de España se cierran para los españoles, el Estrecho de Gibraltar viene á estar á merced de los extraños, nosotros tendremos á nuestros ene-

migos dentro de nuestros mismos mares, á la puerta de nuestro propio hogar, y no podremos respirar libremente, confiada como estará nuestra custodia á los que pueden mirar con recelo nuestro engrandecimiento. Imagínese que ese pueblo es el pueblo inglés. Pues bien: el pueblo inglés en Lisboa, en Tánger, en Gibraltar, es el dueño de nuestros destinos, y tendrá el pié puesto siempre sobre nuestra frente. Imaginaos que ese pueblo es el pueblo francés. Pues bien: el pueblo francés en Oran, en Argel, en Túnez, en Tetuan, en Tánger, nos cerca, nos oprime, amenaza las islas Baleares y nuestros puertos del Mediterráneo, y nos deja sin espacio donde extender nuestra alma, sin razas á que llevar el fuego de nuestras ideas. Estos pueblos sacarán del Norte de África los productos que hoy vienen á buscar á nuestros puertos, y nuestra agricultura, falta de mercados, se enflaquecerá y decaerá hasta el último extremo del enflaquecimiento y de la decadencia. La cuestion de África es una cuestion de vida ó muerte para nuestro porvenir, para el porvenir de esta heróica raza española, que tantos rasgos de su génio ha llevado á la historia universal.

No lo olvidemos, pues; no lo olvidemos. Nues-

tros reyes absolutos emprendieron guerras desastrosas, y apartaron la corriente de nuestra vida de su verdadero cáuce. Si aquellas guerras sangrientas y costosas sostenidas en Italia, en Flandes, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en Portugal, hubieran sido sostenidas en África, la nacion española no hubiera bajado hasta el punto de infundir á las demás naciones la idea de que era posible su desmembramiento y reparticion entre los déspotas. Dios no ha querido que España sea la Polonia del Mediodía, porque Dios la necesita como para formar la trama de la vida europea. Para todas nuestras grandes empresas, debemos tener como preliminar nuestras victorias en África. ¿Con qué derecho iríamos á decirle á Portugal «sé nuestro hermano», si le convidábamos á comer el amargo pan de la deshonra amasado con nuestras lágrimas? ¿Con qué derecho iríamos á decir á nuestros hermanos de América que contáran con nuestro auxilio en todos sus amargos trances, si les enseñábamos herida nuestra frente, rota en las manos nuestra espada? Las naciones que quieren ser poderosas, que quieren ser grandes, necesitan mostrar sus timbres á los demás pueblos. Sólo así podrá España levantar su

voz en el consejo de las naciones; sólo así podrá cumplir los destinos á que la llama la Providencia.

En esta cuestion no hay fracciones, no hay partidos, no hay más que españoles. Amamos á la pátria que nos dá la vida, como amamos á la madre que nos dió el sér. La sangre que corre por nuestras venas es la sávia de su tierra; siempre el nombre de la pátria está impreso en el corazon, siempre fijo en la mente. Unámonos en una idea, trabajemos todos de consuno, y la raza ibera, que dutuvo las irrupciones de los pueblos bárbaros, que salvó la civilizacion europa en la Edad media, ofreciéndose en los campos de batalla como eterno holocausto, que civilizó un nuevo mundo, que dobló el cabo de las tormentas para llevar el espíritu europeo al Oriente, que hundió en Lepanto la feroz soberbia de los turcos, que llegó con la enseña de la cruz hasta Constantinopla, hasta Atenas, volverá á seguir la carrera de sus glorias, y realizará su inmortal destino.

Octubre 14 de 1859.

LA GUERRA DE ÁFRICA

Y ABNEGACION DE LA DEMOCRACIA.

La guerra de Marruecos está ya declarada. Despues de tantos años de postracion, en que España ha devorado en silencio las injurias de sus eternos enemigos, se alza transfigurada á blandir aquella temida lanza que venció á los bárbaros en Calatañazor, en las Navas, en Algeciras y en Lepanto. Ahora ya no se debe preguntar si la guerra es oportuna ó conveniente; ahora el soldado debe batirse, el artista apercibir su buril y su cincel para grabar en el espacio las glorias de la pátria, el poeta imitar á Tirteo en sus cantos, el sacerdote orar en el fondo del santuario, el escritor cortar su pluma para excitar á la pelea á nuestros soldados, el propietario ofrecer sus ahor-

ros para la guerra, la débil mujer hacer hilas y bálsamos para las heridas de nuestros mártires, los inocentes niños deben balbucear ya los nombres de nuestros antiguos héroes que elevan el espíritu, y todos hallarnos apercibidos para dar al mundo, como en todas las grandes ocasiones la historia, uno de esos ejemplos de abnegacion que obligan á los extraños á pronunciar siempre con respeto el nombre inmortal de nuestra pátria.

Dios, que ha señalado al mundo y al hombre la ley del progreso, quiso que entre la raza española y la raza que se extiende por los arenales del África haya una eterna guerra, á fin de que la más fuerte y más civilizada, eleve, levante á la que se deje caer desfallecida en brazos de la inmoralidad y de la esclavitud que enflaquecen y degradan á los pueblos. Nosotros, desde el dia terrible en que sufrimos la afrenta del Guadalete, alentados por nuestra desesperacion y nuestro heroismo, hemos ido creciendo hasta barrer del suelo español los señores que lo habian profanado, y mientras nuestros eternos enemigos se encerraban forzosamente en el árido seno de sus desiertos, nosotros descubríamos un nuevo mundo en los mares, llevábamos nuestras enseñas á Constantinopla, á Gre-

cia, á los umbrales del Ásia, sojuzgábamos Italia y Flandes, sosteníamos el lábaro de la civilizacion universal en Lepanto, humillábamos la media luna en el Norte de Europa, descubríamos en la India, por medio de los navegantes portugueses, los tesoros de una civilizacion ignorada, derramábamos las aguas del bautismo cristiano en los archipiélagos de Canarias y Filipinas, atemorizábamos á los piratas del Mediterráneo, les rompiamos sus naves, les arrancábamos sus forzados, y poníamos la cruz sobre los muros de Orán y de Túnez, comenzando la obra de la civilizacion del África, que es nuestro porvenir y nuestro destino. Esta obra presentida por San Fernando, preparada por D. Alonso X, iniciada por Pedro III de Aragon y Alonso XI de Castilla, que llamaron ya á las puertas del África, idealizada por el último pensamiento de Isabel la Católica, proseguida por Cisneros, por Cárlos V, por D. Juan de Austria, por Pedro Navarro, por el duque de Osuna, por Felipe V, por Cárlos III, interrumpida durante la agonía del absolutismo, debe coronarse ahora con el espíritu del siglo XIX, que lo inunda todo con sus explendorosos reflejos, y que ha engrandecido desmedidamente á nuestra pátria.

Pero no es nuestro ánimo hoy hablar de la guerra de África: vamos á hablar de la conducta de la democracia, de su sensatez en tan extraordinarias circunstancias; nuevo mentís que este partido arroja á la frente de los que le creen irreflexivo y presa de ardientes pasiones. Nosotros, personalmente, y como partido, nada ganamos con la guerra de África. En primer lugar, nuestros enemigos, los que dispersaron á nuestros representantes, los que produjeron una reaccion violenta para ahogar nuestras ideas, los que abrieron el camino á los infinitos males que traia consigo un absolutismo vergonzoso y vergonzante, son los destinados á realizar un pensamiento acariciado siempre por la democracia, un pensamiento que ha flotado sobre todos nuestros discursos y sobre todos nuestros artículos, un pensamiento que nosotros creíamos sólo propio del pueblo emancipado, un pensamiento audaz, que era el sueño de toda nuestra vida; y se llevan así la gloria de cumplir el destino de la pátria, de reanudar el roto hilo de la historia, de escribir con la punta de sus espadas en los campos abrasados del África una nueva página del poema inmortal de nuestra vida. Pero como ántes que todo estimamos la honra de la

patria, el porvenir de este pueblo tan caro, olvidamos la historia del hombre que realiza esta gran obra, y le aplaudimos, y le acompañamos con nuestros fervientes votos, y deseamos que recoja abundantes laureles, y lloraríamos con lágrimas de sangre una rota que viniese á desconcertar sus planes militares, porque hemos hecho todos los sacrificios posibles en el altar sagrado de la pátria.

No se nos ocultan los males que á nuestro interés pueden traer los triunfos en África. Sabemos que el general O'Donnell, si vuelve vencedor, vuelve con el prestigio inmenso que en los pueblos meridionales lleva consigo el heroismo, y que ese prestigio lo ha de aprovechar en nuestro daño; sabemos que su política, que nosotros aborrecemos, se ha de afirmar, si cabe en lo posible que se afirme; pero arrostramos por todo cuando se se trata de la salvacion de la pátria. Acostumbrados desde niños á vivir unidos á la tierra en que vimos la primera luz, como el alma está unida al cuerpo; orgullosos siempre de sus glorias, de sus proezas; habiendo seguido con los ojos del alma el camino de la raza española sembrado de cruentos sacrificios, hemos cobrado un amor tan profundo, tan vivo á la pátria, que le consa-

gramos todos nuestros pensamientos, la invocamos como un número divino en todas nuestras empresas, trabajamos, aunque oscura y humildemente, por su gloria, y nos pareceria dulce el sacrificio de la vida por su salvacion, porque lo hemos aprendido así en el ejemplo de nuestros inmortales progenitores, que han empapado con su sangre la tierra entera, para alcanzar el engrandecimiento de su amada España.

Sabe la democracia tambien, porque no puede ocultársele, que la guerra trae forzosamente consigo el predominio militar; que el predominio militar es contrario á la razon y al derecho, porque el sable suele cortar de raíz la ley; sabe que el ejército, si vuelve vencedor, será más dueño aún de nuestro destino que lo ha sido por desgracia hasta hoy; sabe que el ejército alimenta preocupaciones graves contra la democracia; y á pesar de esto, quiere la guerra, porque, amante de la pátria, quiere que ya que debemos tener ejército, lo tengamos ornado con los resplandores de una gloria ganada sobre los enemigos de nuestra raza, gloria que eleve el nombre español en todas las naciones de la tierra.

No se nos oculta que de una ocasion tan gran-

de puede salir más fuerte este sistema doctrinario, cuya agonía estamos presenciando, y que los restos gastados de las sociedades antiguas que se lleva en su corriente inmensa el gran rio de los tiempos, pueden levantarse, creyendo que van á vivir mucho tiempo al calor de la gloria; pero seguimos saludando la guerra de África, porque en ella vemos el despertar de España.

Si hay algun beneficio personal que recoger de esa guerra, lo recogerán nuestros enemigos, porque nosotros pocos ó ningun amigo tenemos en el ejército. Pero no importa. Aborrecemos por instinto el criterio de utilidad. Todos los inconvenientes que puede tener la guerra, se compensan sobradamente con lo grande y maravilloso de la idea, con los beneficios que va á reportar la civilizacion, con la gloria de nuestras banderas, con el progreso de nuestra pátria, con los anchos y dilatadísimos horizontes que se van á abrir á este inquieto génio español, que no ha sabido vivir sino como el águila, en las alturas y entre el fragor de las tempestades.

Sabemos que á esa conquista no se han de llevar nuestras ideas, que no se han de abrir sus puertos á la absoluta libertad de comercio, que no

se han de levantar hogares para todas las razas de la tierra, que no se han de realizar los principios de justicia y de derecho que venimos tanto tiempo predicando; pero queremos la guerra, porque anhelamos que se asienten las primeras piedras de ese edificio magestuoso, que han de coronar con sus grandes ideas los venideros siglos.

Ahora, atreveos á insultarnos de nuevo, atreveos á poner ni por un instante en duda nuestro patriotismo. Un partido que así procede, que ningun interés personal ni mezquino libra en la guerra, que la ama por puro patriotismo, bien merece el láuro de ser considerado como uno de los partidos más disciplinados, más sensatos, pues ostenta el ardor de la juventud unido á la madurez que dá siempre la experiencia. Nosotros podemos levantar la voz más alta que todos nuestros enemigos en esta gran ocasion. Nosotros no buscamos en la guerra de África ni una hora más de poder, ni nuevas huestes para nuestro partido, ni glorias para nuestros jefes; no, buscamos la honra y la gloria del nombre español, la extension de nuestra patria por sus fronteras naturales, el brillo de la idea civilizadora en el África, la redencion de vigorosas razas dormidas en la esclavitud del fa-

talismo, la obra de la cultura de un mundo que necesita que el cincel de una raza artística é inteligente lo desbaste, para que broten las abundosas fuentes de vida que en su seno encierra; motivos todos igualmente puros, igualmente dignos de un partido que ha unido en su bandera el nombre de la pátria al nombre del derecho.

Ahora sólo nos resta dirigirnos á nuestros soldados, á nuestros ejércitos, y saludarlos en nombre de la pátria. Un campo inmenso está abierto á su valor, á su heroismo. Se van á renovar aquellas empresas que son el gran trabajo de las generaciones en lo presente, pero tambien su gloria en lo porvenir. La audacia ha sido siempre el rasgo distintivo de nuestro carácter; la fé en nuestro destino, la principal virtud de nuestros héroes. Esa audacia nos llevó al Oriente á sostener un imperio que se desplomaba á impulsos de su propio peso; y á los últimos límites de Occidente en pos de un mundo que no conocíamos, y por un camino que no habia hollado ningun barco europeo. La nacion española ha tenido exceso de vida, ha sido siempre en los campos de batalla pródiga de su sangre: hoy debe pensar que no emprende una guerra de exterminio, sino de asi-

milacion; que vá á llevar la vida, y no la muerte y el ódio; que ha de pasar por aquellas abrasadas regiones, no como una tromba asoladora, sino como una de esas benéficas nubes que derraman el rocío del cielo; que su ministerio allí no es de un dia, ni de un instante, sino de siempre, porque nuestra pátria está destinada á ser la maestra del África. ¡Admirémonos delante de la grandeza de nuestros destinos! ¿Qué hubiera sido del mundo sin esta España que el mundo ha vilipendiado por su grandeza? El fatalismo musulman emponzoñaría aún los jardines de Italia y del Mediodía de la Francia, como emponzoña las deliciosas riberas del Bósforo; el Mediterráneo seria un lago turco encerrado en un inmenso serrallo; los altares de Roma, serian pesebres de los caballos del desierto, porque sin Calatañazor, donde fué vencido el imperio de los Abderramanes; sin las Navas, donde fueron vencidas las razas de los almohades; sin Lepanto, donde fué rota la omnipotencia marítima de los turcos, Europa toda seria lo que es hoy Constantinopla, y la media luna brillaria sobre las cúpulas de nuestras iglesias, y nosotros llevaríamos en la frente la marca que Grecia se ha lavado

con sangre, la marca de los esclavos. Concluyamos nuestra obra, despertemos en el corazon de los hijos del desierto el sentimiento borrado de su propia libertad, infundámosle el espíritu de nuestro siglo; salvemos, salvemos al África como hemos salvado de la barbarie á la Europa. Esta es una obra de titanes, pero digna de la grandeza de nuestra historia y del generoso aliento de nuestro pueblo.

Octubre 26 de 1859.

LA CUESTION DE ITALIA.

El mundo vuelve hoy su atencion á Italia, pronta á levantarse de su abatimiento, y á sacudir el yugo de sus opresores. La agitacion que hoy reina en Italia y que trae conturbados los ánimos, es una prueba de que el mundo no puede alcanzar la anhelada paz, mientras quede viva una violacion del derecho. Mientras el indivíduo no viva segun la ley divina de su naturaleza; mientras las naciones no se muevan en su órbita natural y propia, correrá perenne ese manantial de disturbios y desórdenes, que suele anegar en sus turbias corrientes la dicha de los pueblos. Libertad pedimos para los hombres, independencia para las naciones, consagracion de la justicia

y del derecho, no sólamente por ese amor á lo justo, innato en todo pecho, sino tambien por deseo de que concluyan las contínuas tempestades que azotan las espaldas de los hijos del siglo XIX, como para obligarlos por fuerza á ir acercándose á la tierra prometida que les reserva la Providencia. Hoy, en el momento en que escribimos estas líneas, el anuncio de la tempestad se siente, se ve en los horizontes cargados de negras nubes, que en su seno traen el rayo que ha de herir á los tiranos, á los que sueñan todavía con poderes y privilegios, que Dios ha condenado en la inflexible ley de la historia.

Italia no puede sufrir por más tiempo su triste suerte. Esparcidos sus hijos, errantes sus más preclaros génios, descoyuntados los miembros de esa nacion generosa en la rueda de un contínuo tormento, quiere demostrar al mundo que no ha perdido en la esclavitud el amor á la libertad, ni la esperanza de conseguir su triunfo. Es en verdad muy triste que sea un crímen para el italiano haber nacido en Italia; que no pueda ver el hombre de corazon entero su pátria, porque un italiano valeroso es una amenaza para sus señores; que el cielo de la más hermosa region de la

peninsula esté cubierto con el velo de la bandera austriaca; que los soldados extranjeros huellen indiferentes la tierra donde yacen los antíguos héroes y profanen sus cenizas; que un gran crímen haya sido consagrado como un derecho, y que la nacion generosa y hermosísima que enseñó á todas las naciones las primeras ideas de libertad y de justicia, sufra el baldon de negra servidumbre. Mientras esa injusticia esté viva en el mundo; mientras ese remordimiento agite la conciencia de la humanidad, no hay, lo repetimos, no puede haber esperanza de paz, porque la perturbacion en las leyes de la sociedad, como la perturbacion en las leyes de la naturaleza, ha de traer la confusion y el desórden.

Prescindiendo de estas consideraciones generales, y concretando más la cuestion, si no puede durar la esclavitud de Italia, no puede durar tampoco el poder de Austria, peligro vivo siempre para Europa. El imperio de Austria, inmensa aglomeracion de Estados que se caen como las piedras de un torreon ruinoso; gigante que toca con su cabeza en los hielos del Norte y hunde sus piés en las flores de Italia y en las algas del Adriático; cárcel de muchos pueblos genero-

sos como Hungría, como Polonia; el imperio de Austria, como todas las asociaciones que no se fundan en las eternas bases del derecho, vive de la desgracia de muchas naciones, y no puede existir sino atormentando á Italia, prostituyendo más y más á Turquía, amenazando al Piamonte, sosteniendo con sus cansadas manos el absolutismo en Nápoles y Roma, arrastrándose á un mismo tiempo como inmensa serpiente á los piés de Rusia y de Francia, porque una sola flecha lanzada al más pequeño de sus Estados quebrantaria su injusto predominio en Europa. Y sin embargo, Austria, faltando á su antigua prudencia diplomática, ha atraido sobre su frente el rayo amenazador de las iras funestas de poderosísimas naciones. Cuando las olas de la revolucion jugaban con su corona, y sumergian en lo profundo su poder, el brazo de Rusia fué su salvacion. Y cuando Rusia, en guerra con el Occidente de Europa, necesitaba del auxilio de Austria, este imperio egoista dejó á sus salvadores entregados á su triste suerte, y sólo se curó de su propia conservacion y resguardo. Rusia, que no puede olvidar esta gran traicion, ha escrito en su escudo la terrible palabra que puede ser una sentencia

de muerte para el Austria, la palabra venganza. Y la venganza de Rusia será terrible; porque en el dia en que los horizontes se oscurezcan, y la tempestad se desencadene, y el fuego del cielo caiga sobre las cenizas de los poderes que han violado el derecho, Rusia, que no puede temer la revolucion, dejará al imperio de Austria abandonado á su soledad y á sus tormentos. Entonces en Hungría se oirá el grito de libertad repetido de montaña en montaña; entonces, en la cima de los Apeninos y de los Alpes, arderá el fuego de la libertad italiana, y al eco de aquellos cánticos, y al resplandor de estos fulgores, el imperio de Austria, cuyos piés son de barro como los piés de la antigua estátua bíblica, vendrá á tierra con estrépito; y de sus ruinas ensangrentadas nacerán grandes y poderosas naciones. Al morir, el imperio austriaco invocará á la Rusia, y Rusia contestará á sus lamentos con despreciativo silencio.

¿Y en quién puede confiar entónces? Por ventura, ¿puede confiar en Francia? De ninguna suerte. Francia es enemiga de Austria. El antiguo ódio entre la raza latina y la raza germana está representado en la historia moderna por

Austria y Francia. En toda la Edad media, el trabajo titánico de Francia fué disputar la tutela del pontificado al sacro imperio germánico. En el siglo décimo sesto y décimo sétimo, Francia derramó torrentes de sangre para humillar al Austria y cortar las alas á su soberbia águila. La revolucion, que proclamaba la ruina de todos los antiguos poderes, derramó su electricidad sobre la corona del imperio austriaco. Napoleon apénas cogió el hacha de la destruccion, la asestó á la encina del sacro imperio; y como César destruia los árboles druicos que aposentaban los antiguos mágicos dioses, Napoleon destruia ese árbol del imperio á cuya sombra reposaban todas las viejas instituciones de la Edad media. En Austria, en Viena se firmó en 1815 la deshonra de Francia. Austria fué la nacion más amenazada por las corrientes revolucionarias de 1848. Y Austria es hoy mismo el espectro que se dibuja en la conciencia del imperio. Si Napoleon III no fuera tan débil, no hubiera consentido que Austria le escupiera al rostro. Sí, la política del Austria, desde el tratado de París, ha sido una humillacion para Napoleon, una gran vergüenza para Francia. El tratado de París aseguró la li-

bertad de la navegacion del Danubio; y Austria, valiéndose de pérfidos engaños, ha hecho ilusoria esa libertad, imposible esa gran conquista de la guerra. El tratado de París aseguró la unidad de las provincias danubianas, y las preparó para su futura emancipacion; y Austria, soplando en Turquía el vano viento de la soberbia, ha hecho esa libertad imposible y ha derramado la copa de la discordia sobre esas desgraciadas naciones que llevan en su frente el signo de la religion cristiana, y que anhelan romper las cadenas de su pesada servidumbre, como las rompió la heróica Grecia. El tratado de París, aunque tímidamente, prometia algun alivio á Italia, y Austria ha remachado sus pesadas cadenas. El tratado de París prometia aliviar el absolutismo teocrático que pesa sobre Roma, y Austria ha sellado con un nuevo sello el sepulcro de un gran pueblo. Austria se ha burlado de Rusia y de Francia y de Inglaterra, y ahora tiembla, porque ve que tarde ó temprano llega en la historia su hora á las grandes injusticias, pues la providencia de Dios nunca abandona al mundo.

La hora de Austria ha sonado en el relój de los tiempos. Una corriente eléctrica sacude á Ita-

lia; la voz de libertad puebla los aires; sus mártires hablan desde el seno de sus abandonados sepulcros; el corazon del pueblo late á impulsos del amor á la independencia; desde las ciudades hasta las campiñas, desde los montes hasta los valles, desde los palacios hasta las cabañas se siente una agitacion febril, como si el alma de Italia, renaciendo de sus cenizas, volviera á penetrar de nuevo en el corazon de sus hijos para encenderlos en santo deseo de ser libres, de levantar el ara de la pátria donde ardia el fuego de la inspiracion y de la vida, el ara de la pátria profanada y rota por los bárbaros. La independencia de todos los pueblos es grande, es justa: pero cuando ese pueblo es Italia, es más grande, es más justa todavía. Todos los que en el mundo aman el arte, la elocuencia, la música, la poesía, la pintura, todos aman á Italia. El más grande y más profundo de los poetas alemanes, decia en sus últimos dias, que solo un beso del sol de Italia podia abrir de nuevo la flor ya marchita de su vida. La palabra de Ciceron tan armónica y viva, es la palabra de Italia; el aroma de los versos de Virgilio, es el aroma de los campos de Italia; la gran alma apasionada y vívida de Dante, es el

alma de Italia; el gemido y el amor de Petrarca, es el gemido y el amor de Italia; los colores de Rafael, son los reflejos del cielo y de la luz de Italia; el canto de Rossini, de Donizzetti y de Bellini, es la voz plañidera de la dulce Italia; sí, porque Italia es la musa de la historia moderna; porque Italia en su lecho de cenizas, martirizada, herida, moribunda como el ruiseñor aprisionado, encierra como para su consuelo el secreto de su vida, la esencia de su alma, su inspiracion y su génio.

Por lo mismo que esta causa es justa, por lo mismo que la suerte de Italia interesa tanto á la humanidad, no deben malógrarse sus esfuerzos. Italia debe confiar siempre en sus propias fuerzas; debe recordar que la ha perdido siempre poner su libertad y su derecho en manos de extranjeros. Si se entrega á Francia, es muy fácil que Francia le pida á Nápoles y la sujete á un yugo más duro que el yugo de Austria. Si se entrega á Inglaterra, es fácil que Inglaterra, en cambio de su auxilio, pida la Sicilia, y asiente así incontrastablemente su tiranía en el Mediterráneo. Cuando de la independencia nacional se trata, parece que hasta las piedras se levantan por sí solas con-

tra los enemigos de la pátria. Veinte y cuatro millones de italianos devorarán siempre que quieran á cien mil austriacos. El hombre que pelea por la libertad, vale por cien esclavos que pelean por la tiranía. Cuando el corazon ama la libertad la prefiere á la vida. Y es imposible que un pueblo, cuando quiere ser libre, cuando desea ser independiente, no logre su libertad y su independencia, porque las fuerzas de un pueblo no se acaban, la vida de un pueblo no se agota. El ejemplo de España es un eterno ideal para los pueblos que deseen ser libres. Aquí no habia espacio que no estuviera ocupado por los franceses, por los soldados aguerridos en Egipto y en Italia, y esta nacion desapercibida, sin fuerzas, sin ejército, sin muros, sin reyes, sin jefes, venció, porque la voluntad de un pueblo es omnipotente, y más cuando el pueblo está decidido á morir ántes que ver profanado su hogar y rotas sus leyes. El primer deseo de Italia debe ser de independencia, de conseguir su autonomía como nacion. El italiano ántes que todo debe ser italiano, su vida debe ser para la pátria, su amor para la independencia. ¡Qué felicidad tan grande para esta generacion recibir una Italia desmayada, abati-

da, rota, sin personalidad, sin vida, profanada por el extranjero, y devolver á sus hijos la Italia independiente, libre, resguardada por los Apeninos y los Alpes, extendiendo las orlas de su manto por el Mediterráneo, realizando el sueño de todos sus poetas desde Dante hasta Leopardi; el ideal de todos sus repúblicos desde Villani hasta Hugo Fóscolo; el deseo de todos sus héroes desde Rienzi hasta Manin. Sí, Italia debe ser libre, porque lo pide la justicia; Italia será libre porque lo desean sus pueblos. Siente ya vergüenza por su esclavitud, y va á romper sus cadenas. El grito de Italia encontrará eco en todos los corazones generosos, en todos los pueblos, como encontró eco el grito de Grecia, en cuyas áras fueron á morir poetas como Byron, que, burlándose de la fé divina no pudo, sin embargo, perder nunca la fé en la libertad de los pueblos. Nosotros creemos que este movimiento de Italia, esta agitacion que se siente, este anhelo de libertad, demostrará una vez más al mundo, que mientras no se realicen nuestras nobles aspiraciones, mientras no entre cada indivíduo en la órbita de su derecho y cada nacion en el goce de la libertad, no podrá haber la paz que todos

anhelamos; porque siempre los esclavos forcejearán para romper sus cadenas, y siempre la injusticia nublará los horizontes. Conquisten pues, su libertad los pueblos oprimidos, no haya un esclavo en Europa, y entónces empezará el reinado de la justicia sobre la tierra.

Enero 14 de 1859.

CARÁCTER DEMOCRÁTICO

DE NUESTRA PATRIA.

No hemos nacido ayer; contamos altísimas tradiciones; si en la razon tenemos puesta nuestra esperanza, en los recuerdos históricos tenemos puesta nuestra gloria. No hay nada más ageno á razon que creernos, por demócratas, desasidos de la cadena gloriosa de nuestras sublimes tradiciones, desamparados del espíritu de nuestros padres, cuando en las épocas más gloriosas de nuestra vida nacional ha sido la democracia amparo de la libertad y salvacion de la independencia. El carácter distintivo de este gran pueblo, destronado de su simpar poderío, es la democracia, que le alza en su vida histórica sobre todos los pueblos

de la tierra. No venimos, pues, á borrar nuestro carácter nacional, sino á purificarlo; ni á destruir nuestras glorias, sino á ponerlas al servicio de la razon; ni á profanar el sepulcro de nuestros padres, sino á recibir el inmortal aliento de su espíritu.

Registrando nuestra pátria histórica, échase de ver que somos por tradicion demócratas; el municipio, nacido del pueblo, alzado como inexpugnable castillo para refrenar á los enemigos de la pátria, armado de sus milicias que le hacian temible á los nobles; las Córtes, en que el brazo popular tenia tanta preponderancia, que inclinaba á su lado la balanza del poder, como dueño de negar ó conceder los tributos; el rey mismo, que llevado de intereses propios, se unia al pueblo, sosteniéndole en sus combates, ayudándole en su emancipacion; el carácter nacional de tal suerte avenido con la igualdad, qúe Alonso VIII declaraba tan buenos á los hombres de los consejos como á los hidalgos de los castillos, y D. Alonso X, decia que la propia virtud y no la heredada nobleza, eran títulos de valía en Castilla, son ejemplos de vária índole, pero de igual elocuencia, que enseñan á estimar, como el carácter dis-

tintivo de la nacion española, el sentimiento democrático.

Ponemos particular empeño en este punto, porque nos duele oir que nuestras doctrinas, si nacionales, no se avienen con el carácter español, cuando nuestras ciencias, artes é instituciones, nuestra gloriosísima historia, dicen que no hay pueblo más preparado para recibir la igualdad democrática, ni más apto para ceñirse la corona de sus derechos, ni más digno de ser libre, ni que cuente más levantadas y gloriosas tradiciones. No somos nosotros de los que creen que el tiempo todo lo consagra y ensalza; pero sí creemos que debe buscarse aquella forma de gobierno que más se armonice con nuestra verdad social, que es la democracia.

Aun parece que remontándonos en espíritu á los antiguos tiempos, vemos á los pueblos reunidos en consejos para designar á sus gobernadores municipales, que los sostenian contra los desafueros de la nobleza, y los guiaban á la guerra, desplegando el pendon de la villa, en que todos ponian sus ojos; aun descubrimos al través de los tiempos á los ancianos, queridos y respetados de todos, siendo la encarnacion de la justicia, armo-

nizando las voluntades, dirimiendo las contiendas, dando á cada uno su derecho; aun nos gozamos en recordar aquellos valerosos y esforzados monarcas, que jamás daban tregua á su ardor por ganar palmo á palmo el pátrio suelo, doblando su cerviz ante la autoridad popular de las Córtes.

Bien es verdad que en aquellos tiempos apenas alcanzaba la conciencia la nocion del derecho, pues lo ponia, ora en la fuerza, ora en la tiranía del derecho, ora en el territorio, errores nacidos de lo poco en que el hombre estimaba su personalidad, fuente de justicia y de ciencia; pero tambien es verdad que el pueblo, como alma de las patrias libertades, como fuerza incontrastable en la guerra, se habia levantado á una dignidad tal, que tenia sus fueros escritos en su corazon y apercibida siempre su lanza para defenderlos. Pero no paraba aquí su autoridad, sino que las ciudades, poniendo empeño en concertar sus derechos, reunieron por mútuo consentimiento, sin dependencia de ninguna otra autoridad, sus hermandades, en que pactaban defenderse y apoyarse mútuamente contra todo intento encaminado á robarles sus libertades. Así, en el último gran dia de nuestra libertad, cuando una familia extraña, to-

mando posesion del trono español, amenguó las libertades del pueblo, todas las ciudades reunen sus fuerzas, despliegan sus banderas al grito de Toledo, que las llama á la pelea.

El feudalismo en Castilla ni es tan duro ni es tan tenaz como en otras regiones de Europa. El señor feudal, posesor de todos los derechos, teniendo por trono una eminente altura, de donde se lanzaba sobre el pueblo como el águila sobre su presa; moviendo guerra, segun su grado, por el placer de oir el rumor de las armas y gozarse en la muerte, en el reflejo de los incendios, en la ruina de las aldeas, tendidas como esclavas á su planta; horrible tirano, cuya personificacion más alta es Beltran del Bornio, gigantesca figura iluminada en su crueldad por la imaginacion del Dante con el fuego del infierno; el señor feudal no podia ganarse tantos duraderos privilegios aquí, donde el municipio tenia aquellas gloriosísimas milicias que brillaron victoriosas en las Navas, y aquellos inmensos campos, donde caian para siempre las oprobiosas cadenas de los siervos.

El pueblo, aunque fraccionalmente, porque en la Edad media no es dable encontrar la unidad en

el derecho, tenia en sus manos las llaves del poder, con la facultad de conceder ó negar los tributos. La democracia, para organizar hoy una Asamblea, pediria inspiraciones á la historia española. El procurador era un mandatario del pueblo, no irresponsable, como en nuestros Parlamentos; no daba leyes, las recibia; no se libertaba de la responsabilidad con seguir su propio consejo, sino que se veia forzado á seguir el consejo del pueblo; en los casos no previstos en el mandato, no se decidia por sí solo; en los previstos, consultaba siempre sus dudas; y cuando espiraba el destino que se le habia encomendado, entregaba sus actos al juicio del pueblo, apercibiéndose á doblar su frente al fallo de su justicia. Los reyes se convinieron en no echar servicios ni pechos que no fuesen otorgados por las Córtes. De aquí nació, como consecuencia lógica, que las ciudades y villas no exentas de pechar como las clases privilegiadas, se apoderasen del poder, menguando los fueros de sus enemigos, y tiñendo con los colores de sus derechos el pabellon castellano, y formando así como la naturaleza de nuestra sociedad. Hé aquí, pues, cómo por una série de instituciones populares, que si sufre transforma-

ciones dañosas, no se pierde hasta que la espada de Cárlos V quiebra la áurea lámpara donde ardia nuestra libertad; la democracia, en cuanto era posible, tenia realidad, pero realidad innegable, en nuestra hermosa pátria.

Dia tremendo fué aquel, negro y lluvioso dia de la derrota de Villalar, en que Padilla, ostentando en una mano la morada bandera, y en la otra la toledana espada, se abria, abandonado ya de los suyos, paso entre las apiñadas huestes de los próceres, al grito de ¡Santiago y libertad! corriendo desalado en pos de gloriosa muerte, por no ver eclipsadas las glorias nacionales, en aquella tristísima ocasion tan adversa para España, que hasta el cielo lloraba la suerte de nuestras venerandas libertades.

Aquella guerra muestra la alteza del elemento democrático en España; pues fué necesario que se coaligaran reyes y nobles para hundirle en el polvo, y al herirlo, no hirieron á una clase, ni á una liga, hirieron á la pátria. Desde aquel punto España, que habia encontrado en los espacios un nuevo mundo tan hermoso y radiante como la creacion al despertarse á la vida, y que habia hollado con victoriosa planta el Capitolio, humillan-

do á todos sus rivales, decayó de suerte, que no parecia sino que al perder la libertad perdió la vida.

Pero más tarde, todos los elementos aristocráticos desaparecieron, devorados por la monarquía absoluta. El dia en que el pueblo se despertó, al sonar el cañon de Napoleon, alcanzó un triunfo incondicional, pues no tenia clases que pudiesen disputárselo; triunfo consignado en la Constitucion de 1812. Para nadie puede ser ya dudoso que en España sólo queda un elemento vivo, lleno de vigor, que es como el gran Oceano, donde todas las clases han llevado sus tributos y todas las ideas los tesoros de su vida.

Y este carácter democrático que nos distingue, no puede ser borrado, porque si la democracia fué en otros tiempos sentimiento, nocion, algo parecida á la fé ciega, á inquieta esperanza, hoy, despues del largo y portentoso trabajo de las revoluciones, la democracia es ya la razon viva, que destruye todo cuanto la lógica inflexible de la Providencia condena á segura muerte, y abre las fuentes de la vida al pueblo.

Nuestro gran trabajo consiste, pues, en aprovechar todos estos elementos, para poner en ar-

monía la forma política con la verdad social, y conseguir así que cesen las perturbaciones producidas por ideas agenas á nuestro carácter nacional.

Estos sentimientos, innatos al corazon español, no se pueden perder en el vacío. Han nacido con nosotros, y son el timbre más bello de la pátria. Ellos hicieron que cuando el vencedor de Arcole se creia dueño del mundo, nuestro pueblo lo desafiase, hiriéndole en la frente; y cuando pareció falto de vida, olvidado de sus venerandas libertades, se levantase transfigurado, despidiendo los resplandores de la libertad. La dignidad, pues, propia de nuestro altivo carácter, hará imposible que España bese las plantas de ningun tirano. España está destinada á ser nacion civilizadora. Dios nos señala con su dedo inmortal esas hermosísimas costas del África, donde levantaron el pabellon español coronado con los laureles de la victoria Cisneros y Cárlos V.

Vean, pues, los que nos creen contrarios á las tradiciones patrias, como todo cuanto hay vivo en el corazon del pueblo español, sus tradiciones más gloriosas, sus más venerandas costumbres, sus leyes é instituciones, están animadas por el

espíritu de la democracia. Con ella y por ella constituyeron una poderosísima nacionalidad; con ella crearon el espíritu nacional; cuando reyes desatentados quisieron ahogarla, ahogaron al par á la pátria; cuando la nacion se despertó á la independencia, la democracia se levantó con ella, y peleó en Zaragoza y en Madrid, y escribió un Código en Cádiz.

La democracia, pues, vive como sentimiento en toda nuestra historia. Nosotros, que no menospreciamos lo pasado, que nos creemos contemporáneos de todas las edades por la tradicion; unos con toda la humanidad por la inteligencia; que creemos á las ideas sujetas á condiciones sin las cuales no pueden vivir; no renegaremos jamás de nuestros antepasados; porque muchos de los bienes que hoy allegamos, los debemos á sus trabajos, y porque las ideas, si incondicionales en la conciencia, no pueden ménos de tomar el matiz de la nacionalidad donde amanecen; y por eso decimos que la democracia española tiene en su pró la razon y la historia.

Setiembre 25 de 1859.

CUESTION DE ITALIA.

Europa nos ofrece hoy un espectáculo tal, que el ánimo, asombrado, no acierta á distinguir el hilo misterioso que enlaza los acontecimientos, ni á mirar la idea capital que se halla en el fondo de nuestro siglo. Francia continúa de rodillas á los piés de su César; Alemania oscila entre las ideas de unidad y democracia que representan allí todos los grandes innovadores y los muertos recuerdos de la Edad media, que personifica el Austria; Inglaterra cela el Canal de la Mancha y teme que la idea del bloqueo continental reaparezca en Europa; Prusia y Rusia se unen, creyendo representar las más nobles aspiraciones de dos razas, augusta la una por sus recuerdos, la otra por sus

esperanzas; Turquía agoniza, mientras sus antiguos esclavos se incorporan en su lecho; la abatida España se levanta y empuña la brillante espada de sus padres que parecia enmohecida; el último velo que cubria á la Isis de la historia antigua, á la China, se rasga; las piedras del Istmo de Suez sienten la herida del martillo de la industria, que va á unir en lazo más apretado Europa y Asia; y en medio de todo, un movimiento general, superior á las voluntades frágiles y aisladas de los individuos, arrastra á los pueblos hácia el ideal sagrado de sus libertades y de sus derechos.

Entre tantas y tan varias cuestiones, no hay ninguna que llame tan vivamente á sí el ánimo de los pueblos como la cuestion de Italia. Ese país desdichadísimo es como una segunda pátria de los espíritus esclarecidos de Europa. El jurisconsulto recuerda que en las escuelas de Italia aprendió las primeras nociones del derecho, el mundo feudal; el poeta siente que el raudal de su inspiracion viene de Italia, y todos los que aman la verdad, el bien ó la hermosura, creen deber algun gran sentimiento, alguna idea, á esa pátria del génio, estátua herida por el rayo del cielo, y mutilada por el impío martillo de los bárbaros. Europa

entera se halla identificada por un lazo fortísimo á la Italia. Unida por el Norte á las razas germánicas, unida á la Francia por la Saboya, levantada en el centro del Mediterráneo, sus sacudimientos agitan á Europa, sus dolores conmueven á todos los pueblos. Como despues de haber llevado sus armas á todo el mundo, ha sufrido la irrupcion de todas las razas empeñadas en ser ungidas por sus manos, conserva restos de la soberanía de todos los pueblos, reliquias de sus glorias. Por consiguiente, al ver á la nacion que ha dado tan grandes ideas á la ciencia, tan sublimes inspiraciones al arte, con su cincel en la mano y el fuego del génio sobre su espíritu inmenso é inagotable, esclava de los bárbaros, rodeada de sus grandes y hermosas hijas, de Venecia, de Florencia, de Verona, todas heridas, todas moribundas, y todas cantando en medio de su agonía, como los coros de ninfas de los pueblos paganos; al verla tan grande y tan desgraciada, el ánimo dolorido la saluda, se postra en su presencia, é invoca al cielo para que socorra á la nacion que más ha hermoseado con sus pinceles, su lira y su cincel de artista, la tierra y el hombre.

Un dia pudieron creer los que miran superfi-

cialmente los hechos, que Italia iba á ser libre. La Francia, esclava tambien y tambien humillada, habló en su favor, y la voz de Francia resonó como un cántico de esperanza y aun de triunfo en toda Europa. Los batallones franceses pasaron los Alpes, surcaron los mares, y corrieron en defensa de Italia, entonando el himno de la revolucion. Los pueblos esclavos rompieron sus cadenas, arrojaron á sus carceleros, é irguiéronse para pelear por lo que el hombre ama sobre todo en el mundo, por la pátria. Un grito de entusiasmo resonó desde Cadiz hasta San Petersburgo, porque íbamos á presenciar un gran espectáculo, la redencion de un pueblo. Dios bendijo las armas que peleaban por el derecho. Francia é Italia solo contaron victorias. Pero en medio de esta carrera victoriosa, el dueño de Francia se detiene, medita un instante, quiebra en su rodilla la espada de Solferino y de Magenta, retrocede espantado de sí mismo, firma una paz deshonrosa, y vuelve á Francia, porque en medio del campo de batalla, entre los rojizos vapores de la sangre allí vertida, vió deslizarse la sombra de la libertad, que hablaba por su ancha herida, y le pedia cuenta de la fatal noche del 2 de Diciembre..

¿A qué habia ido Napoleon á Italia? Aparentemente á salvarla; en realidad, á tocar en el corazon de un enemigo poderoso. Napoleon es hijo de la revolucion; el nombre de un soldado que en brazos del pueblo subió al trono de Carlo-Magno, es su única égida, su único derecho, su única gloria. Napoleon el Grande, entre las tempestades revolucionarias que llevaba en sus manos, buscaba un rayo del pálido sol de las antiguas tradiciones, que oscilaba ya sobre su ocaso. Por eso, en vez de ser el soldado de la libertad, fué el restaurador de las monarquías, que se desplomaban al oir tan sólo el rumor de sus legiones, y por eso buscó una alianza con el Austria. Napoleon III, con ménos medios que Napoleon el Grande, ha buscado lo mismo en Italia; una fuerte alianza con Austria, una autocracia desmedida, como él la finge allá en sus dorados sueños, sobre toda la raza latina. Por eso fué á Italia; por eso peleó en los campos de batalla; por eso sublevó con la voz de libertad á los pueblos, mostrando una vez más á los que se deslumbran con falsas promesas, que es imposible, absolutamente imposible, que la libertad y la justicia vengan nunca á la tierra de las manos de los que la

han ahogado en mares de sangre. Napoleon ha ido á Italia, ha derramado torrentes de sangre, ha cubierto de cadáveres sus caminos, y Venecia todavía es un cadáver tendido en las lagunas, y Verona aún sufre el látigo del Austria, y Milan ve su independencia amenazada siempre, y Florencia se resiste á caer á los piés de sus antiguos señores, y Bolonia ve desplomarse el altar de sus libertades, y Roma aún está bajo el yugo del absolutismo, y Nápoles aún es como una inmensa cárcel, y la unidad de Italia es un sueño, y la autonomía de Italia es una mentira, porque la fuerza, sólamente la fuerza, se apresta á romper las tablas de sus derechos, que habia Italia recogido del polvo así que pudo sacudir su pesada servidumbre.

Y si esto ha hecho Napoleon, ¿qué ha hecho la casa de Saboya? Nunca se ha encontrado rey alguno en momentos tan solemnes y tan grandes como los que ha tenido la vida del rey de Saboya. Él personificaba la causa más grande que ha agitado á Europa en el presente siglo. Los pueblos oprimidos le saludaban desde el oscuro seno de sus calabozos. La Europa liberal le sostenia y le alentaba en la santa empresa de libertar á un pue-

blo. La democracia europea olvidaba que Víctor Manuel era rey, apresurándose á inscribirse en sus banderas. Los generales de la revolucion le llevaban sus espadas, rayos de la guerra, y la electricidad del amor de los pueblos. Italia entera le aclamaba por su salvador, le enviaba sus lanzas para el combate, sus grandes Tirteos para que lo enardeciesen con sus cánticos en la pelea. La escuela revolucionaria se resignaba, con tal que fuese Italia libre, á que la causa constitucional le arrancara de las manos una de sus más grandiosas enseñas. ¿Qué le faltaba? Tenia la revolucion á sus piés, el ideal de la justicia flotando sobre su frente, la espada de Italia en sus manos, cien pueblos á su alrededor, el derecho por timbre de su escudo, el amor de la pátria por premio de su empresa, el resplandor de una gloria sin igual por corona, la satisfaccion de la propia conciencia en lo presente, y en lo porvenir los aplausos de la historia. ¿Qué le faltaba? Le faltaba sentir más su fuerza, tener aliento para salvar á un pueblo, fiar ménos en Luis Napoleon, fiar más en Italia. Para Víctor Manuel nada vale el derecho de los pueblos que le aclaman rey; nada vale la justicia de la causa de Italia; nada la fuerza de millares

de hombres que aperciben sus armas para la pelea; nada el voto solemne y legítimo de Asambleas que unánimemente han creido ver en él la unidad de Italia; nada la abnegacion heróica de aquella democracia, que ha seguido su bandera sólo por ver en ella un dulce reflejo de la pátria; nada ese movimiento uniforme de todos los pueblos italianos; y á la conservacion de una corona, sobre la cual vuela amenazadora la negra águila de dos cabezas, ha sacrificado lo que no puede, lo que no debe sacrificarse nunca, la independencia de la pátria. Y ¿qué va á conservar Víctor Manuel? Los soldados austriacos se pasearán sobre los muros de Verona; Venecia gemirá, y sus hijos andarán dispersos por Europa devorando la amarguras del destierro; Florencia volverá á caer bajo sus antiguos señores, que la atormentarán cruelmente; Módena será un eslabon más de la cadena que pesa sobre Italia; el Papa herirá con sus rayos á los soldados de la independencia; Nápoles forjará armas para Austria; Napoleon dejará abandonado el Piamonte á su triste suerte, y su vida será la vida del leon encerrado en una jaula, cuando con solo querer se hubiera ceñido la corona más expléndida de Europa.

¿A quién hà temido en este trance? Ha temido al Austria, que no tiene aliados, que está desangrada, que no sostendrá ahora una guerra, porque sus arcas se hallan exhaustas y sus esperanzas agotadas. Ha temido á Luis Napoleon, que si fué poderoso para arrancar la Lombardía de las garras de Austria, no es poderoso para devolvérsela, porque las armas de sus mismos soldados se volverian contra su pecho. Ha temido tal vez la confederacion de Nápoles, de Roma, de los paises reaccionarios de Italia, que no tienen fuerza bastante para sostener la revolucion que hierve en sus entrañas. Ha temido lo que no era temible, y ha despreciado lo que no era respetable. Ha despreciado las invencibles espadas de Fanti y de Garibaldi, que le abrian el camino á la unidad hoy posible de Italia; los esfuerzos de una gran sociedad, que en un instante le ofrece cien mil hombres y cien millones de francos; el movimiento á la unidad que como una corriente eléctrica magnetiza hoy á la gran península. El que pronuncie con ánimo de sostenerlas, tres palabras, tendrá en sus manos la suerte de Italia. La primer palabra es la palabra independencia, que interesa á Venecia; la segunda es la palabra libertad, que

interesa á Roma y Nápoles; la tercera es la palabra unidad, que interesa á toda Italia. Victor Manuel no pronuncia hoy esas tres palabras? Pues no lo dude, mañana, sí, mañana será tarde.

¡Qué suerte tan triste la suerte de Italia! Cuando todos los pueblos estaban encorvados bajo el peso del feudalismo, Italia tenia ya grandes democracias, y hoy, cuando todos los pueblos caminan á la libertad, Italia es mísera esclava. Antes que ningun pueblo, llegó á la nocion del derecho, y ve realizar el derecho á los mismos que lo aprendieron de sus labios, sin que le alcance el calor de esa idea divina. Cuando era reina del mundo, las razas que hoy la sujetan eran bárbaras. Pocas naciones aman más la libertad, pocas han hecho por la libertad más sacrificios, y ninguna la ha conocido ménos. Su ardiente imaginacion le pinta con vivos colores la felicidad de ser un pueblo dueño de sí mismo, y cuando va á tocar á la realidad, encuentra por todas partes grandes precipicios, muros insuperables, contra los cuales se estrella. Hoy ¿qué es el poder temporal del papa, mas que una gran cruz, donde está tendido el pontífice, y enclavado por las manos de los soldados franceses? Esa presidencia de la

confederacion italiana, ¿qué es sino el *inri* ignominioso que han puesto sobre esa cruz? ¿Qué es la confederacion italiana? La reunion del emperador de Austria, del rey de Nápoles, del gran duque de Toscana, del duque de Parma contra Italia. ¿Y este es el fruto que ha madurado el sol de Magenta y Solferino? ¿Y esta es la gran causa en cuyas aras han sacrificado su vida cincuenta mil hombres? ¡Mísera Italia! ¡Siempre esclava, ya sea vencedora, ya vencida!

Aún le queda, sin embargo, un recurso, el último recurso: pedir auxilio á su desesperacion, y no soltar las armas de la mano. Italia debe recordar el ejemplo de España. Que cada pueblo sea una fortaleza, y cada campo sea un campamento, y cada italiano un soldado. Vale más morir al dulce calor de la pátria, que vivir en helado y extranjero suelo. Italia debe levantarse contra sus enemigos y sus falsos amigos; debe arrojar todo soldado extranjero de su pátrio suelo; debe encender la luz de su nacionalidad en el alto Capitolio, para que vuelva á iluminar á la tierra. Que no se vengue de sus déspotas gimiendo una eterna plañidera cancion en sus oidos. Los sibaritas del mundo, si canta mejor es-

clava, la cargarán de cadenas, como los griegos arrancaban al ruiseñor los ojos para que sus gorjeos fueran más dulces. Nada de arte, nada de ciencia, nada de formas de gobierno, mientras no haya pátria. ¿De qué sirve el fuego de la inspiracion, si no puede arder en el arca del hogar de nuestros padres? El pensamiento de Italia debe ser la pátria para todos los italianos. Esa perseverancia que Italia ha demostrado en la oscuridad de las conspiraciones, en el fondo de las sociedades secretas, en los calabozos de Spielberg, debe mostrarla ahora en los campos de batalla. Decid á Europa que teneis para cambiar vuestra forma de gobierno, el mismo derecho que tuvo Inglaterra para arrojar á los Estuardos, y Francia para arrojar á los Borbones, y Bélgica para arrojar á la dinastía de sus antiguos reyes, y España para sacudir las cenizas del absolutismo. No olvide Italia que Dios manda que los pueblos que quieren la libertad, la alcancen por sus propios esfuerzos, porque Dios premia siempre el trabajo, esa ley de la naturaleza. Un esfuerzo, un sacrificio más de Italia por sí misma, y la libertad resplandecerá, como un eterno dia, desde los Alpes hasta el Adriático. En aquel instante Italia

volverá á levantarse llena de vida, asombrando el mundo.

Europa va á reunirse para decidir la suerte de Italia. Si Europa fuera libre, en ese congreso se pronunciaria la palabra que todo lo resuelve, la palabra derecho humano. Europa es hoy esclava, y en ese congreso se cometerá una nueva iniquidad como en 1815. Rusia, que trabaja por la unidad esclava, que á esa unidad sacrifica la vida de cien pueblos, ¿cómo se opondrá á que trabaje por su unidad Italia? ¿Se puede trabajar con el hierro y el fuego por la unidad de una raza en Rusia, y no se puede trabajar con la libertad y la paz, por la unidad de raza en Italia? Prusia, ¿querrá que su eterna rival, el Austria, vuelva á adquirir un gran predominio en Italia, y por consiguiente, en la confederacion germánica? ¿Va á consentir Francia que la obra que han levantado cincuenta mil mártires suyos, se desplome en un dia? ¿Va á tolerar Inglaterra, la libre Inglaterra, que un congreso europeo sancione el derecho divino de los reyes, y arranque con mano sacrílega su propio derecho á los pueblos? ¿Y nuestra pátria, la nacion del 2 de Mayo, de Zaragoza, de Gerona, va á ir con sus manos

todavía tintas en la sangre de los que se atrevieron á hollar su independencia, va á ir á firmar su propia condenacion, firmando la sentencia de muerte de la Italia? Y el Austria, ¿en qué títulos apoyará sus derechos sobre Italia? ¿En el capricho de Napoleon, que le arrojó Venecia como una migaja caida de sus grandes orgías de conquistas? ¿En los tratados de 1815, rotos por Bélgica, rotos por Lombardía, rotos por el Piamonte, rotos por Inglaterra, rotos por Francia? ¿En la Santa Alianza, sobre la cual ha pasado la revolucion de 1830, la revolucion de 1848, el golpe de Estado del 2 de Diciembre, y toda la guerra civil española? ¿En su saludable influencia sobre Italia, sus destierros, sus bastonadas, sus patíbulos, sus exacciones, sus cien mil guerreros destinados á encadenar una provincia que forcejea bajo sus hierros? Europa se vá á reunir. La idea del derecho se ha esclarecido en la conciencia humana. La soberanía de las naciones, quieran ó no quieran los sofistas, es la base de las constituciones de todos los pueblos. Si hoy se reunen los representantes de todos los gobiernos, y resucitan los tiempos en que se desgarraban los territorios en el potro del tormento, y se regalaban

las provincias á los reyes, segun el antojo de los fuertes, nosotros habremos demostrado una vez más lo que hemos dicho siempre:

«SOLO LA DEMOCRACIA REALIZARÁ EL DERECHO.»

Noviembre 15 de 1859.

reina lo incondicionable y absoluto, por su organismo pertenece á la tierra, y vé en sus átomos los filamentos de su carne, la médula de sus huesos, y se une tan fuertemente á ella, como el alma está en nosotros unida, con lazos misteriosos é inquebrantables, al cuerpo; y de aquí esos heróicos sacrificios que los hombres de todos tiempos y países han fieramente arrostrado por la pátria, sacrificios de que se encuentran mudos pero elocuentes testimonios en todas las páginas de la humana historia. Cuando recordamos absortos que en la tierra del suelo pátrio yacen las cenizas de nuestros progenitores; que en su seno hemos de levantar los hogares de nuestros hijos; que su clima, sus rios, sus montañas, determinan hasta nuesto carácter; que su historia nos identifica con todos los tiempos y dilata en lo pasado el breve suspiro de vida que nos toca en suerte, la pátria se nos ofrece como el único templo en que puede arder el fuego de nuestro espíritu. Y si no, observad esas razas desgraciadas que no tienen pátria, que andan errantes y dispersas por el globo, porque la fuerza bruta ha segado el árbol donde anidaban sus corazones, observadlas, y vereis la tristeza pintada siempre en su rostro,

las lágrimas luciendo siempre en sus ojos, la desesperacion hirviendo siempre en su pecho; y así viven vida lánguida y triste, y mueren muerte lastimosa, porque ni siquiera tienen el consuelo de mezclar sus cenizas con las cenizas de sus padres. El espíritu del hombre no ha nacido para vivir y morir en sí, encerrado en su frio egoismo, sino para crecer y dilatarse en el seno de la familia, de la pátria, de la humanidad, que son grados de nuestra vida. Todo lo que está en armonía con la ley de la naturaleza, es justo. Por eso los pueblos han sembrado de flores el arca donde se consuman grandes sacrificios por la pátria; por eso la historia guarda sus más expléndidas coronas para los héroes y los mártires de la pátria; por eso el más disculpable de los fanatismos es el fanatismo patriótico. ¡Oh! Sea lo que quiera la suerte de nuestra pátria, ora se levante emporio de la grandeza, ora caiga más abatida aún, nosotros, los que nos gloriamos de ser sus hijos, le consagramos siempre los sentimientos más vivos del corazon, la miramos como la tumba sagrada que encierra todo cuanto de grande y caro nos ha precedido en el tiempo, le ofreceremos contentos la vida que nos ha dado, y pedire-

mos á Dios que nos consienta morir en su regazo, retratar en nuestra última mirada sus claros cielos, y reposar donde reposan nuestros padres.

Este sentimiento siempre vivo en los indivíduos, debe ser aún más intenso y profundo en los pueblos. Las naciones que no tienen vivo el amor de su propia independencia, pronto desaparecen de la haz de la tierra, arrolladas por otras naciones más grandes. Nunca se conoce si un pueblo conserva los sentimientos que le han de mover en la persecucion de la obra que Dios le destina, como en esas ocasiones en que un peligro le amenaza, ó una mano enemiga le hiere. Si en tan supremos instantes mira ese pueblo con fria indiferencia su porvenir; si es insensible á las heridas abiertas en su honra, su muerte es inevitable, porque la vida no se conoce tanto en la salud del organismo como en los grandes sentimientos y en las sublimes aspiraciones que poseen el alma de los pueblos llamados á maravillosos destinos. Nosotros hemos deseado siempre, que España, que nuestra pátria tuviera ocasion propicia de mostrar que no ha perdido su pujanza, que no ha degenerado en su ardiente patriotismo. Nos dolia en el alma esa desesperacion que atormentaba á todos los

espíritus, esa desconfianza que enflaquecia nuestras fuerzas, ese menosprecio con que soliamos hablar de nosotros mismos, ese quejido contínuo que se levantaba de nuestro teatro, de nuestra poesía lírica, de todas nuestras artes, como para decir á los extraños, que el pueblo español, el gran pueblo guerrero, navegante y poeta, habia muerto, y solo esperaba un sepulcro donde dormir en paz su último sueño. Nosotros no podiamos resignarnos á creer para siempre perdida la nacion que tantas veces asombró al mundo, y estudiábamos la historia, y seguíamos con ávidos ojos el camino de nuestro pueblo por el tiempo; y la historia nos enseñaba que cuando más abatido parecia el pueblo español, más grande se levantaba; que despues de todas sus épocas de decadencia y postracion, hacia un esfuerzo heróico y se transfiguraba; que un período de angustia traia siempre un período de gloria, y así como de la envilecida época de Rodrigo nacieron los héroes de Covadonga, y de los tristes tiempos del último de los Enriques, los que clavaron la cruz en la Alhambra y ensordecieron los aires con el ruido de sus armas y encontraron un Nuevo-Mundo en el ignorado Océano, y de aquella fatal edad de Cár-

los IV, los mártires que se sacrificaron en Bailen, y en Zaragoza, y en Gerona, é hirieron en la frente al gigante del siglo; así como de estas épocas tan tristes se habia levantado España con nuevo brio á gloriosas empresas, esperábamos que en este nuestro siglo no habia de desmentir su carácter, no habia de faltar nunca á los grandes y maravillosos destinos que le están reservados en la historia.

No nos hemos engañado. Nuestros presentimientos se han cumplido. España, levantándose de su postracion, ha mostrado de nuevo que su espíritu está siempre vivo, que su patriotismo es inagotable. Una corriente eléctrica se ha extendido desde uno á otro extremo de la Península, y ha despertado en la heróica raza española su antiguo ardimiento, que ha sido el secreto de su grandeza. ¡Espectáculo consolador, espectáculo grandioso! El soldado se apercibe á la lid, anhelando dar su sangre por la pátria; el pueblo ofrece sus hijos y sus ahorros para la guerra en que está empeñado el honor nacional; los contribuyentes se aprestan á todo linaje de sacrificios, aún los más gravosos; los ayuntamientos y las diputaciones populares se congregan para señalar pre-

mios honrosísimos á los que levanten más alto nuestro nombre en los combates; los partidos políticos se unen bajo la enseña nacional; los poetas solo aciertan á sacar de sus liras los acentos del patriotismo; las provincias se identifican, á pesar de su distinta índole, en el patriotismo de todas, la débil mujer prepara bálsamos é hilas para las heridas de nuestros mártires; el sacerdote, al pié del santuario, invoca al Eterno para que bendiga nuestras gloriosas armas, y una sola voz y un solo acento se oye desde el Pirineo hasta Cádiz, la voz de la nacion española, á cuyo eco tantas veces han temblado los eternos enemigos de la civilizacion cristiana.

Todas las provincias de España han mostrado que el sentimiento de la nacionalidad es hoy tan vivo como en 1808. El cántabro ha extendido las banderas de la pátria bajo el árbol de Guernica, y ha llamado á sus tribus á la guerra con la misma palabra que las llamaba contra Augusto y Carlo-Magno y los Abderramanes. Galicia ha saludado alborozada las naves que llenas de tropas se apartaban de sus costas para llevar la guerra á nuestros enemigos, y les ha señalado ya el camino de la victoria, tantas veces hollado por sus in-

domables navegantes. Cataluña ofrece sus hijos, aquellos indomables hijos que fueron los reyes del Mediterráneo, que clavaron el pabellon de la pátria en Siracusa, en Nápoles y en Palermo, que llevaron sus armas victoriosas al Bósforo, que se ciñeron inmarcesibles laureles en Constantinopla y en Athenas, que pisaron el suelo sagrado del Oriente, para detener un dia más el torrente invasor de los turcos, que alzaron la cruz dirigidos por reyes como Pedro III y Alfonso V en las costas del África. Navarra desde sus montañas, levanta clamor de guerra, recordando que el más bravo y fuerte de sus hijos saltó la cadena del jefe de los Almohades en los gloriosos campos de las Navas. Aragon siente despertarse aquel su antiguo heroismo, que brilló como el rayo de la guerra, desde las nevadas montañas de Jaca hasta las plácidas orillas del Mediterráneo, siempre coronado de la victoria. Valencia, desde el fondo de sus jardines, teje coronas para los hijos de la pátria que van á llevar el fuego de nuestra civilizacion y de nuestra vida á extranjero suelo como sus antiguos héroes. La oriental Andalucía siembra de flores el camino de nuestros ejércitos, y los saluda, y les señala en cada campo una bata-

lla, en cada piedra un recuerdo, en cada ciudad un sacrificio, en cada árbol la cifra del nombre de un héroe, en cada pliegue del aire el eco de un romance morisco, en cada átomo de aquella tierra una gota de la sangre derramada durante siete siglos por rescatar tan hermosa region de la esclavitud, y arrancarla de los serrallos del árabe. Astúrias, las dos Castillas; pero ¿á qué cansarnos? todo el país, sin distincion de provincias, todos los españoles, sin distincion de clases, han mostrado que el amor de la pátria, léjos de extinguirse en el siglo XIX, como pretendian los enemigos de nuestras libertades, se ha acrecentado, porque la libertad engrandece y santifica todo lo que es verdaderamente natural en el corazon del hombre. Vengan ahora los que nos creian muertos, los que imaginaban perdida nuestra antigua entereza, los que pensaron atarnos al carro de extranjero rey, herido ya y sepultado por el rayo de la revolucion; vengan los que intentaron hacer de España la Polonia del Mediodía, y contemplen que si en una guerra puramente política, en una guerra extranjera, el sentimiento pátrio se despierta con tanta viveza, en una guerra nacional, por nuestra independencia, por nuestros hogares,

volveriamos á ser los héroes de 1808, volveriamos á escribir una iliada en las piedras de nuestras ciudades, en la tierra de nuestros campos.

En verdad, ¿quién no se entusiasma delante de este maravilloso espectáculo de un pueblo que se levanta, de un pueblo que combate por su honra? Soldados: llevais en vuestras armas el fuego sagrado de la pátria. La causa de la civilizacion es vuestra causa. El cielo os ha escogido para cumplir sus grandes fines en la historia moderna. Vais á abrir un nuevo camino á la idea gloriosa del progreso. Dios desde el cielo os enviará el aliento que envia á todos los que pelean por la eterna causa de la justicia. Mirad en esas razas hermanos vuestros, hombres como vosotros, que necesitan despertarse á la vida de la libertad y del espíritu. El mundo entero os contempla. Sois los hijos de los que en Oran, en Túnez, en la Goleta coronaron sus radiantes frentes con las palmas de los desiertos. Vosotros sois los depositarios de nuestra honra nacional. Es necesario que demostreis al mundo que España ha sacudido su letargo, y se ha levando á ser un gran pueblo. Europa os contempla extasiada, España entera os alienta, la victoria os aguarda, el cielo os bendi-

ce. Algun dia, cuando el sentimiento de libertad caiga como el sol de un nuevo dia sobre los corazones de esas razas que os combatén, os bendecirán, porque habeis sido la voz de la Providencia que los ha llamado á la vida. Es muy grande trabajar por la civilizacion y combatir por la pátria.

Noviembre 22 de 1859.

LA CUESTION DE ITALIA.

I.

Aún resuena el eco de la guerra de Italia, mezclado al quejido contínuo de esa gran nacion, cuyos dolores traen conturbada á Europa, como en otro tiempo la conturbaron sus glorias y sus triunfos. Y despues de tantos sacrificios no se vislumbra el instante feliz en que las cosas de Italia vengan á término de paz. Desgarrado su seno por la ambicion de varios príncipes, más ganosos de su propio medro que del engrandecimiento de su pátria; abandonada del aliado, en quien habia puesto el tesoro de sus esperanzas; conmovida por el antiguo imperio y la teocracia, unidos en el pensamiento de una comun domina-

cion; entregada á todos los azares de incierta fortuna; suspensa ante la voluntad de diplomáticos impotentes para todo bien; electrizada por una revolucion, que bien al revés de lo que suelen las revoluciones, quiere tomar vida de los mismos que la han apagado con su soplo, más frio que el último aliento de un moribundo; Italia, la infeliz Italia, debe apercibirse á una guerra, en que sólo cuente con su propio esfuerzo, su derecho y el sacrificio y martirio de sus hijos, ó bajar el cuello y entregarle resignada á la coyunda que le están forjando sus eternos enemigos. La guerra de Italia es una guerra en que están de una parte los derechos antiguos, la tradicion, los recuerdos y reminiscencias feudales, las ideas de los príncipes que creen patrimonio suyo los reinos, y de otra parte el progreso, la libertad, el derecho que los pueblos tienen á regirse á sí mismos; y por consiguiente, es una nueva página de la historia de luchas que se abrió en 1789, y aún no se ha cerrado, porque aún estamos en largo y angustioso período de incierta transicion. Mas aquí, en esta ocasion suprema, ha habido un grave error. El principio de libertad ha tenido por representante un César, nacido del seno de

las revoluciones; el principio de autoridad un emperador, ungido con el óleo del derecho divino; el principio de libertad ha tenido por soldados aquellos antiguos ejércitos franceses que llevaron en las puntas de sus bayonetas la luz de la revolucion al mundo, y el principio de autoridad, aquellos antiguos ejércitos que en todos tiempos sostuvieron con sus caballerescas espadas las coronas de los reyes y la majestad de los imperios; el principio de libertad ha querido dar vida á un pueblo, y el principio de autoridad encerrarlo en el sepulcro de sus mayores; pero los representantes de uno y otro principio no han tenido fuerza bastante para luchar hasta el fin; y al encontrarse frente á frente en Solferino, han retrocedido, dejando el uno libre á Milan, y el otro esclava á Venecia, y faltando ambos al mote de sus banderas y á la fé de sus juramentos. Desde este dia fatal, la política de ambos imperios no puede ser más mezquina ni más egoista. El imperio de Austria se arrastra en el polvo para ver si puede ganar algun reducto más, desde el cual lanzarse algun dia sobre su antigua présa, la Italia. Y el imperio de Francia, receloso, incierto, temiendo á su propia obra, sigue la polí-

tica de Maquiavelo, la astucia de los Médicis, los negros y tortuosos caminos de los Borgias, y no mata á Italia frente á frente, sino que le dá el veneno lento, pero seguro, de su maléfica influencia. ¡Oh! El único consuelo que nos resta, es pensar en la gran verdad de que nunca quedan impunes las grandes iniquidades, ya se cometan contra los indivíduos, ya contra los pueblos.

II.

Italia realizó en la historia antigua la unidad del mundo, y no ha realizado en la historia moderna su propia unidad. La empresa de unir el mundo, que fué un delirio en Ciro, un arranque de artística fantasía en Alejandro, llegó á madurarse y cumplirse por la reflexion y el lento trabajo de Italia. Su sangre corrió á torrentes; las orillas de todos los rios, los límites de todos los pueblos, blanqueaban con los huesos de sus hijos; mas la unidad del mundo se cumplió, y la

humanidad tuvo una sola cabeza al recibir el bautismo regenerador de la idea cristiana. Pero un dia se levantaron contra su poder los mal domados bárbaros, y arrancándola del trono de la tierra, la arrojaron á los piés de sus salvajes caballos. Desde aquella grande y súbita caida, Italia está destrozada, y no se ha levantado aún del polvo donde una larga tiranía descoyunta sus huesos. Los papas, que debian ser su escudo y ceñirle la corona de una luz espiritual, más explendida que la antigua corona de sus Césares, han olvidado muchas veces la idea divina, de que eran depositarios, para lanzarse en pos de las ambiciones humanas y del dominio de las cosas temporales, que debian empañar el brillo de su tiara y arrojarla entre las tempestades y sacudimientos del mundo. Los emperadores de Alemania no han querido nunca ni la unidad, ni la salvacion de Italia, sino su perpétua é incurable servidumbre, á pesar de las invocaciones de tantos espíritus elevados, y de la muerte de tantos generosos mártires. Las ciudades italianas han vivido en perpétua contienda, y ha sido imposible unirlas en un pensamiento de comun libertad y derecho. Los municipios mismos, llevados de la falsa idea

de que el poder se allegaba con la posesion de muy dilatados territorios, han ejercido sobre los pueblos menores el despotismo feudal. Sus hijos más ilustres han luchado entre sí, y nunca han dado trégua á sus rivalidades, para levantar en sus brazos la unidad italiana. Los partidos en que se ha dividido por desgracia Italia, han buscado la vida donde estaba su muerte, en los príncipes extraños, que no debian sentir por Italia aquel amor desinteresado y sublime, hijo del verdadero patriotismo. De aquí la desgracia de Italia. Esa gran nacion, madre del derecho; esa gran nacion, que ha conservado la luz de la ciencia, que ha trasmitido la antigua inspiracion á los pueblos, que ha dado su cincel á los escultores, su compás á los astrónomos, su arpa á los músicos, su ritmo á los poetas, su pincel á los pintores, su ideal á todos los artistas; más grande y más hermosa, cuanto más desgraciada y más esclava; eterno núm̃en del mundo moderno, que la ha consultado como su oráculo, yace sin vida, á manera de las víctimas coronadas de flores que los antiguos ofrecian en las aras de sus sacrificios.

III.

¿Y la culpa es de Italia? No, mil veces no. Italia ha sido en la esfera intelectual una academia donde han luchado siempre dos ideas; en la esfera material, un campo de batalla donde han luchado siempre dos poderes; pero ni en esa academia se ha oido su voz, ni en ese campo de batalla se ha peleado por su victoria. El pontificado ha combatido desde Italia por su tutela temporal sobre todos los poderes de la tierra. En este combate pudo parecer un tiempo que la lucha seria corta, y la victoria del poder de los papas sobre el poder de los emperadores, incontestable. ¿Quién no lo habia de creer así, cuando veia á Carlo-Magno á los piés de Leon III, y á Othon á los piés de Juan XII? Pero la ambicion de los papas por el poder temporal, creció de punto, y un dia amenazó á todos los reyes de la tierra con sus rayos, que podian fundir todas las coronas. Nicolás I pretendia ser el juez supre-

mo entre los reyes, y este era un ensayo de predominio pontifical. Gregorio VII, aquel pontífice tan guerrero como argumentador, cuya vasta mente abrazaba todos los horizontes de su tiempo; celoso de su autoridad divina, ante la cual palidecian todas las autoridades terrestres; sintiendo la supremacía de su inteligencia y la fuerza de su brazo; ansiando levantar el mundo sobre una idea más alta que la mezquina idea patrimonial en que fundaban su poder los reyes y los señores feudales; creyéndose destinado á educar por eleccion divina la humanidad, que cada dia iba hundiéndose más en la servidumbre y en la ignorancia, subió á lo alto del capitolio cristiano, y cuando el mundo no escuchaba más voz que la voz de los pontífices, proclamó que su poder, como venido directamente del cielo, era en la tierra el que daba luz, vida, fuerza á todos los poderes, y exigia, en nombre de este principio, la tutela de los soberanos elevados, segun sus palabras, sobre sus iguales por caprichos de la suerte, que debian ceder ante la legítima, incontrastable y sagrada autoridad de la iglesia. La vida de Gregorio VII, como su idea, fué una contínua lucha. Pero esta lucha cesó á los piés de

Inocencio III, en cuya frente se condensó, despues de dos siglos, el atrevido pensamiento de Hildebrando. Muchos pensadores ilustres escitaban y sostenian en estos proyectos á los papas. Hugo de San Victor decia que el papa, aún en lo temporal, tenia sobre los reyes la autoridad que el padre sobre sus hijos menores. Tomás de Cantorbery escitaba al rey de Inglaterra á deponer su corona á los piés de Roma. Juan de Salisbury predicaba la sumision al pontífice y la muerte violenta de todos los tiranos por el hierro y el fuego. El papa pretendia que sólo su autoridad habia trasmitido el imperio desde los griegos de Constantinopla á los germanos de Viena; que si bien el derecho electoral estaba en los príncipes alemanes, el derecho de confirmar esa eleccion estaba en sus manos; que como guardador del juramento de los príncipes, debia compelerles á su obediencia y castigarlos por sus faltas. Los canonistas, frente á frente de los juristas, buscaban textos, ó los inventaban, para dar color de legitimidad sagrada á estas pretensiones de los papas. Pero en el fondo de la Edad media, al mismo tiempo que las comunidades llevaban la democracia política á las monarquías, las órdenes

mendicantes llevaban la democracia religiosa á la iglesia. Y así como los reyes ponian su pié sobre la democracia política cuando no la necesitaban contra los señores feudales, los papas ponian su pié sobre la democracia religiosa cuando no la necesitaban contra los Césares. Y al par que la democracia política luchaba con los reyes por sus antiguos fueros, la democracia religiosa luchaba con los papas por sus antiguas leyes. Marsilio de Pádua formulaba la soberanía del pueblo frente á frente del feudalismo moribundo; y Miguel de Ciesna formulaba la condenacion del poder temporal de los papas frente á frente del pontificado preso en Avignon. La iglesia, por fin, cedió al doble movimiento de la democracia, que fué absorbido por la monarquía. Desde Isabel I hasta Cárlos III, en España la monarquía ha predominado sobre la iglesia, como en Francia desde Luis XI hasta Luis XV, como en Alemania desde Cárlos V hasta José II.

La verdad es que las pretensiones de los papas amenazaban gravemente á la gran conquista del cristianismo, á la conquista de la separacion del poder temporal y el poder espiritual y de su mútua independencia, tan celosamente defendida ante los

sucesores de Constantino por el gran Osio. Y de esta lucha que de pasada hemos mencionado, ¿qué bien reportaba Italia? Ninguno, absolutamente ninguno. Una batalla perpétua, sus campos abrasados por la tea de la guerra, sus ciudades amenazadas por las tropas pontificias ó por las tropas imperiales, sus generaciones diezmadas, su propia independencia desconocida siempre, sus campos talados, sus más ilustres hijos errantes en extraño suelo, su vida disipada en esa tempestad contínua que agitaba sus negras alas desde los Alpes hasta el Mediterráneo. El poder de los papas, que habia ungido la frente de Italia con el óleo de la eleccion divina, que habia logrado extinguir la sed de sangre del bárbaro Alarico, que se habia interpuesto en el camino de Atila, obligándole con la señal de la cruz á buscar el rumbo de sus madrigueras y de sus selvas, que habia llevado á Odoacro hasta el pié de los altares para que no apagara el fuego sacro de la civilizacion, que habia enaltecido con su doctrina á los pueblos, que habia enseñado la caridad á los reyes cuando bajaban su frente ante su poder, que habia bendecido á las órdenes militares para que contrastáran la omnipotencia del feudalismo, que habia calentado

con su aliento á los municipios y á las libertades europeas en su cuna, que habia abierto el camino de Oriente con las cruzadas, que habia cerrado el camino de los bárbaros llevando su luz hasta las heladas regiones donde no entraron nunca las águilas romanas; desde el punto en que comenzó á sentir esta sed de poder temporal, entregó la Italia á todas las oscilaciones de la guerra y de la incertidumbre; porque sin norte fijo en su política, ora cedia al predominio feudal, ora al predominio municipal, ora se aliaba con los reyes contra los pueblos, ora con los pueblos contra los reyes, y sin direccion ninguna fraccionaba más la Italia, y hacia imposible el instante feliz y anhelado de su sacrosanta libertad. Mas el papa crece en poder á medida que crece su fuerza espiritual y crece en fuerza espiritual á medida que aparta sus dominios de los intereses del mundo. El poder del papa no debe ser contra Italia, como ha pretendido la cancillería de Viena. El poder del papa no debe ser exclusivo de Italia, como han pretendido Rossi, Cesar Balbo y Gioberti. El poder del papa debe ser un poder superior; mas para ser un poder superior, debe ser un poder meramente espiritual. Solo así son fáciles, prime-

ro los progresos del catolicismo, y despues la unidad de Italia.

IV.

Si el pontificado ha influido en la suerte de Italia, como hemos dicho, no ha influido ménos el imperio. En la mente de grandes pensadores italianos vagaba una idea, que iba creciendo á medida que crecian y se aumentaban los siglos: la idea del imperio. Creian que el imperio del pueblo romano sobre la tierra, fundado por tan grandes maravillas, no habia tenido ni una hora tan solo de suspension en medio de las catástrofes que conmovieron todo el mundo. Y este imperio, que ató á su carro desde los germanos hasta los iberos, desde los griegos hasta los celtas; que fundió en un solo pueblo Europa, Asia y África; que llevó colonias nuevas á las colonias griegas; que amedrentó al imperio sirio, á la Tracia, á la Capadocia, á los parthos; que hizo suyo

tinguido sus preclaras ideas. Austria se cree aún la tutora de Italia; Austria cree en el destino que Dante pintaba ante los ojos de los emperadores de Alemania. Austria cree que aún es la reina de las tres grandes razas, de la raza latina, de la raza eslava y de la raza germánica. Se engaña. El cetro de la raza latina se lo ha arrebatado Francia; el cetro de la raza germánica se lo ha arrebatado Prusia; el cetro de la raza eslava se lo ha arrebatado Rusia. El dia en que una nueva tempestad se desencadene, Hungría volverá á ser de los húngaros, Polonia de los poloneses, Venecia de los venecianos, y habrán desaparecido arrastradas por la tempestad hasta las raices del antiguo árbol del sacro imperio, ya herido y destrozado por la electricidad de las revoluciones. ¡Qué error tan grande era creer que seria posible una larga paz entre la raza feudal germánica y la raza democrática italiana, y un gran patriotismo romano en Césares nacidos en los bosques de Arminio. Este error es la clave de todas las desgracias de Italia. Pero Dios se va cansando, y liberta poco á poco á Italia del imperio aleman.

V.

¡Oh Italia! El nombre de esta nacion generosa no puede resonar en nuestros oidos sin que se agolpen á la mente los recuerdos de todas sus desventuras y de todas sus glorias. En ningun pueblo la virtud del patriotismo ha sido ni más grande, ni más desgraciada. Desde que cayó en la servidumbre, ha mandado alguno de sus hijos de generacion en generacion al ara del sacrificio á morir por la pátria. Su historia es un eterno holocausto, su cántico un eterno sollozo, su inspiracion una eterna lágrima. En el fondo de su calabozo, como los esclavos antiguos, ha dado cánticos á todas las alegrías humanas, estátuas y cuadros á los palacios y jardines de sus mismos carceleros, poetas para que fueran con sus arpas á los alcázares de los monarcas ó á las Asambleas de los pueblos á interceder por su libertad. ¡Cuántos héroes han peleado por la pátria! En el siglo XII, Arnaldo de Brescia; en el siglo XIII, Bra-

calonne; en el siglo XIV, Rienzi; en el renacimiento, Savonarola; en nuestro tiempo, Mazzini, Manin, Garibaldi, Montanelli, Cárlos Alberto, Víctor Manuel. ¿Qué ciudad de Italia nombrareis que no recuerde un nombre célebre, una idea grande? Todavía el jóven que pasa por el camino de Mántua ó de Verona, cree ver entre las sombras la imágen de Julietta; todavía el que respira las áuras de Bolonia, cree oir los lamentos de Rossini; todavía el que se sienta el pié del Vesubio, recoge en el aroma de sus flores la esencia del alma de Virgilio; todavía el que pasa por aquellas aldeas, descubre en las facciones de sus hermosas hijas los rasgos de la musa que inspiró á Rafael sus Madonas; todavía el que entra en Florencia, se conmueve al pensar que en sus academias se despertó el ideal griego, perdido hacia diez siglos para el mundo; que bajo los plátanos de sus jardines renació el espíritu de Platon; que desde sus torres leia Galileo los secretos de Dios en las estrellas; que por sus aires vaga aún el suspiro amoroso de Francesca de Rímini; que á las orillas de sus rios escribia el Dante sus invocaciones al cielo para que le enviara un suspiro de Beatrice; que en su tierra sagrada duerme el sueño de la muerte Miguel

Angel; que esa ciudad es como un nido de ruiseñores colgado por Dios en el árbol de la historia. Y ¿será posible que Italia se pierda de nuevo? Será posible que vuelvan á su trono los que en su trono fueron tan solo esbirros del Austria? Será posible que Europa entera cometa un crímen todavía mayor que el crímen de 1815? El congreso europeo se va á reunir. Si la base del congreso europeo no es el respeto á la soberanía de los pueblos, todo lo que se pacte será inútil. No se levanta un edificio contra las leyes de gravedad; no se levanta un tratado contra las leyes del derecho. Italia podrá caer hoy, pero mañana será libre. La volvereis á encerrar, la volvereis á cargar de hierro, pero ya vereis como se levanta. Hoy pronuncia la palabra independencia, y la ahogais. Pues bien, mañana pronunciará la palabra unidad. Si la volveis á ahogar, vereis como al dia siguiente pronuncia tres palabras: independencia, unidad, democracia, y entónces será libre.

Noviembre 1 de 1859.

ESPAÑA

EN EL CONGRESO EUROPEO.

Uno de los más grandes acontecimientos de nuestros dias, es el congreso llamado á decidir de los destinos reservados á un pueblo. Siempre deben ser sagrados los pueblos, porque la nacionalidad es su derecho, porque la nacionalidad es una ley de su existencia. Y así como nadie puede atentar á la vida del hombre, nadie puede atentar á la vida de un pueblo. Este es el ideal de justicia que la filosofía ha consagrado en la conciencia humana. Pero si este ideal debe cumplirse en todos los pueblos, si este ideal debe realizarse siempre, cuando se trata de Italia debe cumplirse con mayor justicia. Italia, por su historia, por su posicion geográfica, por sus gran-

des lazos con todas las naciones, por su inagotable inspiracion, por los beneficios que ha dispensado á la libertad, por su martirio infinito, tiene un derecho más sagrado aún de ser libre. Todos los pueblos están interesados en recomponer esa gran ara donde ha ardido siempre el fuego de nuestras creencias, ese inmenso templo donde hemos aprendido á invocar á Dios, esa gran estátua que irradiaba de su frente el arte, mutilada hoy por las manos de los bárbaros. ¿Podemos esperarlo así?

El congreso que hoy se reune, no tiene las condiciones de los congresos de Viena y de Verona. La revolucion no está vencida, las nacionalidades no están condenadas á muerte. Para probar que la revolucion no está vencida, no hay más que convertir los ojos á Bélgica, á Francia, á España, á Portugal, á Cerdeña, donde reinan los principios condenados por la Santa Alianza. Para probar que las nacionalidades no están condenadas á muerte, no hay más que recordar el objeto del congreso, que es la sancion de una guerra de las nacionalidades contra sus opresores. Un congreso europeo, que bajo estos auspicios se reune, si tuviera conciencia del derecho,

y fuerza bastante para realizarlo, señalaria una nueva fase en la vida de los pueblos; y el dia de su reunion seria uno de esos dias que nunca se borran en la historia; luminosas estrellas que señalan á la humanidad un nuevo gloriosísimo camino. En verdad, no hay destino más grande, ni ministerio más sublime, que acercarse á un pueblo muerto y despertarlo, como la palabra divina á Lázaro, y volverle su independencia. La historia, mientras condena á los déspotas que por cumplir un antojo han derramado torrentes de sangre, coloca una corona inmortal sobre el sepulcro de los defensores de la pátria, y señala á todas las generaciones su martirio como una gran enseñanza y un gran ejemplo.

Y á este congreso, que va á decidir de una gran cuestion de nacionalidad, ha sido llamada nuestra pátria. ¿Qué destino debe representar España en esta gran cuestion? Miremos los varios aspectos que la cuestion presenta. La guerra de Italia es el esfuerzo de un pueblo para recobrar su independencia; la lucha entre la libertad y el despotismo; la antítesis entre la raza latina y los emperadores teutónicos; la coalicion de los pueblos regidos por los principios de 1789, con-

tra los pueblos regidos por el derecho divino; el arranque sublime de nuestro siglo para desalojar de Europa el viejo espíritu de la Edad media; la última fase de ese gran combate que los déspotas del Norte empeñaron desde 1815 con los pueblos del Mediodía para arrancarles los derechos que habian escrito entre la tempestad de sus grandes revoluciones.

Y si es todo esto, ¿qué nos toca hacer á nosotros? Cuando un pueblo combate por su independencia, ¿qué debe hacer España? Abramos las páginas de su historia. España, entre todos sus caractéres, presenta como el más vivo, como el más señalado, su fiera intransigente independencia. Peleamos con el destino en los tiempos antiguos; vivimos siempre armados en la Edad media, defendiendo el altar profanado de la pátria; derribamos al africano en las Navas, al turco en Lepanto, para salvar á los pueblos, y en nuestro mismo siglo enseñamos á todas las naciones vencidas y desarmadas que era posible herir en la frente al soldado de la fortuna, al hijo de la guerra. Y el representante de este pueblo, del pueblo español, cuando se trate de la independencia de Italia, de ese gran país descuartizado

en el potro del tormento, ¿tendrá valor para arrojarlo de nuevo en sus cadenas? En este instante el recuerdo de nuestros mártires herirá con un remordimiento su conciencia, y el espíritu de la nacion protextará contra su palabra, que saldrá helada de sus lábios, porque no podrá ser de ninguna suerte la palabra de la nacion, que escribió la Iliada de 1808.

Bajo el punto de vista político, nosotros tenemos de antemano conocido nuestro destino, como bajo el punto de vista nacional. Se trata de la lucha entre la libertad y el despotismo. De un lado está el antiguo sacro imperio, la mordaza para el pensamiento, los restos del feudalismo; de otro lado está la libertad, los derechos populares, las constituciones modernas. Nosotros, desde que comenzó el siglo, no hemos hecho más que pelear por la libertad. Nuestros padres, desde el instante en que se pertenecieron á sí mismos, grabaron los principios inmortales de 1812. Bajo esta bandera gloriosa combatieron y triunfaron nuestros héroes. Perseguidos, colocados despues en el cadalso, en el destierro, dijeron á los pueblos, con su indomable constancia, que la libertad aquí podia eclipsarse, pero no podia mo-

rir. Y, en efecto, la Providencia volvió á darnos la libertad, porque la idea de un siglo es invencible. Entonces peleamos por espacio de siete años por nuestros derechos, desconocidos y hollados. La lucha fué sangrienta, pero el triunfo perteneció á la libertad. Y si esto es cierto; si estas verdades no pueden negarse, ¿defenderemos hoy en Italia el despotismo contra la libertad?

La guerra de Italia es tambien la antítesis entre la raza latina y los emperadores teutónicos, y por consiguiente, nosotros debemos seguir las tradiciones de nuestra raza. El ódio al Austria es invencible en Italia. El pueblo artista no puede transigir con sus carceleros, con los que han apagado el fuego de la inspiracion en su mente y han querido aprisionar su génio, que, como las aves del cielo, ha vivido y se ha espaciado siempre en la libertad. El Austria en Venecia es una afrenta para toda la raza latina, y por consiguiente, una afrenta para España. El espíritu cosmopolita del siglo XIX va creando las nacionalidades por razas; y si no las nacionalidades por razas, la fraternidad, la union de los que han tenido un mismo orígen, una misma cuna. ¿Y nosotros iremos á

desmentir esta ley, poniéndonos de parte de los enemigos de nuestra raza?

La guerra de Italia significa que los déspotas, enemigos del derecho divino, tienen que renunciar á su deseo de convertir á Europa en una gemmonía de esclavos. Los déspotas, que viven de las grandes injusticias cometidas con las nacionalidades europeas, han acariciado siempre con amor una alianza contra los pueblos. Así, solo así, podrian conservar sus presas, que se les escapan de las manos. Mientras haya un pueblo libre donde sus víctimas, los patriotas desterrados, puedan vivir y mostrar sus heridas, los déspotas temblarán en su trono. Esta alianza de los poderosos contra los débiles, de los señores contra los esclavos emancipados, fué la que abrió la frontera española á los ejércitos franceses en 1823, sicarios del despotismo. Y ¿será posible que España libre, España emancipada, vaya á dar una nueva arma á sus eternos enemigos? El diplomático que selle la condenacion de Italia, sella la condenacion de España. Y como el mal engendra fatal y necesariamente el mal, las semillas arrojadas en el congreso europeo, pueden darnos frutos de muerte.

Mas esta cuestion tiene un aspecto que merece estudiarse detenidamente. Las potencias del Norte son instintivamente enemigas de las potencias del Mediodía. Esta enemiga entre las potencias no podrá concluir sino el dia en que suceda al dominio de los emperadores el dominio de la idea sacrosanta del derecho. Mas hoy, en la organizacion de Europa, esta antítesis de las dos grandes regiones en que se divide Europa, es evidente. A nosotros, como pueblo occidental, nos toca levantar á los pueblos occidentales, y oponer una valla á la invasion del Norte. Recuérdese lo que sucedió en nuestra lucha civil. Las potencias del Norte estaban por el despotismo, las potencias occidentales por la libertad. Aquellas sostenian la causa del pretendiente, estas el trono constitucional, que habia nacido de la revolucion. Las potencias del Norte tardaron en reconocer el gobierno parlamentario de España, porque la derrota del absolutismo habia sido su propia derrota. Despues han protegido á los príncipes de la casa proscripta, y han mostrado que la necesidad de los tiempos, más bien que la propia conviccion, los ha obligado á reconocer la legitimidad de nuestras revoluciones. Y el gobierno español, el

gobierno que todo esto sabe, que siente todo esto, ó por debilidad ó por torpeza, desoye los gritos que dá la historia contemporánea, y apoya la causa de los príncipes proscriptos en Italia, que es la misma causa vencida en Vergara. No comprendemos cómo un gobierno constitucional tiene tan poco instinto de conservacion, ley de que no se exenta ni el zoófito en la naturaleza. En favor de la duquesa de Parma, solo puede alegar el gobierno pactos de familia, derechos tradicionales perdidos, conquistas, recuerdos de otro tiempo; mas de ninguna suerte la base incontrastable del derecho moderno, la voluntad de los pueblos. El lenguaje de nuestro embajador será, en tal caso, el lenguaje del Austria. Defenderemos á los príncipes de la casa de Borbon, como Austria defenderá á los príncipes de la casa de Lorena. Las alianzas de familia, explicables sólo en los funestos tiempos en que los reyes creian patrimonio suyo los pueblos, volverán á levantarse, y si no traen consigo el cortejo de males que trajeron en el siglo pasado, será porque hoy no pueden prevalecer esos absurdos. La única razon que alegan en pro de la restauracion del duque de Parma sus paladines, son razones de familia muy aprecia-

bles en el hogar doméstico ; pero de ningun momento en la esfera del derecho internacional, donde se controvierten los grandes intereses de los pueblos. Nuestro diplomático sostendrá la causa de los pueblos del Norte contra los pueblos del Mediodía; sostendrá la causa de los déspotas contra los derechos constitucionales. Esto es incomprensible. Por más que quisiéramos cohonestar esta conducta á los ojos de Europa, no encontramos razon alguna plausible.

España, el pueblo de 1808, va á defender la causa de los conquistadores; España, nacion latina, va á proteger los intereses germánicos; España, nacion occidental, va á fortalecer á las naciones del Norte ; España, nacion constitucional, va á auxiliar las preocupaciones del absolutismo; España va á desmentir su historia y su destino en el mundo. Esto es muy triste. Y si algun dia, en las contingencias de la alta política, fuera posible que la rota Santa Alianza se levantara del polvo y quisiera imponernos el gobierno vencido en Vergara, el absolutismo, ya desarraigado en nuestro suelo, como sucedió en el nefasto año de 1823, no haria mas que aplicar á España la política que España aplica á Italia. Pero todo el mundo sabe

que el pueblo español, el pueblo de 1808, el pueblo que ha peleado con tanto ardor por su independencia, nunca, nunca será cómplice de los que atenten contra el sagrado derecho que todos los pueblos tienen á su independencia. Italia y España no olvidarán nunca que las naves genovesas nos auxiliaron en el sitio de Almería; que juntas peleamos en Lepanto; que nuestras universidades fueron hermanas de sus universidades; que los navegantes italianos y nuestros navegantes se compartieron el Mediterráneo; que nuestros génios, nuestros más luminosos génios, se han inspirado en el espíritu de Italia; que nuestro derecho brotó en aquella tierra privilegiada; que el ideal del arte es italiano, y que mientras haya un corazon que sienta y ame la poesía, Italia será saludada por el mundo como el altar donde ha ardido por muchos siglos el fuego de nuestro espíritu.

Diciembre 22 de 1859.

LA DEMOCRACIA EUROPEA.

Despues que sobrevino la tristísima reaccion que volvió á sacrificar Italia y Hungría, que amordazó la Francia, que arrojó al destierro á los defensores de la libertad, parecia que la palabra democracia iba á borrarse hasta del lenguaje : que tan grande fué nuestra derrota. Los soldados de la independencia de Hungría cayeron aplastados por una vil traicion y un ejército inmenso que amenazaba renovar los dias de Alarico y Atila; Venecia se hundió de nuevo en sus lagunas, como un cadáver galvanizado por la electricidad revolucionaria; Roma cayó bajo el peso de Europa, congregada contra su naciente libertad; las puertas de Milan se abrieron al austriaco; los restos de los soldados de la independencia italiana perecie-

ron en el funesto dia de Novara; la prensa y la tribuna francesa, desde cuya cima la revolucion habia dado al mundo las tablas de sus derechos, rodaron por el suelo; los patriotas alemanes fueron arrojados de la asamblea donde condensaban el pensamiento del siglo, y un silencio sepulcral se extendió sobre Europa como anunciando que la libertad habia muerto para siempre.

Los repúblicos que sólo aciertan á distinguir el breve dia que pasa, creyeron la causa de la democracia perdida. Poco dados á enlazar los hechos con una idea superior, no comprendieron que el espíritu de un siglo no puede extinguirse hasta que no se haya encarnado en grandes leyes é instituciones. La reaccion podrá triunfar un instante del pensamiento capital de una edad; pero bien pronto comprenderá que sólo ha servido para dar fuerzas á lo mismo que amenazaba destruir. Y la idea democrática es el pensamiento del siglo XIX. A través de sus reacciones y de sus revoluciones, de sus contínuos é incesantes cambios, el espíritu del siglo XIX intenta, como el secreto de su vida, enlazar la idea de libertad con la de igualdad, y producir así la democracia. Si hay quien lo dude, que mire todos los acontecimientos que han pre-

cedido y acompañado á nuestro siglo. Cuando comenzaba á levantarse en el horizonte, dos grandes revoluciones anunciaban su venida al mundo : la revolucion anglo-americana y la revolucion francesa. Esas dos revoluciones, á pesar de la distancia que las separaba en el espacio, eran dos formas de un mismo pensamiento, dos manifestaciones de la democracia, guardadas en el seno de los hechos y en el santuario de la conciencia humana. Aún no habia dado sus primeros pasos nuestro siglo, y ya la idea de la igualdad se encarnaba en un audaz guerrero que empañaba con el humo de sus cañones la corona del derecho divino en la frente de los reyes. Crecia el siglo, y á medida que iba creciendo, su espíritu inmortal dictaba á España el código de 1812; despertaba á Grecia; removia en sus raices las viejas encinas de los antiguos troncos, á cuya sombra habia reposado por tanto tiempo la humanidad, bien hallada con la servidumbre. En medio de este movimiento, pudo haber reacciones más ó ménos duraderas; pero lo cierto es que hoy, en la mitad del siglo XIX, el trono del derecho divino no se ha levantado en Francia; la libertad ha crecido en España; la vieja aristocracia inglesa ha dejado rodar

las piedras más sólidas de sus cimientos; Italia se ha incorporado en su lecho de cenizas; los Principados Danubianos han roto sus cadenas; Hungría y Polonia esperan la hora de su resurreccion, y palpitan en el fondo de su sepulcro; América escribe en el seno de su jigante y volcánica naturaleza la palabra libertad; Suiza arranca sus hijos al servicio de los déspotas; Alemania se siente movida á llevar á la esfera de la realidad el pensamiento de su filosofía; Austria se vé herida en el corazon; Turquía pierde á todas horas pedazos de sus inmensos dominios; y Rusia, al mismo tiempo que penetra en el templo del Asia á interpretar sus misterios, y encender en sus rotas aras el fuego de la civilizacion, educa generaciones de siervos para la libertad y el derecho, como en otro tiempo la oscura Germanía educaba sus bárbaros hijos para el cristianismo.

¿Cabe duda que la idea del siglo es la idea de la libertad? No. El siglo XIX sostiene en la esfera política la soberanía del pueblo, en la esfera filosófica la libertad del pensamiento, en la esfera civil la igualdad de todos ante la ley, en la esfera económica la libertad absoluta de cambios, la libertad completa de comercio. Y si esta es la idea

capital del siglo XIX, ¿qué partido, qué escuela interpreta mejor esta idea? No es ciertamente la escuela neo-católica, que quiere hacer de Dios un cómplice de todas las tiranías; no es la escuela doctrinaria, que bajo las formas de la libertad moderna conserva el absolutismo antiguo; no es la escuela progresista, que se deja llevar de la corriente de los hechos, y solo conoce el instinto de la libertad sin tener de ella conciencia; no: es la escuela democrática, que ha llegado al ideal del derecho, que ha sabido derivar la libertad de la misma naturaleza del hombre, que ha extendido en una larga y luminosa série la idea de nuestro siglo desde las más sublimes regiones de la conciencia hasta la vida práctica, enlazando así en una armonía inquebrantable la libertad con la sociedad, bajo una ley de justicia.

Por consiguiente, la democracia, que es la idea del siglo, será invencible. Cuando una escuela, cuando un pueblo se levanta á interpretar el pensamiento de una edad, esa escuela, ese pueblo derroca á todos sus enemigos en el polvo. Unos hombres débiles, recluidos en un rincon de Europa, vencieron á los poderosísimos é inmensos imperios de Oriente, y los vencieron, no por la fuer-

za de las armas, sino por la virtud de la libertad. Cuando el mundo adelantó en su carrera, unos pobres desterrados, sin pátria, sin hogar, hicieron morder el polvo á todos los pueblos de la tierra, porque tenian una idea de derecho, superior á la que habian escrito los pueblos en sus Códigos. Cuando fué necesario salvar á la humanidad de un nuevo diluvio, la ola de la barbárie se estrelló contra el castillo feudal, único altar de la personalidad humana, que habia quedado en pié entre la revolucion universal del mundo. Cuando la fuerza del derecho feudal ataba al mundo con su pesada cadena, la maza del rey era inquebrantable, porque pulverizaba esas cadenas. Cuando las monarquías de derecho divino se hundian en el ocaso, la clase media, que habia llenado los calabozos, con las heridas todavía abiertas en sus espaldas por el látigo de los señores, arrojó el viento de la revolucion sobre el mundo, y las nuevas ideas subieron en tumulto de grada en grada el trono de la monarquía absoluta, y anegaron el gran coloso que se mofaba del tiempo. Pues bien, como la corriente de la vida no se detiene; como la gran catarata de los siglos va cayendo de generacion en generacion, la idea huma-

nitaria, que ha pasado de una edad á otra edad, de una escuela á otra escuela, se encierra hoy en el seno de la democracia, bello ideal que brilla entre las revoluciones modernas, sin que puedan sus ráfagas empañarla.

Por eso la democracia progresa en todos los países de Europa, é impulsa la civilizacion de nuestro siglo. Tres razas principales se dividen hoy el mundo; la raza heleno-latina, la raza anglo-germánica, la raza eslava. En estas tres razas el movimiento democrático se conoce en señales infalibles. La raza latina, hija del antiguo imperio romano, que le dió su cohesion y su fuerza, no puede renunciar á la idea de igualdad, que es una idea puramente democrática. Esa idea de igualdad penetró, en cuanto era posible, en las venas de los bárbaros que acamparon en nuestro suelo y que ofrecieron el cuello á la coyunda latina, á pesar de haber herido con su espada el corazon del imperio. De esa idea de igualdad brotaron en la Edad media los grandes municipios, que eran los depositarios de la vida del pueblo. De esa idea de igualdad se alimentaron las monarquías cuando pusieron la planta sobre la hidra del feudalismo. Esa idea de igualdad estalló en toda su grandeza

en la revolucion de 1789. Desde entonces, Francia, España é Italia no han renunciado á la idea democrática. A la idea democrática une Italia su independencia; á la idea democrática, Francia su apogeo; á la idea democrática, España su gloria. La democracia palpita en la mente y en el corazon de esta nuestra raza. Italia sabe que sólo siendo libre podrá ser independiente y una. Francia sabe que sólo siendo democrática podrá ser el corazon de Europa é infundir la vida de su idea al mundo. España sabe que su carácter democrático le dió una epopeya como no tiene igual ningun pueblo, una literatura que es su gloria, y un pueblo á cuyo corazon jamás pudo llegar la podredumbre en los últimos tiempos del absolutismo. Italia no ha podido ser humillada en el potro del tormento, porque la democracia ha ofrecido siempre á sus ojos la esperanza de libertad. Demócratas han sido los que han peleado en los campos de batalla, los que han perecido en los cadalsos, los que han derramado siempre una tempestad sobre Italia, que ha servido para conservarle en la servidumbre el calor de la vida. La democracia en Francia, áun hoy destronada, reina. El imperio no es la monarquía de derecho divino que pe-

reció en 1793; no es la monarquía de la restauracion que pereció en 1830; no es la monarquía de la clase media, que pereció en 1848; es la dictadura, que se engalana con los principios de la revolucion, y que quiere justificarse con el sufragio del pueblo. En España, el partido democrático ha encontrado un terreno dispuesto á recojer la semilla de su idea. La democracia, desde 1848, ha hecho grandes progresos. Tiene tradiciones, tiene oradores y escritores, tiene fuerzas dispuestas á seguirle, tiene compromisos contraidos en la representacion nacional, tiene diputados, tiene periódicos, tiene todas las señales de vitalidad que puede dar un gran partido. La democracia latina no ha desmayado, porque sabe que, siendo suyo el derecho, ha de ser tambien suya la victoria.

La democracia anglo-americana no procede como la democracia latina. Esta procede por revoluciones; aquella, como ha dicho últimamente un gran escritor, por evoluciones. La democracia germánica se espacía en la esfera del pensamiento. Su revolucion no ha descendido aún de la conciencia á la realidad. Raza ménos artística, pero más pensadora que la raza latina, no tiene esa fuerza plástica que nos lleva á nosotros á realizar

una idea ántes de comprenderla. La intuicion en la raza latina es más poderosa que en la raza germánica. En cambio, la reflexion es más poderosa en la raza germánica que en la raza latina. Nosotros miramos más á la libertad política; la raza germánica mira más á la libertad científica. Nuestro hermoso cielo, nuestro sol, nos convida á esparcirnos en el seno de la naturaleza, á vivir la vida pública, como nuestros padres los griegos y los romanos; por eso nos pagamos de la libertad política. Su clima, más despiadado, obliga á la raza germánica á encerrarse en el hogar, como su reflexion la obliga á encerrarse en la conciencia; por eso mira más á su libertad científica. Pero en la esfera del pensamiento, ¿cuántos servicios no ha hecho la democracia germánica al mundo? Ella ha investigado las leyes de la naturaleza humana, ha escrito en la conciencia el ideal del derecho moderno, ha mostrado que las leyes de la sociedad y las leyes del espíritu son idénticas, ha esculpido el pensamiento filosófico de la democracia moderna, ha animado la historia con el pensamiento de libertad, ha descifrado el secreto del progreso, nos ha mostrado que los siglos no se pierden, que vuelven en círculos concéntricos á

la eternidad, despues de haber dejado una idea en el mundo, como vuelve la onda, despues de haber besado la playa, por su propio impulso, á los profundos abismos de los mares. La democracia germánica ha escrito en letras luminosas, en la conciencia humana, la idea pura del derecho. Este gran beneficio no puede olvidarlo ni lo olvidará nunca el mundo.

En Inglaterra, el partido radical ha tomado otro carácter que en el continente, y ha destruido poco á poco aquella antigua aristocracia que amortizaba toda la vida del país. El partido democrático inglés se ajusta á las leyes, á las fórmulas del derecho, á las tradiciones antiguas, á las formas de aquel gobierno, y no toma el carácter que ha tomado en Francia. Pero esto proviene de la constitucion de aquel país, constitucion admirable por su respeto á los derechos individuales. Allí donde la ley respeta el hogar doméstico cual si fuera un templo, donde la palabra es libre, donde la conciencia no teme á la censura, donde las asociaciones ejercen su saludable influjo en la opinion pública, donde la tribuna no está amenazada por los golpes del Estado, allí los gobiernos nunca temerán á la revolucion. Pero aunque la democracia

inglesa ejerza su ministerio en la esfera de la ley, aunque no pretenda realizar las reformas en su totalidad sino por grados, no deja por eso de tener una influencia grande y decisiva.

No es posible dudar de esto cuando se ve la decadencia de la aristocracia inglesa. Merced á este espíritu que se ha despertado en Inglaterra, la aristocracia ha perdido sus privilegios religiosos con la emancipacion de los católicos, ha perdido sus grandes privilegios económicos con la ley de cereales, que llegará á extender el sufragio á todos los ciudadanos, y perderá pronto sus privilegios administrativos, última fortaleza de aquella aristocracia. Esto prueba que el espíritu democrático es universal, puesto que en ese país, donde la aristocracia ha echado más fuertes raices, donde parece que el espíritu del continente no puede penetrar, donde la libertad tiene más bien un sentido histórico que racional, en ese país ha entrado tambien el espíritu de igualdad, que poco á poco anonada las antiguas instituciones.

El espíritu de libertad tambien levanta á los Principados Danubianos, y se extiende por Grecia, y se dilata en la raza escandinava. La raza eslava hoy sufre tambien una transformacion democrá-

tica. Esta raza es en el mundo moderno lo que la raza germánica en el mundo antiguo. Allá en sus hielos eternos, en sus bosques, cincela esta raza su personalidad, tal vez para estar pronta á dar una forma á la libertad moderna, que necesita de una raza fuerte y vigorosa. La voz de Rusia hoy ejerce el destino de despertar la personalidad dormida en esa raza. En los pueblos cuyo atraso intelectual es grande, la revolucion no sube del pueblo al gobierno, sino que baja del gobierno al pueblo. Esto sucedió en el siglo XVII con la revolucion política, y en el siglo XVIII con la revolucion filosófica. La emancipacion de los siervos es el sentimiento de personalidad que se despierta en la raza eslava. De todos modos, lo cierto es que el espíritu democrático penetra en toda Europa, y que resistir á su poderoso influjo es resistir á la ley divina de la Providencia.

Diciembre 14 de 1859.

EL CONGRESO EUROPEO.

En los tiempos que corremos, tiempos desgraciadamente de transicion y lucha, se ven instituciones nacidas de un ideal puro de derecho, y encaminadas, sin embargo, á oscurecer el derecho. Una de las instituciones que la justicia promete, es la de un congreso central europeo, en que las diferencias y enemistades entre los pueblos se acaben para siempre, y nazca un código internacional que señale á cada Estado sus naturales límites, á cada nacionalidad su propia independencia, para que el fuego de la guerra se extinga y el hombre convierta todas sus fuerzas á la fecunda y gloriosísima lucha con la naturaleza, ancho espacio abierto á la actividad de su espíritu. No hay alma generosa en el mundo que no sueñe con

el aniquilamiento de todas las injusticias que hoy traen recelosos á los gobiernos y hacen rivales á pueblos nacidos para hermanos. Un derecho comun europeo, la integridad de las nacionalidades, el respeto á los pueblos y á su voluntad soberana, la transformacion de los celos nacionales en armonía fecunda, la paz perpétua, la conclusion de todos los egoismos de raza y de familia, la libertad de comercio que une las fuerzas dispersas de la industria, la tierra por pátria, todos los hombres por hermanos, la justicia por fin, el trabajo por lazo, la reciprocidad de deberes por garantía, son principios tan santos y tan justos, tan hondamente grabados en nuestra naturaleza, que no es posible renunciar á verlos en el espacio con el mismo explendor con que los vemos lucir en la mente, sin dudar de la humanidad y hasta de la Providencia. No, no puede ser que no veamos realizada la justicia. La Providencia nos dice, nos enseña que siempre que ha escrito un ideal de justicia en la conciencia, ese ideal, por las armonías que hay entre la naturaleza y el espíritu, se ha realizado en el espacio. Y no hay ni puede haber ideal más bello que todos los pueblos congregados por medio de sus representantes en el cen-

tro de Europa, controvertiendo sus diferencias y arreglándolas en armonía con un principio de derecho escrito por todos é inspirado, no en los intereses fugaces y transitorios de un dia, no en el predominio del fuerte sobre el débil, sino en la eterna ley de justicia, grabada por Dios con caractéres más indelebles que los astros del cielo en el seno inmortal de la conciencia.

Mas hoy, qué podemos esperar de un congreso europeo? Nada, absolutamente nada. La ciencia en sus profundas investigaciones ha llegado al derecho racional, y los gobiernos, en su tarda política, todavía permanecen adheridos al derecho histórico. La ciencia dice que contra la libertad del hombre y la independencia de las naciones no debe existir ningun poder, y los gobiernos desconocen las leyes fundamentales de nuestra naturaleza, y se empeñan en llevar aherrojados unos pueblos á otros, rechazando la inmensa cadena de la justicia. La ciencia enseña que un congreso europeo no debe tener más principio que la justicia absoluta, y los gobiernos se creen aún allá, en los tiempos feudales, en que los reyes imaginaban ser suyos los territorios, y los vendian, y los traspasaban, y los cedian con todos sus habi-

tantes, como si fueran un hato de ganado, sin consultar más ley que su capricho; tristes tiempos, cuyas sombras todavía se ven por nuestros horizontes como esas gasas de niebla que el sol no puede en un dia de invierno disipar con sus rayos de oro y su vívido calor.

Nosotros aún concebiríamos un congreso fundado en los antiguos principios de patrimonio, en los principios feudales; comprenderíamos que los reyes exhibiesen sus títulos de propiedad, y se fundasen sólo en esos títulos para revindicar sus derechos; pero es incomprensible un congreso llamado á sancionar la libertad de unos pueblos y la esclavitud de otros; á levantar unos príncipes y arrojar otros príncipes de su trono; á reconocer la independencia de la mitad de Italia y la servidumbre de la otra mitad; á consultar las asambleas, los votos de ciertos Estados, y á consentir que unas provincias pasen de estas manos á otras manos, como una propiedad inmueble; á sellar con el sello del derecho la libertad de Lombardía, y dejar bajo las cadenas á Polonia, Hungría y Venecia; cayendo así necesariamente, como cuerpo frio é inerte, bajo la ley de los hechos, bajo la coyunda de esa fuerza ciega y bru-

ta, contra la cual protextará siempre la voluntad humana, ley que es la consagracion del fatalismo.

Y en realidad no puede esperarse otra cosa de las cinco grandes potencias que hoy deciden de la suerte de Europa. ¿Qué idea de política general representa Napoleon III? Ninguna. En esto se parece á su tio. Napoleon I, aquel soldado sin igual en la historia, aquel gran táctico que envolvia en las líneas de sus planes de batalla ejércitos inmensos; aquel vencedor que tomaba todas las formas de la guerra y se adaptaba á las condiciones de todos los paises del mundo; aquel gigante que arrancaba de cuajo los tronos de derecho divino y lanzaba sus ejércitos contra los señores de Austria, Prusia y Rusia, viéndolos huir desbandados al ruido de los pliegues de sus banderas; á pesar de que sabia que su fuerza estaba en la revolucion, que su destino era la revolucion; á pesar de que sentia la necesidad de unir los pueblos contra los reyes absolutos; á pesar de que clamaba por la independencia de Italia y de Polonia; entregó Venecia al Austria, dejó á Polonia bajo los hierros del autócrata, agravó la servidumbre de Italia, hirió la dignidad de España, concitó contra sí el mundo; pues caminaba sin

idea fija, guerreaba por guerrear, y su gran táctica se tornaba torpe y miserable en la esfera política, falto de esas ideas superiores, que son el alma de los héroes y la prenda segura de la inmortalidad de sus obras. El tercer Napoleon, que no ha heredado el genio inmenso del fundador de su dinastía, sigue su misma política tornadiza é incierta. Aun no habia subido al imperio, y ya ponia la planta sobre una república que se alzaba radiante en las cenizas de Roma. Alarmó con su golpe de Estado á Europa, y cuando Inglaterra creia próxima la venganza del sacrificio de Santa Helena, ve que él emperador le tiende la mano y sella una alianza con su eterna enemiga. Más tarde, como para dar una prueba de que esta alianza era leal, corre al Oriente, desarma una escuadra rusa que podia ser parte á contrastar el predominio inglés en los mares, y derrama sangre y oro á torrentes en los muros de Sebastopol, inmenso holocausto ofrecido á una gloria incierta é infecunda. Vuelve de Oriente, y cuando la reina de Inglaterra se habia arrodillado hasta sobre la tumba de Napoleon, como para pedir perdon á la víctima en nombre del pueblo sacrificado, comienzan los recelos, y los aprestos, y las rivali-

dades, y las sordas amenazas, y las señales de un choque entre las dos primeras naciones del mundo, tan temible como el choque de la tierra con un planeta en los infinitos espacios. En este instante Napoleon olvida las afrentas sufridas por su dinastía en Rusia, olvida que la mano de aquella potencia abofeteó principalmente á la Francia con los tratados de 1815, olvida que los cosacos acamparon en París como pudieran acampar en otro tiempo los soldados de Atila, olvida la eterna lucha entre el Norte y el Mediodía, y estrecha fuertemente ¡él, emperador revolucionario, hechura del sufragio universal y de los principios de 1789! al coloso que sostiene aún los rotos timbres de los antiguos tradicionales derechos. En esto le sorprende un accidente gravísimo; á sus piés una bomba estalla lanzada por una mano italiana, y sale de aquella nube de humo, pálido como un remordimiento, y piensa en Italia, en la pátria de su familia, y obedece un mandato lanzado por un reo de muerte, desde las tablas de un cadalso. El aliado de los déspotas se convierte en aliado de los pueblos. La bandera de Italia ondea en su mano, la Marsellesa se escapa de sus labios, el génio de la revolucion le posee, le agita y le lanza

con todos sus ejércitos á los campos de batalla, donde contienden los pueblos con los déspotas. ¡Tremendo dia para el César! Los hombres que habian sido sus enemigos le rodean; la idea democrática se desliza como un espectro en su camino; los vapores de la sangre derramada en aras de la libertad le ahogan; la obra de 1849, la restauracion del papa, está por el suelo, pues la palabra de independencia resuena en Bolonia, el Austria se siente herida en el corazon, y la revolucion alza sus gigantes álas sobre Magenta, Palestro y Solferino. Entonces conoce que va á tocar en el arca sagrada de la Confederacion Germánica; que va á traer una tromba de fuego sobre el flanco abierto por el tratado de Viena para acometer á París; que la lógica real de los hechos, superior á la lógica abstracta de las ideas, le va á conducir á pronunciar en los oidos de Hungría y de Polonia la palabra pronunciada en los oidos de Italia; que los déspotas unidos contra él van á provocar la union de los pueblos; que la revolucion europea le sigue los pasos, como su propia sombra; que al tocar el problema transitorio del derecho internacional constituido, ha tocado la raiz del problema del derecho hu-

mano; y en tan gran congoja, presentes siempre en la memoria sus obras, jura sobre los cadáveres de cincuenta mil franceses la paz con Austria y la servidumbre de Venecia. Ahora bien : ¿qué política es esa? ¿Por qué en 1851 el imperio es la paz y en 1853 el imperio es la guerra? ¿Por qué va á Crimea á defender los tratados de 1815, y va á romper esos mismos tratados á Italia? ¿Por qué restaura, presidente de la república, al papa, y le humilla, emperador, y le desobedece? ¿Por qué, si cuenta con la amistad de Rusia, provoca la guerra de las nacionalidades? Y si provoca la guerra de las nacionalidades, ¿por qué cuenta con la amistad de la Rusia? ¿Cree Napoleon que Alejandro va á cerrarse las puertas de Europa por el placer de tomar una venganza del Austria? ¿Por qué grita que Italia va á ser libre desde los Alpes al Adriático y se detiene ante una amenaza de Alemania? Y si contaba con esa amenaza, si no podia llegar al Tirol sin provocarla, ¿por qué no lo pensó con madurez antes de arriesgarse á la guerra? Hé aquí el principal elemento del futuro congreso. De esa política solo puede salir la duda, la incertidumbre, el problema de una nueva guerra.

Algo podia contrastar esta política Inglaterra, si Inglaterra hubiera abrazado alguna vez de buena fé la causa de los pueblos. Nosotros admiramos sinceramente el régimen interior de Inglaterra; aquella aristocracia, que majestuosamente se va envolviendo en su sudario, dejando libre paso á la idea de igualdad; aquellos partidos, que nunca apelan á la razon de la fuerza; aquella clase media, que une su causa á la causa del pueblo; aquel elemento democrático, que se infiltra como una nueva sávia en las venas de la vieja y carcomida sociedad; aquel pueblo, que respeta y acata la ley como la garantía de sus derechos; aquella libertad, de que goza su prensa; aquellas asociaciones, tumultuosas muchas veces en la forma, pero siempre pacíficas y progresivas en la esencia; aquellos parlamentos, que reflejan el rayo más vivo despedido por la luz de la opinion pública; aquel jurado, que reparte entre todos la justicia; aquella actividad é iniciativa individual, que obra milagros, nunca obrados por la omnipotente impotencia de los gobiernos; aquel hogar del ciudadano, sacratísimo, respetado como un santuario; aquella integridad de la conciencia y del pensamiento; aquel asilo abierto á todos los

que han perdido la pátria, asilo que en los dias tremendos de nuestras vergonzosas reacciones fué el puerto de nuestros padres; aquella revolucion permanente, viva, en la esfera del gobierno, que dá siempre de sí una paz inalterable, premio concedido por Dios á los pueblos que respeten el derecho. Pero, ¿cuál ha sido su política exterior? Política nefanda, política funesta, que merece la maldicion del mundo. Los enemigos de los pueblos se reparten á Polonia, descuartizándola, é Inglaterra calla; los diplomáticos de 1815 sacrifican en nombre de las nacionalidades, á todos los pueblos libres, crucifican á Italia, é Inglaterra pone su firma en aquel deshonroso tratado; la Santa Alianza envia sus esbirros á España para que nos arranquen la Constitucion, el código venerando de nuestras libertades, é Inglaterra se contenta con una hipócrita y engañosa protexta; Grecia se levanta y revindica su independencia, é Inglaterra siembra de espinas el camino de su libertad, que debia haber cubierto de flores; sobreviene el gran sacudimiento de los pueblos contra todas las tiranías hìstóricas, é Inglaterra deja que los pueblos se revuelquen ¡desgraciados! en su sangre, que pierdan su libertad, y sanciona

las victorias de sus usurpaciones; conoce que Napoleon pretende hoy unir la raza latina y declararse su jefe, y en la guerra de la Independencia abandona á Italia, y en la guerra de Marruecos amenaza á España: triste política, semejante á la de un pirata, que, justo en su barco, no respeta ninguna bandera, ni cree que necesita con los extraños de justicia. Y así, Inglaterra no podrá, no, abogar por la libertad de Italia, porque la sombra de Gibraltar, de Malta, de las islas Jónicas, de todas sus grandes injusticias, helará la palabra en sus lábios, y confusa y avergonzada escuchará la sentencia de muerte de las nacionalidades, dictada por todos sus enemigos del continente.

Y de las otras potencias ¿qué podemos esperar? Rusia, pasado ya el furor de su venganza, recordará que la política liberal puede cerrarle la Europa y empujarla al cumplimiento de su destino, que consiste en ser intérprete de la civilizacion cristiana en el Asia. Prusia, aunque aborrece de muerte al Austria, no arrojará la máscara, porque no le conviene para las contingencias revolucionarias de lo porvenir desasirse de su alianza; es decir, de un pensamiento y de un brazo prontos siempre á combatir la democracia, allí como aquí

en perpétuo crecimiento. Austria puede levantarse y echar en cara á todas sus injusticias.

Y las naciones de segundo órden, ¿qué harán en el congreso? ¿Contribuirán á sostener el equilibrio europeo? Para las grandes potencias, equilibrio europeo equivale á conservacion de sus injusticias. Para Prusia, equilibrio europeo quiere decir la conservacion de la parte de Polonia que le cupo en suerte; para Alejandro de Rusia, la sancion de todas las conquistas de Pedro el Grande y Catalina II; para Austria, la esclavitud de Polonia, de Hungría, de Bohemia, de Italia; para Inglaterra, el protectorado de las islas Jónicas y la usurpacion de Gibraltar. Ahora bien, las naciones de segundo órden, por lo mismo que son débiles, deben apelar á un criterio superior de justicia. Si se doblegan á sancionar el derecho del fuerte, atraen sobre su frente las consecuencias de esa misma sancion. ¿Quién les ha dicho que si hoy se reunen las grandes potencias para descuartizar á Italia, no se han de reunir mañana para descuartizar á España, á Dinamarca, á Portugal y á Bélgica? El débil no debe nunca consagrar las violencias del fuerte. Si hoy autorizan una violacion de derecho contra un pueblo her-

mano, atraen sobre sí mañana esa misma violacion. La norma de su conducta debe ser el respeto á las nacionalidades, la consagracion del derecho, el libre ejercicio de la soberanía de los pueblos, la condenacion de la fuerza y la apoteosis de la justicia. Sólo así pueden salvarse de los peligros que ocultan nuestros tiempos. ¿Lo harán? No lo creemos. El derecho internacional continuará siendo la voluntad de los fuertes; Venecia tendrá sobre sí la coyunda del Austria; Polonia continuará descuartizada; Hungría vendida; Bélgica amenazada; Gibraltar usurpado, y el problema, el gran problema de las nacionalidades, quedará en pié para que lo resuelva la única idea que puede resolverlo: LA DEMOCRACIA.

Diciembre 7 de 1859.

SRES. REDACTORES DE LA REGENERACION.

Muy señores mios : Las acusaciones injustísimas que Vds. han dirigido á mis humildes artículos, me mueven á interrumpir el silencio que me habia propuesto guardar en todo cuanto á mi personalidad se refiriese. Ustedes recordarán que sus provocaciones han sido diarias y porfiadas; que no he escrito un artículo, ni he apuntado una idea, que no haya encontrado una refutacion en las columnas de su periódico. Epígramas contra mi estilo, burlas de mis fundadas esperanzas, ataques directos á mi persona, negaciones rotundas, alguna que otra punzada maligna, todo, todo lo han agotado Vds., y yo nada he respondido, porque á pesar de que no ando á campana herida encareciendo por esos mundos mi religiosidad y

mi ortodoxia, como suelen los que ménos las conocen, he aprendido á perdonar las injurias en las divinas páginas del Evangelio. Me maravilla mucho un fenómeno que he observado en Vds., y del cual voy á hablarles con mi natural franqueza. Ustedes se curan mucho de la ortodoxia de las ideas, aunque en materias de religion su autoridad valga tanto como la de cualquier católico, puesto que no les reconozco ninguna dignidad eclesiástica; se curan mucho de la ortodoxia de las ideas, pero se curan poco de la ortodoxia (permítaseme la frase) de las acciones. Aquella humildad evangélica; aquel respeto y amor al prójimo; aquella compasion por el que padece la enfermedad del error; aquella desconfianza de las propias fuerzas; aquella uncion santísima; aquel deseo de atraer por la persuasion á los descarriados; aquella duda de la propia virtud, aunque fuese acrisolada y sublime; aquella caridad ardiente, calidades que distinguian á los grandes apóstoles de la fé, no las he encontrado nunca en sus escritos, que rebosan en ódio á todos los que como Vds. no piensan. Y créanlo Vds., no es la mejor manera de allegar prosélitos. Yo de mí sé decir que, mientras la reconvencion dulce y

amistosa toca pronto mi corazon, y lo conmueve y lo atrae, la reconvencion altanera, impregnada de ódio, orgullosa, cierra mi alma á toda persuasion. Y creo que lo que en mí sucede, tambien sucede en todo ánimo varonil y entero. Mas dejando todo esto aparte, como cosa liviana y de poco momento, entremos en el fondo de la cuestion.

Ustedes han negado que la democracia sea cristiana. Yo he sostenido que es cristiana la democracia. Aquí está el punto capital de tanto artículo, de tanto suelto, de tantas palabras dadas al viento. Yo he creido siempre que la libertad es cristiana, yo he dicho que la libertad cuenta entre sus cantores el Dante, entre sus apóstoles á Santo Tomás, entre sus mártires á Dios. Dije esto desde el primer dia que hablé, y esto he sostenido siempre. Ustedes, al contrario, han creido que la teocracia es más cristiana, que los reyes absolutos son fieles guardianes de la religion, que la libertad natural es una blasfemia, que los principios asentados en 1789 son una heregía, que la democracia es una rebelion de Satanás, que el dogma del progreso es el dogma del orgullo humano, que la igualdad ha venido á prostituir á

los pueblos, que la fraternidad ha enconado los ánimos, que las nuevas ideas son rayos de fuego del infierno, y que mientras la sociedad debe volver á encauzarse, á recluirse en el fondo del claustro, á purgar todos los escándalos revolucionarios, nosotros los liberalistas, los hijos de los leprosos del siglo, no tenemos más remedio que el no muy blando de morir asados en las hogueras de la inquisicion. Creo que no negarán Vds. la propiedad de los chamusconcillos.

Mas, permítanme Vds. hacer una observacion y un paralelo antes de pasar adelante, entre su religiosidad y mi religiosidad. Yo he sostenido que mis ideas son religiosas, sabiendo que no habia por esto de ganarme ninguna simpatía en los que monopolizan el dictado de religiosos; yo lo he sostenido por amor á la verdad, por amor á la fé que me enseñó mi madre. Ustedes sostienen su religiosidad, sabiendo que esa religiosidad les ha de servir de mucho en los comicios electorales, y ante el público á quien se dirigen, y que de seguro no lee mis escritos. Yo no necesito la religion para la política, porque, con toda la escuela liberal, creo que la religion puede existir, y existirá con todas las formas de gobierno. Ustedes

no, Vds. han tomado la religion por arma de partido, la blanden desde la redaccion, la usan como una bandera en los comicios electorales, la tuercen para fines mundanos, declaran excomulgados á todos los que no siguen su parcialidad, y, como Mahoma, prometen á sus adeptos la felicidad en este mundo y el cielo en el otro. ¿Quién se atreve á luchar con Vds.?

Pero no por eso deja de ser menor verdad mi tésis fundamental, que se reduce á decir : « La democracia es cristiana; es el corolario político de la verdad religiosa encerrada en las páginas del Evangelio.» El cristianismo tiene su verdad religiosa, su verdad moral, su verdad artística, su verdad política; y su verdad política es la democracia. ¿En dónde hemos aprendido la libertad humana, la igualdad, el horror á la tiranía, la conciencia de que el hombre está destinado á un perfeccionamiento indefinido, el dogma sagrado del progreso? Lo hemos aprendido en las páginas del Evangelio, en la historia de los primeros siglos de la Iglesia, en las grandes controversias de los doctores, en la trasformacion que despues de diez y nueve siglos ha sufrido el mundo, en las mismas hogueras donde perecian los mártires de

la verdad por no reconocer en los Césares la imágen y la representacion de Dios.

Las teorías políticas de Vds. son puro paganismo, mientras nuestras teorías políticas son puro cristianismo. Y si no, vamos á probarlo. ¿Cuál era la base de la política en el mundo antiguo? La sociedad. Sí, la sociedad dirigia las conciencias, amortizaba el trabajo y la propiedad, arrancaba los ciudadanos al hogar doméstico, imponia una religion al espíritu, sustituia la familia, sentia, obraba, pensaba por el hombre; era el ídolo ante el cual se inclinaban todas las frentes; era el oráculo de todas las ideas; era el ideal supremo de todas las acciones; era, en una palabra, todo el hombre, y por eso, aunque el gobierno tomara el dictado de monarquía ó de república, si variaba en la forma, en el fondo dejaba siempre la tiranía del Estado. ¿Y no es lo mismo lo que Vds. piensan, lo que Vds. creen, lo que Vds. predican? En la monarquía absoluta, el rey es todo. El rey es la ley, el rey la pátria, el rey el derecho, el rey viola cuando quiere la propiedad particular, el rey impone sus ideas á la conciencia de sus vasallos, el rey es toda la personalidad del hombre. Y si Vds. lo dudan re-

cuerden qué procedimientos necesitó Cárlos III para matar nuestras antiguas leyes, qué obstáculos se opusieron á que Pedro el Cruel inmolara á su esposa y á sus hermanas, qué escrúpulo asaltaba á los Felipes cuando se alzaban con las flotas venidas para sus vasallos de América y mandaban valorar para su Tesoro hasta las alhajas de las iglesias, qué inconveniente se oponia á que los reyes absolutos tasasen hasta el precio de los comestibles y dispusieran hasta la forma del vestido, y se mezclaran hasta en el menaje de las casas, y cerrasen todo respiro á la actividad del hombre. En cierta ocasion andaba triste y meditabundo Luis XIV. Sus cortesanos ni siquiera se atrevian á preguntarle la causa de su profunda tristeza. Solo en sus ahogados suspiros y en sus tétricas miradas adivinaban que el rey padecia remordimientos. Un dia el rey se mostró más alegre, despues de haberse confesado. Entonces le preguntaron la causa de su alegría. «Tenia remordimientos, dijo, por los grandes tributos que he impuesto á mi pueblo; pero me he convencido de que, siendo mio todo el reino, aún deben agradecerme mis vasallos lo que les he dejado.»

Toda esta teoría del poder es una teoría pura-

mente idólatra; es la teoría de los imperios orientales subyugados por el panteismo materialista; es la teoria que endiosa á un mortal y lo convierte, como el rey babilónico, en miserable bestia. La democracia, que quiere el gobierno del mundo por las leyes naturales de nuestra alma, tan inmutables y perennes como las leyes de la naturaleza, está inspirada por el espíritu cristiano, que vino á lavar con la sangre del justo la conciencia humana, para que resplandeciera en ella con luz más viva la eterna imágen de Dios. El despotismo, que une en consorcio sacrílego el poder espiritual y el poder temporal; que desconoce la eterna ley de la justicia; que pisotea la libertad del hombre; que apaga la luz del alma en el lodo de la materia; que se desliza en el santuario de la conciencia para extinguir la vida; que mata la dignidad moral, sin cuyo timbre no puede ser el hombre, existirá en pueblos envilecidos, en pueblos que no tengan nocion de justicia, en pueblos entregados al culto de la materia; pero no puede existir en los pueblos que conocen sus derechos, que saben su orígen divino, que han aprendido la libertad y la igualdad; no puede existir en pueblos cristianos. Ya lo dijo el gran

Tertuliano: «Los Césares serian cristianos si pudiesen ser á un mismo tiempo cristianos y Césares.»

Creo que con estas razones bastaria para probar que el espíritu democrático está en consonancia con el espíritu cristiano, mucho más que el espíritu de las sociedades ya muertas y que pretenden resucitar Vds., contra todos los decretos de la Providencia. Pero prosigamos. Ustedes, ¿qué quieren? Quieren el fatalismo social. Creen que el hombre no puede dirigirse por sí mismo, y le condenan á vivir atado bajo las plantas de su señor. El fatalismo es la ley de la sociedad pagana. Do quier volveis los ojos, encontrais esa ley en todo su vigor. Prometeo bajo sus cadenas, Edipo recorriendo ciego los campos de Collonna, Ixion atado á su rueda, Caton muriendo porque creia que la libertad humana no podia nada contra el destino; todos esos grandes tipos heróicos y humanos de la sociedad antigua, en sus varias manifestaciones, representan la misma idea que ustedes vienen metamorfoseando todos los dias, la idea de la decadencia irremediable del hombre, de la fuerza del destino y de la nada de la libertad. Nosotros, hijos del cristianismo, no podemos

sostener esa teoría. Nosotros creemos que la libertad es el sello que distingue al hombre y le eleva sobre todos los séres de la creacion. Y como creemos que sin libertad no podia existir el hombre, queremos que la libertad se aplique á todas las esferas de la vida humana. ¿Quién es más cristiano, el que degrada al hombre hasta convertirlo en esclavo, ó el que le ensalza hasta hacerle el ideal de la sociedad, como que en su alma está grabada la imágen de Dios?

Pues si de aquí pasamos á la igualdad, ¡qué diferencia entre Vds. y nosotros! Ustedes creen, como la sociedad antigua, en la desigualdad natural del hombre. En el mundo oriental existia la casta, en el mundo griego el esclavo, en el mundo de la Edad media el siervo. Ni el siervo, ni el esclavo, ni el pária, son cristianos. El siervo, el pária y el esclavo, han nacido al calor de la idea que proclamaba la desigualdad natural entre los hombres. Esa idea elegia á los privilegiados para el poder, á los infelices para el trabajo; hacia á los unos dioses, hacia á los otros bestias; personificaba la virtud, la ciencia, en una casta, en una familia, y al que habia nacido en las escalas inferiores de la sociedad, lo condenaba á eterna de-

gradacion, borrando en él toda idea de justicia, todo sentimiento de dignidad humana. Ustedes no me recusarán la autoridad de Bonald. Pues bien, Bonald sostiene que ciertas clases no deben gozar ni de la libertad, ni del derecho, ni del gobierno, porque han nacido para la desgracia y para el trabajo; como si todos no hubiéramos sido igualmente redimidos; como si todos no tuviéramos un mismo padre, que está en los cielos; como si todos no perteneciéramos á una misma familia, que es la humanidad; como si todos no gozáramos de una misma alma; como si todos no estuviésemos llamados á un mismo destino; como si todos no fuéramos hombres.

El dogma del progreso es otro de los dogmas que Vds. desconocen. Ustedes, desde que la civilizacion ha huido del despotismo antiguo, creen que la civilizacion se ha perdido. Proclaman que el hombre del siglo XIX es un rebelde, enemigo de Dios. ¿Y por qué? Porque se ha levantado de la esclavitud y ha escrito al frente de sus códigos la palabra inmortal de su derecho. Ustedes quieren que el hombre viva siempre temblando; siempre entregado al miedo de sí mismo; siempre dispuesto á ser esclavo. Y el cristianismo ha dicho al

hombre: «Sé perfecto, como es perfecto tu padre, que está en el cielo.» Y esta perfeccion es imposible mientras el hombre tenga un yugo sobre su voluntad, mientras se degrade vilmente de su orígen divino, enagenando su libertad, que es su vida. El dogma de la decadencia irremediable del hombre no puede ser el dogma del cristianismo, del hombre redimido. Vean Vds., pues, cómo aquí Vds. son los paganos, y nosotros somos los cristianos. Los enemigos del progreso se parecen al héroe antiguo, que, privado de esperanza, buscaba en la muerte el único lenitivo posible á sus dolores.

Pero voy á concluir esta carta, y en otra, si me lo consienten mis ocupaciones, mostraré que si en esta polémica ha habido heregías, han sido cometidas por Vds. Me extraña mucho que ustedes, tan religiosos, se afanen por publicar las culpas agenas y encarecerlas, y por ocultar las propias, olvidados de aquellas confesiones generales que solian hacer los fieles que no se tenian por impecables. Yo no diré que yo no haya faltado, que no falte; pero sí diré que cuando veo á un hombre sumido en el error, olvidado de los grandes principios que son como los ejes de diaman-

tes sobre que gira la vida humana, me inspira una compasion muy profunda, y que siempre desearé la salud y el bien, áun para aquellos que sean mis enemigos. Se ofrece de Vds. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Setiembre 24 de 1859.

SR. DIRECTOR DE LA DISCUSION.

Mi querido amigo : He seguido con atencion la polémica empeñada por V. con el partido progresista, polémica que algunos creen funesta, y que yo juzgo muy á propósito para desvanecer dudas, distinguir y concretar nuestros principios, mostrando que ni por nuestra doctrina, ni por nuestra historia, ni por nuestra conducta, podemos confundirnos con las diversas parcialidades que hoy luchan en España. Dicho esto, no es mi ánimo entrar en el fondo de la cuestion, porque nuestros principios están habitualmente defendidos por pluma mucho más autorizada que la mia, y porque poco podria añadir á lo que siempre he sostenido sobre tan controvertida materia. Algunas expresiones vertidas por *Las Novedades* me

mueven á molestar la atencion de los lectores de su periódico. Se debaten recuerdos del bienio, de los que nadie tiene tanto derecho á hablar como yo. Todos los dias, á todas horas, se dice que habia divergencia de principios entre *La Soberanía Nacional* y *La Discusion*. Si yo no he seguido mal todo el curso de la polémica, esta ha sido el arma con más empeño manejada por *Las Novedades*. Permítame el periódico progresista que niegue su aserto : entre los dos periódicos democráticos no ha habido nunca diferencia de principios. Yo he sido redactor de *La Soberanía* desde tres meses despues de fundada hasta tres meses antes de su desaparicion á impulsos de la desgracia de 1856. En todo el tiempo que estuve, acaso no haya un número, ni uno solo, en que no se encuentren artículos mios. Y estos artículos son, por sus principios, por sus ideas, idénticos á los que en todos tiempos he escrito en *La Discusion*.

Sabido es que la historia de la ruidosa lucha entre *La Soberanía Nacional* y *La Discusion* va unida á la de mi separacion de aquel periódico. ¿Por qué me separé de *La Soberanía Nacional*, de un periódico que yo amaba, que yo sostenia

con todas mis fuerzas? ¿Fué por alguna cuestion de principios? No, y mil veces no. Voy á recordar todos los hechos, porque los tengo tan presentes, tan vivos en la memoria, como el dia en que sucedieron. Para esto necesito hablar de un amigo mio muy querido, que ha muerto víctima de la prodigiosa exaltacion de su fé; muerte dolorosa, nunca bastante sentida, nunca bastante llorada, y que muestra que esos grandes caractéres, que todo lo sacrifican á la idea capital de su vida, suelen quebrarse en la triste realidad de los hechos, como se quiebra la espada de un héroe en las piedras de un muro, en las puertas de una fortaleza. Todo el mundo recordará á Sixto Cámara. Pocas personas hay en nuestra historia contemporánea ménos conocidas, peor juzgadas. Yo que he vivido en la intimidad de su trato, yo que he admirado la grandeza de su talento, yo que he visto hasta el curso y trasformacion de sus ideas, me permitiré algun dia, cuando las lágrimas que hoy nublan mis ojos se hayan secado y me consientan mirar á los tiempos que dejamos á nuestra espalda, describir el carácter y las creencias de Sixto Cámara, y llevar esa pequeña flor á su triste sepultura.

Sixto Cámara amaba, sobre todo en el mundo, su causa; queria evitar todos los males que afligen á las clases pobres. Su imaginacion abrazaba todos los sistemas que prometen algunos remedios para el desvalido, y su voluntad todos los medios que podian conducir al triunfo de sus ideas. A pesar de la ruda elocuencia de sus escritos, de la virilidad de su palabra, era dulce, era amable, era bondadoso. Las ideas de cadalso, de muerte, de esterminio, que le han atribuido, no pasaban nunca por su mente. Léanse sus obras, y se verá en ellas deseo de extinguir la pena de muerte, ódio al terror y á la venganza.

Pero cuando se aproximaban los acontecimientos de 1856; cuando la revolucion de Julio naufragaba; cuando se veia que iban á comenzar de nuevo los funestos once años del dominio del partido moderado, Sixto Cámara llegó á creer, exaltado por su fé y por las grandes moles que veia en lo porvenir, llegó á creer que la revolucion, gangrenada, necesitaba un cauterio; que una conducta política tan enérgica y tan decidida como la conducta de los convencionales podria salvar á la pátria; que era necesario un remedio supremo capaz de redimir á la libertad en un supremo

trance. Muchas veces me lo habia dicho así. Yo le hacia consideraciones sobre las manchas de sangre que la conducta de la Convencion arrojó en la libertad, sobre lo inútil de esos sacrificios, sobre lo injusto que era predicar la destruccion y los cadalsos, y querer con los fragmentos de estos cadalsos aniquilar á nuestros enemigos, cuya más grande pena debia ser mirar y sentir los dulces efectos de los mismos derechos que habian denostado y herido. Sixto me creia y se calmaba, porque en su corazon no habia más que un amor intenso y desinteresado á la libertad y una grande admiracion á los tipos clásicos de algunos revolucionarios franceses.

Un dia habia yo escrito un artículo defendiendo la democracia, y entre las reformas que reclamaba como más justas y más urgentes, ponia la abolicion de la pena de muerte. En el mismo número en que se publicó mi artículo se escribió un suelto, que era hijo del ardor que por la causa del pueblo sentia Cámara, y no de intenciones dañosas, impropias de su corazon generoso. En este suelto pasaba al dominio del público el pensamiento que yo habia combatido privadamente. ¿Qué me tocaba hacer en tan amargo trance? Pro-

textar y retirarme. Yo rogué antes á Cámara por escrito que declarara que el suelto se habia deslizado involuntariamente en el periódico. Hubo momentos en que Cámara pensó hacerlo así, y áun varios de nuestros comunes amigos me dijeron que si en vez de escribirle yo hubiera ido á verle personalmente, hubiera Cámara retirado el suelto, pues muchas veces, en materias delicadísimas, cedia á mis instancias, por el gran cariño que me profesaba. Confieso que cuando ví las tristes consecuencias de aquellos cortos renglones, tuve remordimientos por no haber hecho más para arrancar á Cámara la declaracion que yo deseaba.

No trato ahora de investigar quién tenia razon, quién no la tenia. Esto no me incumbe. Lo que pregunto á *Las Novedades*, y le reto á que conteste con toda la lealtad propia de buenos adversarios, es: la cuestion que promovió estas diferencias, ¿era una cuestion de principios ó una cuestion de conducta? Era una cuestion de conducta. Esto es tan cierto, que el derecho individual, ese derecho sagrado é inviolable, que es la ley de nuestra naturaleza, habia sido explicado, mantenido por mí en *La Soberanía Nacional* con toda amplitud, tal como lo ha explicado siempre

La Discusion. Si alguna duda pudiera caber, léase mi *Fórmula del Progreso*, y allí se verá que al hablar del derecho individual cité en 1858 las palabras que habia vertido yo en *La Soberanía Nacional* en 1856; palabras que eran tan sólo una repeticion de los dogmas capitales de la democracia. Yo pasé de *La Soberanía* á *La Discusion*, sin que nadie dijese que habia adelantado ni retrocedido un paso, pues fijo me habia quedado en mi puesto con mi bandera en la mano. Yo, más tarde, cuando un periódico dijo que habia diferencias de principios entre *La Soberanía Nacional* y *La Discusion*, publiqué una carta diciendo que no diferian en un ápice las ideas de un periódico de las ideas de otro periódico. Sixto Cámara vivia entonces y no me desmintió, lo cual prueba que convenia en que nos separaba desde fines de Marzo de 1856, no una cuestion de principios, no, sino una cuestion de conducta, la cual no trascendia á los dogmas de la democracia. Separados defendimos lo que habiamos defendido juntos, condenamos lo que juntos habiamos condenado, esparcimos las ideas que juntos habiamos esparcido, porque nuestras almas se encontraban y se confundian en unas mismas creencias.

La unidad de nuestro partido no se rompió, como no se rompió la unidad de nuestro símbolo. Los derechos individuales eran la comun creencia de todos los demócratas; ninguno podia faltar á esta palabra, que es el alma de nuestra escuela y el ideal del progreso. La democracia de 1812 no habia pasado de Rousseau, y profesaba por fundamento de todos sus dogmas «la soberanía popular.» Pero desde 1812 hasta 1859 ¿nada habia de adelantar la democracia? Del principio de la soberanía del pueblo no puede concluirse que la libertad y la vida humana es inviolable. La democracia moderna ha consagrado nuestra naturaleza con la idea del derecho. La palabra «soberanía del pueblo» fué una negacion del derecho divino. Nuestro símbolo es la afirmacion que sucede siempre á todas las grandes épocas críticas; afirmacion que ha venido á poner en armonía, á conciliar, la soberanía del pueblo con los eternos principios de justicia. Esto dice *La Discusion*, esto decia *La Soberanía*; esto dirán todos los demócratas. La libertad es una, y no pueden suprimirse ni mutilarse sus varias manifestaciones. Los demócratas pensarán todos lo mismo, porque su idea no se plega á los hechos, sino que nace

del seno inmortal de la conciencia. El móvil que impulsa á los progresistas á presentarnos divididos, es el de ocultar con los males agenos el fraccionamiento de sus ideas, la decrepitud de sus repúblicos. Permítame V. que le dé un consejo. Olvidemos la conducta del partido progresista con la democracia. Cuenta Plutarco que cuando el tirano Dionisio despidió por última vez de Sicilia á Platon, como le rogase que no hablara mal de su gobierno ni de su conducta en la Academia, Platon le contestó: «Dios no quiera que sea tan estéril el objeto de nuestras conversaciones, que nos veamos obligados á mencionarte.» Queda de usted afectísimo amigo Q. B. S. M.

Benidorm 12 de Setiembre de 1859.

UN DIA EN ALGAR.

SEÑORA DOÑA CAROLINA CORONADO.

DEVA.

Madrid 9 de Octubre de 1859.

Mi apreciable amiga: Las gratas impresiones que recibimos de la naturaleza nunca se sienten tan vivas como al separarnos de la naturaleza. Parece que el espíritu entonces, volviendo sobre sí mismo, dá nueva vida á los séres, y tiñe con sus colores los cuadros que ya no vemos, y armoniza con sus notas los sonidos que ya no oimos, y anima con sus ideas las fuentes que hemos dejado en nuestro camino, porque al fin naturaleza seria como una flor seca, si no le diese aromas el espíritu humano; como un libro cerrado é ininteligible, si el espíritu del hombre no interpretara sus misterios, no leyera en su fondo

el pensamiento de Dios. Y estas impresiones á nadie debo comunicarlas sino á V., cantora de la naturaleza, cuyos armoniosos versos, escritos á la luz del sol, bajo los árboles, con el acompañamiento de los torrentes y el ruido de los bosques agitados por el viento, tienen esa natural expontaneidad de la flor que nace abandonada en el campo; y sus ecos, aún apasionados en el papel, se parecen á los primeros arpegios que el ruiseñor lanza en la primavera, oculto con su nido entre el follaje en las flexibles ramas de la florida zarza-rosa.

Voy á contar á V. una de mis expediciones de este verano. Hay en la marina de Alicante, en Lallosa, un país en el corazon de aquellas montañas, que es una Suiza iluminada por el sol, y cubierta por el cielo del Mediodía. Mi natural curiosidad, mi deseo de comunicarme con la naturaleza, de penetrar más y más en su vida; el solícito cuidado de mis amigos, que de nada me privaban, fueron parte á llevarme á tan delicioso país. En verdad, no fuimos por ferro-carril ni áun por una carretera, si es que carretera puede llamarse á un estrecho camino abierto por uno de mis compañeros de expedicion; pero en cambio,

al pisar las altas sierras, al bajar á los profundos valles, al bordear los abismos, sentia que nada, absolutamente nada, ni áun la industria del hombre, se interponia entre la naturaleza y mi alma. Usted habrá sentido, que tanto siente en presencia de la naturaleza, lo que yo siento siempre. Cuando veo los árboles, los bosques, las gotas de rocío, los arroyos, las montañas coronadas de niebla, los torrentes que se precipitan entre las rocas, el águila que cruza los vientos, los azulados cielos que flotan como una gasa sobre mi frente, me desposeo de mí mismo, de mis ideas, me confundo en el sér en cuya presencia me hallo, y mi alma es como una hoja de los árboles, como una onda de los aroyos, como una espuma del torrente, como una gasa de la niebla, como un suspiro del aire, como una gota que se evapora y se pierde en la vida universal. Esto prueba que el espíritu, el espíritu que quiere volar libre por las esferas, que quiere perderse en lo infinito, que produce tantas y tan maravillosas obras de arte, no puede divorciarse, no puede en este mundo desasirse de la naturaleza; y de ahí el secreto encanto que nos dan los campos, la tierra, cuando está produciendo la vida; sí, esa vida que noso-

tros absorbemos por todos nuestros poros, que nosotros sentimos deslizarse como la sávia por todo nuestro cuerpo, hijo natural de la tierra, como el espíritu es hijo natural del cielo.

No puedo conservar fielmente en la memoria todos los cuadros que abrazó mi vista en esta expedicion. Primero vimos la huerta de Benidorm con sus palmeras, sus mirtos, sus nogales, sus innumerables casas de campo ocultas entre el follaje, sus inmensos maizales, sus piteras, que le dan el aspecto de un paisaje del Oriente. Despues atravesamos la pequeña aldea del Alfaz, asentada en una pintoresca colina, coronada de amenos bosquecillos, con el mar en frente, y á sus espaldas altas y pintorescas sierras. En esta aldea habia en otro tiempo en medio de la plaza un enorme pino. Sus ramas se habian extendido de tal suerte, que cobijaban la iglesia y la casa del municipio. Bajo aquel árbol el pueblo celebraba sus juntas. Es antiguo en la humanidad esa tendencia á unir su vida á un árbol como á un solitario amigo, como á un confidente de sus dolores. El pueblo sagrado que lloraba en su destierro bajo los sauces de Babilonia; el profeta que cantaba acompañado por el rumor que producian los vien-

tos en los cedros del Líbano; la sacerdotisa del primitivo paganismo de Dodona, que sacrificaba á la argentada luna bajo las sombrías ramas de la sagrada encina; el celta, que tenia por templos los bosques; los antiguos filósofos, que controvertian los altos principios bajo los plátanos del Pireo; los descendientes del Odino, que crian oir suspirar las almas de sus padres en las hojas de sus selvas conmovidas por el huracan, prueban que la humanidad en todo tiempo ha unido á esos árboles, que fueron el primer apoyo de su hogar, los primeros testigos de su nacimiento, que cobijaron su cuna, un sagrado recuerdo. En estos pequeños pueblos sucede lo mismo, porque el hombre es el compendio de la humanidad. El dia que cayó el árbol, todos lo sintieron, porque cayó de vejez, y todos conservan sus reliquias. Yo me acordé involuntariamente de V., sí, de V., que tantas veces me ha referido en su lenguaje, animado y pintoresco, el cariño que allá en su valle de Bótoa le inspiraba un árbol, uno de esos árboles, ora cargados de frutos, ora de flores, que parecen tener una voz cuando exhalan de sus ramas el cántico de las aves del cielo.

Seguimos nuestro viaje. Nos acercamos al pue-

blo de Nucia. Desde nuestro camino, bordado solo de algunos almendros, olivos y algarrobos, veiamos, como de una altura eminente, profundos valles que se abrian bajo nuestras plantas. Nada más pintoresco que ver un valle desde una altura. Parece que somos reyes de los vientos, y que podemos gozar de la creacion recreándonos en su conjunto. La distancia confundia las líneas, borraba los espacios que separan un árbol de otro árbol, un bosque de otro bosque; y respirábamos el oloroso aroma de todas aquellas flores que subia como el incienso al cielo, y veiamos los mil pintados insectos que cruzaban entre las ramas, las aves que volaban bajo nuestras plantas, los séres todos allí diseminados, como el Supremo Artista debe ver desde la cúspide de la creacion su obra.

Pocos momentos despues nos hallábamos ya en Polop, pueblo vecino á Nucia. Este pueblo se levanta en una altura, y está rodeado de huertas escalonadas, que forman como un trono. Por donde quiera se encuentran arroyos, fuentes, agua cristalina y purísima que encanta la vista con su movimiento, y regala el oido con su blando susurro. El agua en movimiento siempre alegra,

porque como nuestra vida es una corriente, gustamos de esa corriente contínua; pero alegra más en aquellos pueblos abrasados por el sol, en aquella tierra sedienta, en aquella naturaleza semioriental, entre aquellas sierras volcánicas, que recuerdan todavía en su aspereza, en su falta de vegetacion, el fuego abrasador que corria por sus átomos antes que las apagara el contínuo soplo de los siglos. Allí, bajo unos árboles, D. José Mayor, rico propietario del país, honrado y cumplido caballero, nos tenia preparado un suntuoso refresco, que aceptamos gustosos como un testimonio de ese aprecio que siempre queda en la memoria del viajero, cuya vida es un contínuo y prolongado adios.

Ya bastante tarde salimos de Polop. El sol se hundia en su ocaso; las sombras iban descendiendo poco á poco sobre los campos; el labrador volvia de sus faenas, y á lo lejos se oia el sonido de las esquilas del ganado que tornaba á su aprisco; el canto del grillo, escondido entre las yerbas; los últimos rumores del dia, que se apagaban como el eco lejano de una orquesta. Cuando llegábamos al término de nuestro viaje, ya habia entrado la noche. La luna, sin embargo, teñia con sus

resplandores el lejano mar, se levantaba sobre las colinas, entre los árboles, corriendo fugaz, brillando y desapareciendo, como la fingian los antiguos poetas. Cuando íbamos á entrar en el hondo y profundísimo valle de Alʃgar, oimos una regalada música, que parecia exhalarse de aquellas grutas, de las hojas de aquellos árboles. Difícilmente podré pintar á V. este valle en aquella deliciosa noche, que ha quedado fija, impresa indeleblemente en mi memoria. Formaban aquel cuadro elevadas montañas, cubiertas de prodigiosa vegetacion; huertos suspendidos en los desfiladeros de éstas montañas, como canastillos de frutas y de flores; casas diseminadas aquí y allá sobre los abismos, como nidos de palomas; torrentes precipitándose espumosos desde las altas sierras; un rio claro, cristalino, deslizándose entre cañares, y naranjales y bosques de limoneros; aire fresco y perfumado, agitando dulcemente las hojas; y la luna, la blanca luna, vertiendo su luz en todos los objetos, quebrando sus rayos en los torrentes, reflejándose en las claras aguas del rio, inundándolo todo con esa luz tan indecisa como un sueño, tan impalpable y etérea como un pensamiento. En estos instantes, en que contem-

plamos un cuadro tan maravilloso, el alma envidia á la mariposa, á la luciérnaga, hasta á los séres que viven contentos en una gota de agua, porque quisiera penetrar en la raiz de la vida, y perderse, sin conciencia de sí, en el inmenso seno de nuestra madre naturaleza.

Nosotros nos albergamos en un molino, donde D. Jacinto Ronda, hábil é inteligente abogado de Callosa, nos obsequió con toda suerte de obsequios, que nunca, nunca podremos agradecerle como se merece, por su caballerosidad y su finura. Inmediatamente que me ví allí me asaltó un recuerdo. Usted sabe que yo soy aficionadísimo á la música, porque su armonía concierta muchas veces el desconcierto de mi sér, apaga la eterna lucha entre el espíritu y la materia, me infunde esa vaga melancolía del sentimiento, que es un verdadero descanso del alma. La vista del pintoresco molino, escondido entre cañares; los bosques umbrosos, de los cuales sacaba el airecillo algun gemido que parecia una melancólica y dulce nota; la armonía del torrente que bajaba hasta besar nuestras plantas y salpicar con sus espumas nuestra frente, dejando un eco melancólico en el aire; la cima de las montañas coronadas con

los tibios resplandores de la luna; el dulce murmullo del tranquilo rio que se deslizaba, perdiéndose en las sinuosidades del valle cubiertas de verde grama; el acento de algun cantar que parecia salir por su cadencia triste y prolongada del fondo de aquella dulce naturaleza; los mil ruidos de la noche que tenian una acentuacion fantástica, semejándose á palabras de séres sin forma, vagas como las sombras; la tristeza de mi alma, que ha creido oir siempre en la música el lamento de sus propios dolores, me inspiraban el deseo de oir alguna sonata, alguna armonía que respondiese á las ideas de mi inteligencia, á los sentimientos de mi corazon. Un amigo que miraba á mi lado aquel cuadro, al ver el molino, el torrente, los bosques, las altas montañas, me recordó el divino idilio de Bellini, que tantas veces ha arrancado dulces lágrimas á mis ojos, *La Sonámbula*. ¡Oh! ¡Cuánto hubiéramos dado en aquel momento por oir una de aquellas notas que caen como lágrimas sobre el espíritu; uno de aquellos lamentos que se llevan tras sí el alma, como la onda se lleva la cinta de alga; una de aquellas armonías campestres que tienen toda la frescura de los valles abrevados de rocío, toda la poesía de

las geórgicas de Virgilio; una de aquellas canciones del inmortal artista que infunden la vida del amor hasta en los séres inanimados; una de aquellas cadencias que hacen del corazon como una lira, y si lo entristecen, lo levantan á todo lo grande, y lo consuelan con el bálsamo del arte.

Aún no habiamos expresado este deseo entre nosotros dos, á solas, cuando se nos presentó un jóven con un violin en la mano. Su actitud, sus modales, su iluminado mirar, su cabeza griega, su continente, revelaba un artista. Varios amigos le rogaron que cantase; pero pretextó estar ronco, y no quiso cantar. Entonces le rogaron que compensase con el violin la falta del canto. Francamente, casi lo sentí; porque temia pasar un mal rato oyendo algo desagradable. El jóven accedió gustoso, y comenzó á tocar su violin. Los primeros compases me revelaron que tenia delante de mí un artista, y que me habia engañado mi presentimiento. Hallábame poseido de un magnetismo especial oyendo aquellos compases, como si hubiese tomado cuerpo una idea que volaba vaga por mi inteligencia. Sentia un descanso, un consuelo, oyendo el mágico acento del violin, ese descanso, ese consuelo que sigue siempre á la satis-

faccion de un grande y justo deseo. Creia adivinar aquella música, porque aquella música resonaba en mi corazon como si fuera el reflejo de un recuerdo, el eco de una voz querida. A los pocos instantes lancé un grito involuntario de sorpresa. Nuestro artista tocaba unas variaciones de mi ópera favorita, de *La Sonámbula*. Nunca me ha parecido tan dulce y tan campestre el inmortal idilio del inmortal maestro. Aquella música, expresion de la inocencia y del dolor, apasionada, purísima, cuyo acento tiene para mí una indefinible mágia, que llenaba los aires con sus dulces y tiernas melodías, y el corazon con ese dolor misterioso, que es la fuente de los grandes pensamientos, iba á perderse en suave concierto con el rumor de las brisas, de los bosques, y de las aguas, dulce acompañamiento, que identificaba la idea del hombre con la naturaleza, el espíritu con la creacion, la vida de la conciencia con la vida de todos los séres. Nosotros, querida amiga, hemos perdido mucho de la intuicion artística. Es un error aislar la naturaleza del arte, como hacian los pueblos primitivos, que creian no haber pensamiento superior al mundo. Es un error aislar el arte de la naturaleza, como hacemos nosotros, que áun

en el drama, en el arte más cercano al objetivo, (permítame V. lo pedantesco de la frase), tenemos bosques de almazarron y cielos de lienzo. El verdadero instinto superior y artístico estaba en los griegos, que componian sus versos para todo el pueblo, y los recitaban en las fiestas públicas, y representaban sus dramas teniendo por bóveda el cielo, por luz el sol, por bastidores los árboles, por fondo el mar, el azulado mar Mediterráneo, que acompañaba con sus dulces y misteriosos ecos la gigantesca voz de los héroes, y el cántico religioso y acompasado de los coros, que elevaban una eterna plegaria al cielo. Así confundian el espíritu, la naturaleza y lo infinito en sus concepciones, eternos modelos del arte.

Mas volviendo al objeto principal de mi carta, diré á V. que pocas veces, muy pocas veces la música de Bellini ha dejado una resonancia tan dulce en mi alma como aquella noche, en que la tranquilidad del campo, la libertad del espíritu, la dulce tristeza del corazon convidaban á sentir esos sentimientos vagos y puros que son como un albor de nuestra patria celeste, y ora esas oraciones dulces y mudas que se exhalan del corazon tan expontáneamente como se exhala el aroma del

cáliz de las flores. Bien es verdad que el artista de quien hablo á V. ha recibido de Dios extraordinarias dotes, inspiracion, sentimiento, habilidad suma, una delicadeza, que parece que el aire mueve las sonoras cuerdas de su instrumento; una conciencia de lo que toca, que su rostro se inmuta y refleja todas las ideas de sus dulces armonías, de tal suerte, que es imposible oirle sin sentirse arrastrado, conmovido por esa mágia del canto, que parece tener dominio hasta sobre los séres inanimados, acaso porque la naturaleza está fundada en la ley de un eterno ritmo, y su sosegado movimiento es como una eterna armonía. He conservado en mi memoria el nombre del artista. Se llama Pallarés, y puede honrar á su patria, á esa hermosa tierra que produce expontáneamente las grandes imaginaciones.

Habiamos visto aquel profundo valle de noche, envuelto en la vaguedad de las sombras y en la mústia luz de la luna. Teniamos un verdadero anhelo por verlo á la luz del sol. Muy temprano, cuando el dia despuntaba, estábamos ya recorriendo sus frondosos bosquecillos. No puedo pintar toda la amenidad de aquel risueño sitio, no puedo.

Las montañas doradas por la luz del alba, hundian sus cúspides en el éther de los cielos, tomando toda la vaguedad del horizonte; el terreno quebrado ofrecia colinas sombreadas de viñas, peñascos desgajados, y sobre esos peñascos levantadas pintorescas casas, lechos secos por donde en invierno se despeñan grandes torrentes, arroyuelos clarísimos que corren murmurando entre los troncos de los árboles, el rio reflejando en su tortuoso curso los bosques de las orillas como un cristal en que la naturaleza se recrea en contemplar á sí misma, yerbas tendidas por todo el suelo cubriéndolo con su verdor, plantas de todas clases, esas plantas y árboles pintorescos del Mediodía, el álamo cubierto de florida yedra, el ceniciento olivo, el oloroso verde mirto, cargado de sus negras lucientes frutas, la frondosa higuera, el naranjo y el limonero, que perfuman la atmósfera con sus olorosas esencias, la flexible palma ostentando su corona, que se destaca sobre todos los árboles; y mientras en las altas cimas de los montes se vé la encina del Norte, en lo profundo del valle la caña se mece hasta tocar con las largas cintas de sus hojas en las aguas, y la adelfa se tiende por los cáuces de los rios y de los tor-

rentes, haciendo sus flores tan purpurinas y tan encendidas como las rosas.

Pero entre todos estos árboles hay uno, cuya historia es tan dulce, tan tierna, que contada por la pluma de V., por esa pluma delicada y sencilla, haria verter dulces lágrimas á todos cuantos la leyeran. Se llama por antonomasia el limonero de Callosa. Aún creo que lo estoy viendo. Su añoso tronco parece palpitar al impulso de la sávia que corre por todos sus poros; sus anchas hojas de un verde brillantísimo, al descomponer el aire, lo llenan de aromas embriagadores; su copa, levantándose audaz, deja entrever algunos pedazos de cielo; su falda, cayendo sobre la tierra, forma como una choza de verdura, en la cual resaltan sus frutos de color de oro pendientes de las ramas; y á su pié corre un arroyo dulcemente, y á su sombra se alza una cabaña habitada por una familia, sin más patrimonio, sin más fuente de vida que aquel árbol, que extiende sobre ella sus ramas, como el ave del cielo extiende en el nido, sobre sus hijuelos, sus maternales álas. No puede usted imaginarse qué impresion tan profunda hizo en mi ánimo el cuadro de aquella familia. Una pobre mujer perdió á un tiempo á su marido

y á su hijo mayor, que era viudo, y se quedó con sus hijos, pequeños todos, y sus netezuelos, sin tener más patrimonio que aquel árbol. Con el producto del fruto del limonero crió toda aquella numerosa familia, alimentó á sus netezuelos y á sus hijos. En el tronco del árbol se apoya su vivienda. Un pequeño cercado de cañas sirve de corral á sus gallinas y demás aves domésticas. El árbol es tan grande, que sus ramas caen fuera de la tierra que es propia de aquella pobre familia, y cobija toda entera la vivienda. Aquella mujer tiene allí un salon más hermoso que los grandes salones aristocráticos, la copa de su árbol; tiene aromas regaladísimos, el aroma de su árbol; tiene flores hermosas, el azahar de su árbol; tiene en primavera música dulcísima, el canto de los ruiseñores que anidan en su árbol; tiene aire puro, el aire perfumado por su árbol; tiene aves que alimenta con el maiz y el trigo que recoje al pié de su árbol; tiene vida, sí, la pura vida que corre por su árbol. Es muy dulce, muy tierno, ver una familia que vive de la vida de un árbol, que le cuida como un padre, que le atribuye todas sus venturas, que le mira como la fuente de todos sus bienes, que le bendice á todas horas, que se

cobija bajo sus ramas como al calor de maternal regazo, que ve en cada uno de sus frutos un presente del cielo, que suspende la cuna de todos sus pequeñuelos de aquellas ramas, que celebra las bodas de todos sus jóvenes bajo aquella expléndida verdura, y que muere al pié de aquel árbol, trasmitiendo de generacion en generacion su recuerdo, hasta hacerlo sagrado en la memoria de los habitantes de toda la comarca. Yo, sentado á la puerta de la cabaña, con la cabeza apoyada en el tronco, y los ojos perdidos en aquel follaje, oia enternecido la historia del árbol, contada por una pobre mujer en el dulce dialecto valenciano, y á cada instante mi corazon latia como si recibiera la sávia de aquella prodigiosa naturaleza, y mi alma elevaba una muda pero sentida oracion á la inagotable Providencia. Yo, despues de haber recibido unas cuantas olorosas frutas del árbol, despues de haber saludado á los que puedo llamar sus moradores, seguí mi camino, explorando aquel delicioso valle, cuadro animado con los más bellos matices que toma la vida en la naturaleza.

Era necesario subir, y subir mucho. Cortamos unas cañas verdes que nos servian de bácu-

lo, y proseguimos á pié nuestro camino. Ya trepábamos por una colina, ya corríamos á bajar á lo profundo, ya bordeábamos un insondable abismo, en cuyo fondo se oia el misterioso ruido de las aguas. Yo creí que nada podia ofrecernos aquel valle de más hermoso que lo que habíamos visto. Y sin embargo, aún nos faltaba lo más sorprendente, lo más maravilloso. Despues de haber atravesado algunos bosquecillos y de haber trepado por algunas colinas, nos quedamos suspensos delante de un nuevo cuadro que se descubria á nuestros ojos. En el fondo se veian coronadas de nieblas montañas cenicientas, que parecen volcanes extinguidos; á la derecha se descubrian bosques de toda suerte de árboles, dorados por los rayos del sol naciente, é impregnados de las dulces armonías de mil canoras aves que saltaban por sus ramas; en el fondo de aquellos bosques, medio cubiertos por el follaje, se levantaban molinos y casas de campo cercadas de pámpanos; á la izquierda se perdian en declinacion progresiva colinas cubiertas de verduras, llenas de cabañas, de eras, de lagares, de huertos, de todo lo que puebla el campo; bajo nuestros piés se descubrian abismos, peñascos desgajados cubiertos de musgo

y ornados de flores de las mil plantas que la humedad, sangre de la tierra, produce y mantiene; y al frente, precipitándose desde una elevacion inmensa, tres grandes cascadas que formaban como arcos de brillantes y líquidos cristales, que se entrechocaban en las peñas, y al romperse salpicaban con sus espumas y con sus gotas de mil colores, segun el matiz de la refraccion de la luz, nuestras cabezas, que se inclinaban con religioso respeto ante aquel espectáculo, verdadera revelacion de la presencia de Dios en el mundo.

Yo quise subir hasta el orígen de aquel espumoso rio, y con gran trabajo subí. Al ver aquellas fuentes que producen tanta vida, que llevan tanta sávia á los árboles, que son la providencia de tantas familias, me sentí dulcemente conmovido. Habia allí bosques de adelfas, todas floridas. Como llevábamos cañas verdes, cogimos ramos y coronamos las cañas con aquellas hermosas flores. Despues descendimos dando un adios á tantos sitios pintorescos como habíamos visto, á las colinas, á las cabañas, á las casas de campo, á los árboles. Al volver á nuestra habitacion iba cargado de flores y de frutas. Los campesinos salian á mi encuentro y me daban albér-

chigos, nueces tiernas, racimos de uvas, naranjas, limones, ponciles, manzanas, todas las frutas que daba aquel campo. ¡Oh! No puedo recordar tanta solicitud, tanto cariño, sin enternecerme y sin que se arrasen de lágrimas mis ojos. ¡Cuántas heridas del corazon cerraba este cariño! ¡Cuánto bálsamo ha derramado en mi alma esta contínua comunicacion de la naturaleza, ténue velo que nos separa de Dios! El que dirigió esta expedicion fué D. Juan Thous, propietario de esta provincia, y diputado que ha sido á Córtes. Nunca podré encarecer bastante su caballerosidad, la rica vena de su fecunda fantasía. Aún no se habia pensado una cosa, cuando ya estaba realizada, porque de su mente á su voluntad, y de su voluntad á lás obras, no hay la distancia que media entre los demás hombres. Él nos guiaba por aquellos senderos, él organizaba nuestras expediciones, él hacia surgir á nuestra vista todos los encantos del país, él nos preparaba á cada paso una sorpresa inesperada. Es un poeta práctico, que pinta y canta con los hechos como otros pintan y cantan con las ideas. Yo nunca podré agradecerle bastante lo que se ha desvelado este verano por buscar algun lenitivo al grande, al in-

menso dolor que me llevaba á buscar la soledad del campo. Mi agradecimiento, pues, será eterno. Quisiera que V. fuese por aquellos países. No encontrará V. tal vez las montañas de las Provincias Vascongadas; pero encontraria V. la palma del Oriente, los bosques perfumados por el azahar, el mirto de que se coronaban los poetas antiguos, la adelfa cubierta de flores, el cielo siempre sonriente, iluminado por un sol de que no tienen idea en el Norte; el mar Mediterráneo con sus horizontes celestes, su tranquila superficie, sus leves ondas ceñidas de plateada espuma, su color claro, su eterna inspiracion artística, que aún vaga perdida por sus brisas, y en aquella fuente de vida acaso pulsaria V. de nuevo su hermosa lira, que debe V. tañer para su gloria y nuestro encanto. Queda de V. siempre admirador y amigo, Q. B. S. P.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas.
El Papa y el Congreso—I.	1
——— ——— II.	15
Ultima fase del cesarismo	31
La política nacional.	47
Las desgracias históricas de Italia—I.	61
——— ——— II.	73
——— ——— III.	87
Un derecho de asociacion.	99
La guerra de Africa—I.	111
——— ——— II.	129
——— ——— III.	143
La guerra de Africa, y abnegacion de la democracia.	153
La cuestion de Italia.	165
Carácter democrático de nuestra patria.	177
Cuestion de Italia.	187
El patriotismo español.	203
La cuestion de Italia.	215
España en el Congreso europeo.	235
La democracia europea.	247
El Congreso europeo.	261
Sres. Redactores de *La Regeneracion*.	275
Sr. Director de *La Discusion*.	289
Un dia en Algar.	299

OBRAS DE FONDO

RECIENTEMENTE PUBLICADAS.

Aguilera. — Limones agrios, 8.° mayor. 14
Argüelles.-De 1820 á 1824, reseña histórica, 1 t., 8.° mr. 14
Camposmor.—Doloras escogidas, 16.° 6
—Colon, poema, 16.° . . . 6
—Lo absoluto, 8.° mayor . . 14
Catalina.—La Verdad del Progreso, 4.° 24
—La Mujer, 8.° 4.ª edicion. . 20
Castelár.—La Fórmula del Progreso, 8.° 8
—Defensa de la Fórmula del Progreso, 8.° 8
—Cuestiones políticas y sociales, 3 tomos, 8.° 24
—La civilizacion en los cinco primeros siglos del Cristianismo, 4 tomos 8.° mr., 2.ª ed. 64
—Idem id., tomo 4.° de la 1.ª edicion. 26
—La Hermana de la Caridad, 2 tomos, 8.°, 3.ª edicion 16
— Discursos parlamentarios en la Asamblea Constituyente de 1869 á 1870, 2.ª ed., 5 ts. 8.° 24
Costanzo.—Música celestial 1 tomo, 8.° mayor 14
Código de los jesuitas, 16.°. 4
Espirita, por Gautier, 8.°. 14
F. de los Rios.— O todo ó nada, un tomo 8.°. . . . 14
—Cuentos para todas las edades, edicion de lujo con láminas, en 4.°. 24
F. y Gonzalez.—La hija del Carnaval, 8.° mayor. . . 14
Guia completa del viajero en Madrid. 12
Hartzenbusch. — Tardes de la Granja, con láms., 4.°. 24
Karr.—Las mujeres, 1.ª y 2.ª parte, 8.°. 10
Lamartine. — Las confidencias, 8.° 10
—Las nuevas confidencias, 8.°. 10
—Ultimas confidencias, 8.° . . 10
Llanos y Alcaraz.—La Mujer del siglo XIX, 8.° mayor 20
Macé.—Aritmética del Abuelo, 8.°. 12
Murger —Escenas de la vida de Bohemia, 4.° 4
Nombela. — El bello ideal del matrimonio, 16.°. . . . 8
El coche del diablo, 2.ª edicion; dos tomos, 8.°. . . . 12
Olózaga. — Estudios sobre elocuencia, 8.° mr. 3.ª edicion 14
Pacheco.—Literatura, historia y política, 2 ts., 8.° mr. 28
Pedrosa. — Cuentos íntimos, 8.°. 14
Palacio (M. del).—Doce reales de prosa y algunos versos gratis, 8.° mayor . . . 12
Pereda.—Escenas montañesas; un tomo 8.° mayor. . . 14
Paul de Kock.—El Prado de Amapolas, dos tomos, 8.°. 20
—Las mujeres, el vino y el juego, 8.°. 14
—La Senda de los Ciruelos. 8.°. 14
Sanchez. — Los Santos Padres, 8.° mayor 20

LOS CÓDIGOS ESPAÑOLES,

CONCORDADOS Y ANOTADOS.

2.ª edicion, 12 tomos, 600 rs.

En prensa.

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

1.ª parte, 2.ª edicion.—2.ª parte, 1.ª edicion.

Madrid.—Imprenta de Julian Peña.

APR 8 - 1940